

ENRIQUE ORTEGA



VIDA PORTEÑA



UN DRAMA INTIMO



LA FAMILIA H.



Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES	LA PLATA
San Martín 96, 98 y 100	Calle 10 entre 54 y 55

1886

UN DRAMA INTIMO

The title "UN DRAMA INTIMO" is centered on the page. It is flanked by decorative elements: a horizontal line with a small square at its left end on the left, and a horizontal line with a small square at its right end on the right. At the far left end of the left line is a spiral flourish with an arrow pointing upwards and to the right. At the far right end of the right line is a spiral flourish with an arrow pointing downwards and to the right.



ADVERTENCIA

He reunido en un solo tomo estas dos novelitas, por referirse á escenas que tienen por teatro á Buenos Aires; pero debo advertir que son absolutamente independientes una de la otra. «Un drama íntimo» está escrita recientemente y «La familia H.» hace pocos años que la publiqué en el folletin de un periódico de esta capital.

Ambos trabajos, como su insignificancia lo acredita, son tentativas frustradas, hechas en los momentos robados al trabajo penoso y continuado del periodismo.





I

El presunto París de Sud América; Buenos Aires, empezaba a cubrirse con el manto de la noche, manto viejo y agujereado que permitia la salida por sus anchos boquetes de los raudales de luz que huian de los escaparates y puertas del lujoso comercio de la calle Florida.

Aun iban los tramways en todas direcciones repletos de abogados, bolsistas, procuradores y hombres de negocios que se retiraban mas tarde que sus otros colegas, que mas haraganes ó mas afortu-

nados, hacia una hora que se entregaron á los dulces placeres de Lúculo y Helio-gábalo.

Despues de un dia primaveral, con su poquito de viento norte, molesto proveedor de dolores de cabeza, el sol desaparecia tras de la compacta mole de los edificios que orlan la calle de Rivadavia.

El disco solar, velado suavemente por la vespertina bruma que se levantaba sobre el horizonte, parecia un globo rojo izado por invisible cuerda sobre algun edificio del Once de Setiembre.

Mucho movimiento de obreros que se dirigen á sus hogares repartiendo feroces empellones al que encuentran por delante, mucho estrépito de cascabeles agitados por los caballos; interminables conciertos de corneta en el que toman parte los alegres cocheros del tramway; *milongas* silbadas por los pequeños representantes de la generacion que nace; gritos y car-

reras de los vendedores de diarios que tratan de evitar el *charqui*, frase convencional con que designan los números de periódicos que no pueden vender y cuyo importe se les pega al bolsillo, he ahí los rasgos característicos de una tarde primaveral en Buenos Aires, á la hora en que los ágiles encendedores de faroles empiezan su veloz carrera, armados de una especie de lanza cuya punta la forma un persistente foco de luz.

En los elegantes establecimientos de las calles centrales notase á esa hora gran movimiento de dependientes que arreglan los escaparates, de tal modo que, el mar de luz que ha de iluminarlos, haga resaltar la belleza de los artículos y sirva de aperitivo que escite el apetito, aunque sea desordenado, de gastar plata en caprichosas ó útiles, pero costosas adquisiciones.

Hay que poner todo en orden, iluminarlo, hacerlo simpático á los millares de

ávidos ojos que durante el nocturno paseo por la calle Florida han de detenerse á contemplar los rutilantes objetos.

Bien pronto empiezan á llegar por la via pedestre, férrea ó carretera, centenares de hermosas niñas y manías solemnes, de viejos verdes y mocitos en cascara, de elegantes naturales y figurines pretenciosos, altos y gruesos, chicos y flacos que toman posiciones en las estrechas veredas para ver y ser vistos, murmurar y decir pavadas.

El *corso* empieza: el desfile es continuado é interesante.

Grupos de adolescentes que se acarician el sitio donde años despues saldrá el bigote, saludan con risas tan ingénuas como groseras, el paso de alguna desgarrada *gringa* que lleva por sombrero una singular canasta, con el decorado que el argumento requiere.

Los mocitos de esos mismos grupos se derriten, dejan caer la baba y ponen los

ojos como carnero á medio degollar, cuando pasan por delante esas arrogantes muchachas que ostentan to la la gracia meridional combinada artísticamente con la correccion de líneas griega, la amplitud de formas turca, la elegancia francesa, y el encanto especial de la sud-americana.

Los *leones* desdentados, acuden de los primeros á recrear la vista, evocar recuerdos y hacerse la ilusion de que el ayer es hoy todavía.

Estos, mas prudentes, se sitúan de á dos en parajes estratégicos.

Su conversacion á media voz y empleando enigmáticas palabras es pintoresca é instructiva.

Allí, al lado de la joyería de Fabre hay dos precisamente.

Uno de ellos alto, buen mozo, esconde habilidosamente tras de una milagrosa tintura que devuelve su perdido color al cabello, los cincuenta veranos que cum-

plió religiosamente. Irreprochablemente vestido le quedan todavía las posturas y la afición que más se le aviva á medida que se le hace más imposible satisfacerla.

El otro no está menos maltratado por el tiempo; pero en la lucha que sostiene con su implacable adversario, llega á vencerle, especialmente de noche que la luz de gas encubre las arrugas del cutis, hace blanquear la cara y oscurecer los rulos.

Oigámoslos:

—Servir á V. señorita, dice el más viejo,—á quien llamaremos Ricardo Carretas,—sacándose el sombrero ante una morocha que mueve la cabeza magestuosamente como si dijera: «todo me lo merezco.»

—Adios, misia Rufina, agrega Ricardo, cuando pasa la mamá, señora fuertemente obesa, que vá detras de la niña dando resoplidos como una foca.

Los dos amigos se acercan mas y Ricardo le dice á Manuel Mortero, que así se llama el otro.

—Es estraño que no esté por aquí Pepito.

—Muy gruesa la Rufina, ¿no?

—Me parece... Diferencia de como la conocí en el Progreso.

—Es verdad, que fuiste al Leandro de esa Ero.

—Pero sin ahogarme.

—No le faltó mucho.

—Allí vá Máximo. ¡Adios ché!

—¡Farsante!

—Así es; pero hay que estar bien con él, mi hijito.

—Hombre influyente en la Casa rosada.

—Ya lo creo. Negocio que requiera buena cuña, si se le pone en sus manos, sale á flote; pero cobra muy caro.

—Así tiene las grasas. Me dicen que no se deja cortar una oreja por medio millon de nacionales.

—Ya lo creo. Y hace cinco años bostezaba de apetito.... ¡Para servir á V! Adiosito encantadora Celia! ¡Cómo le vá Coronel?

Y mientras los saludados por Ricardo devuelven esa nube de cumplidos, los sombreros giran por el aire; las sonrisas dilatan los labios, los dientes asoman y por fin el grupo capitaneado por el Coronel sigue su paseo y Ricardo y Manolito se quedan en su observatorio siempre á la espera.

—Linda pareja ¿no?

—Celia es lo mas precioso que conozco. Ese coronel ha tenido una buena pichincha.

—Ya hará el año que se casaron.

—Ahora, á mediados de Noviembre. ¡Qué cara larga le quedó á Rupilanchas cuando supo que el coronel le quitaba la novia! Anduvo enfermo el pobre.

—¿Y porqué seria el bolsazo?

—Caprichos de mujer. Los galones

dorados deslumbran el bello sexo, casi tanto y á veces mas que el oro en galones. Y el otro dia ví á Rupilanchas por muy cerca de la casa del coronel y se mostró contrariado al preguntarle yo si esperaba el tramway. Figúrate que no hay vía en dos cuadras á la redonda.

—La pregunta era capciosa... ¡Adios mi hijo!

—Qué tal como le vá? Viendo tan riquísimas cosas... ¿no?

—Si, pues.

—Los deajo... tengo una bolada... *adiosito*.

Y el petimetre parte como una bala, como si persiguiera alguna liebre.

—Siempre el mismo este Pepito; ¿cuando se le acabará la zonzera?

—Enfermedad incurable. Esta criatura se pasa horas enteras de planton en las esquinas solo para darse el humilde placer de decir á los amigos que pasan, que le dispensen si no puede acompañarlos, por

que espera á una preciosa mujer que le ha dado una cita urgente. El, no es que la quiera, está hastiado, rendido, porque son cuatro mas las que se reparten sus favores; pero la pobre mujer, dice Pepito, «tiene un *camote* que se tomaria una docena de cajas de fosforos si yo la rechazara. Ya V. ve no tengo mas remedio, por humanidad, que sacrificarme. Pero es hermosísima...»

Y esto se lo cuenta á todo el mundo, echándose las de víctima y mintiendo como un bellaco.

—Figúrate, que mi prima Andrea conoce mucho á la abuela de Pepito y sé por ella que ese mocito andaba loco tras de la cocinera que era una parda, flaca, capaz de dar un susto al mismo miedo y dejarle temblando. Una noche se despertó la familia á los gritos que daba la parda defendiéndose de los escesos amorios de Pepito á quien hallaron con la cara llena de arañazos...

Y siguieron Ricardo Carretas y Manuel Mortero moliendo y chirriando reputaciones y personalidades á medida que se ponian al alcance de sus afiladas garras.

La concurrencia tuvo su periodo álgido á las nueve de la noche. Era aquello un revuelto mar de gorras, plumas, cintas, moños que se agitaban y confundian por una ilusion de óptica con el bosque de sombreros de luciente felpa ó de opaco castor que se destacaban en aquel cuadro de animados y vistosos colorines, sombreándolos artísticamente.

De pronto, como si hubiera sonado el antiguo toque de la queda, ó el redoble que invita al silencio en el cuartel, aquella multitud desaparece como por encanto distribuyéndose por las calles de Oeste á Este, que semejan canales de irrigacion que toman su caudal de la acequia grande.

Cuando el reloj del cabildo hace sonar

reposadamente la campana diez veces consecutivas, ya no se oye en la calle Florida mas que el ruido de los fierros y clavijas con que los dependientes sujetan los tableros de los escaparates, el cerrar con estrépito las puertas, el toque de la corneta del tramway que lentamente se dirige hácia Belgrano, recogiendo en el trayecto á los que tienen su vivienda en cualquiera de las calles por donde pasa ó atraviesa.

La exposicion de niñas en disponibilidad y solteros en la plana mayor pasiva queda clausurada en la calle Florida hasta la noche siguiente, salvo que llueva y aun eso ha de ser fuerte.





II

Entre los que fueron objeto de comentarios por parte de los que ya podremos llamar nuestros amigos, Carretas y Mortero, habia un matrimonio, coronel el marido y por consecuencia Coronela la esposa, puesto que el matrimonio une y aprieta de tal modo que son dos en una carne que roen el mismo hueso.

Rodolfo era el esposo y como decia Mortero, Celia la esposa, muy linda y gallarda por cierto.

Rodolfo era alto, delgado, nervioso, guapo, moral y físicamente hablando.

Habia sido jefe de frontera y esto representa que conocia la molestia de la vida militar, no de salon sino de campaña; que sabia luchar; y que tenia la fortunita asegurada, por que en la frontera se encuentran minas de plata acuñada y veneros de billetes de Banco con solo ser un poco sordo, un poco ciego y un poco vivo.

A mas de eso, y como dinero llama á dinero, se habia casado un año antes con la bella Célia, hija de un colossal vasco, que fué lechero cuando mozo, estanciero en la edad madura y rentado bolsista en sus postrimerias. Celia tenia sus pesitos por parte de madre y sus esperanzas de mayor herencia cuando Dios llamara á juicio al gigantesco vasco, quien dicho sea de paso, no tenia mucha prisa por acudir al divino llamamiento á juzgar por su última hombrada. Tres meses hacia que contrajo matrimonio en segundas nupcias, á los setenta años, con

una tucumana de 26 abriles que tenia mas vigor que una vaca tarquina.

El viejo no queria vivir solo y como no le gustaba tampoco la vida de lujo, ostentacion y recepciones que se hacia en la casa de su yerno el coronel, dió un apretado abrazo á su querida Celia y despues de casarse con la tucumana se instaló cómodamente en una modesta casita, que compro al efecto situada á dos, cuadras de la de sus hijos.

Vivian estos en la calle de Tucuman, en una casa de dos cuerpos, que trascendia á opulencia y bienestar hasta en los menores detalles.

En el zaguan se veia un viejo soldado, con cara de mal génio, que ejercia de ordenanza, portero, intendente y á veces estralimitándose un poco, asumia el papel de patron, cortando con los dedos el nudo gordiano de las etiquetas y cumplidos con las relaciones de poco pelo que querian visitar al coronel, para *chichonearle*,

como decia frunciendo el ceño el enérgico veterano.

En el interior de la casa se advertia el predominio del buen gusto. Celia habia llevado un buen contingente de elegancia natural hasta en los menores detalles de la vida social y Rodolfo, no solo no se mostró refractario á ese tacto exquisito, sino que fué un excelente cooperador, no obstante sus hábitos de campamento inveterados.

Y sobre todo, eran suficientemente ricos para proporcionarse la satisfaccion de esos lujos y estaban metidos, como suele decirse, en sociedad, desde que contrajeron matrimonio é instalaron el precioso y opulento nido de la calle de Tucuman.

Al dia siguiente del en que pasando por la calle Florida fueron objeto de los comentarios de Mortero, hallábanse Rodolfo y Celia preocupados con los últimos detalles de la fiesta que tenia lugar en su casa esa misma noche.

Era un té, porque así se ha dado en llamar á una reunion en donde lo que menos se toma es té.

Es como si se invitara á una persona á comer y se le obsequiara con una coleccion completa de vinos, aguas y helados.

Era ademas concierto, porque siempre se dejaba oír alguna notabilidad musical en las reuniones de Rodolfo.

Era tambien baile, porque las niñas, por organizar unas cuadrillas, hacian cuanto les era posible; y podian mucho, porque las niñas y mas siendo bonitas tienen cuando piden mas fuerza que diez Sansones con el pelo largo.

Por manera que ya le llamemos tertulia, *soirée*, reunion, recibo ó *págaré*, el lector entenderá que era una fiesta agradable, continuacion de otras del mismo género que habian dado durante el invierno.

Rodolfo paseaba de un extremo á otro de la antesala, conversando con Celia

que, sentada muellemente en una marquesa, le seguia con la mirada cariñosamente.

—Esta noche espero que vendrá el tenor Cavallotti, decia Rodolfo siguiendo su paseo con las manos sepultadas en los bolsillos.

—Es el que viene á cantar á Colon? interrogó Celia.

—Sí, mi hija, primicia pura: no le ha oído cantar mas que al empresario. Me ofreció una romanza, compuesta, cantada y acompañada por él. Es una especie de Juan Palomo.

—Con tal que no sea algun guarango, que como aquel barítono Pegotti se coma los helados con los dedos.

—No, mi hijita, este es comendador, caballero, Conde de un Castillo, no recuerdo si blanco ó verde ó si *nuovo ó florit*; pero algo asi por el estilo. *Crème* pura, mi amiga.

—Quien me amenazó con venir esta

noche aun á costa de cualquier sacrificio, es Misia Rosa con sus tres pimpollos, dijo Celia, con un marcado acento de ironía.

—No me digas. Y con los tres... pimpollos, dices; nó: botones de esos de pasta. Y probablemente se vendrán con el rollo de papeles de música para cantarnos en coro, al unisono, la Mandolinata ó el « Yo quiero ver la luz »...

—Y si las pobres quieren ver la luz... tambien tú... exclamó Célia haciendo el mas encantador mohin de burla.

—¿Y tienen mas que encenderse cada una su vela y estarla mirando hasta ponerse vizcas? Pero que no embromen al mundo con sus chillidos. Mira, Célia, procura convencer á Misia Rosa de que sus niñas no deben cantar. Díle que van á contraer.....

—¿Matrimonio? interrumpió picarescamente Celia.

—Ni que se te ocurra decir eso; can-

tarian sin descanso como chicharra en estio... Contraer bronquitis.

Una franca y doble carcajada puso término al diálogo que rebosaba mordacidad, pero justificada.

Tras breve pausa Rodolfo prosiguió :

—Tenemos para esta noche el anuncio de dos presentados.

—¿ Por quién vienen ?

—Uno por el General Parche: me dijo que era un jóven propietario, de buena familia oriunda de Roma. y que despues de terminar sus estudios pasó algun tiempo en el campo. Precisamente me parece que me dijo que tenia estancia en el mismo partido que tu tata.

—¿ Cómo se llama ?

—Apellido raro... espera que me acuerde... Rofilanchas, eso es...

—¿ Rofilanchas? exclamó Celia con visible sorpresa, ¿ Pedro Rofilanchas?

—Eso es, Pedro... ciertamente... ¿ Le

conoces? preguntó Rodolfo deteniéndose delante de Celia.

Celia se quedó un poco suspensa. Por su imaginación cruzaron veloces como relámpagos las siguientes reflexiones: A qué vendrá ese hombre á casa? Deberé decir á Rodolfo que fuí su novia tres meses? Si no se lo digo y Rupilanchas me habla tuteándome y se descubre, creará Rodolfo que lo oculté maliciosamente, y sin embargo, no hay por que ocultar nada, porque fueron unos amores pавos... es decir, yo no le quise ni poco ni mucho... en fin, yo se lo digo todo.

A pesar de que todo eso lo pensó en segundos, Rodolfo encontró tardía la respuesta y volvió á preguntar con acento breve:

—Con qué ¿lo conoces?

—¡Cómo no! Ya tu ves, ha sido novio mio, dijo mirando fijamente a Rodolfo y sonriéndose.

—¿Tu novio?

—Si, pues.

--Y cuando, como... cuéntame, cuéntame, dijo Rodolfo sentándose en la inmediata silla y mirando á Celia con ojo investigador.

—¡Ay! mi hijito, no me mires con esos ojazos que me das miedo.

—No tanto, contestó él, intentando sonreirse. Vamos, cuenta.

—Muy sencillo: sabes que pasamos hace tres veranos, como tres meses en la estancia. Yo no te conocia aun, ya sabes. Rufilanchas era vecino y se hizo amigo de tata. Dábamos paseos á caballo, nos visitábamos mutuamente, por que él tenia una hermana que se hizo muy amiga mia. El se declaró un dia y yo... de esas pavadas que se hacen le dije que sí. Pero nunca le quise, ni nada. Fué una de esas bromas insustanciales. Ya ves, decia Celia, mirando fijamente á Rodolfo con unos ojos que rebosaban ingénuo temor de desagradarle. Ya ves,

cuando vinimos del campo se cortaron las relaciones. Durante un mes él no pudo bajar á Buenos Aires y me escribió varias cartas á las que no contesté por cierto. Le escribí á la hermana y nada mas. Despues vino un dia á casa, intento renovar las amistades, pero yo le dije abiertamente que no lo quería. Mira, fué precisamente la tarde que ibas tu por Palermo en el overo y te cruzaste delante del *landau* donde íbamos Andrea y yo, para detener los caballos que habian disparado. ¿Te acuerdas?

—Si, fué cuando nos conocimos. Pero ¿y cómo no me has hablado nunca de ese...

—Pues por eso mismo; porque era una pavada; yo no lo habia tomado en serio y no valía la pena de ocuparse de eso.

Habia tal ingenuidad y respiraban aquellas frases dichas con vehemencia, tal verdad, que Rodolfo, tras brevísima meditacion, contestó :

—Bueno ; entonces no hay dificultad en que frecuente nuestras reuniones. Sin una razon séria yo no querria decir al General que no podia admitir á su presentado despues de haberle dicho que estaba bueno y tendria en ello mucho gusto.

—Es cierto, añadió Celia, quedándose un momento reflexionando.

He aquí otra nube de pensamientos ocultos que atropelladamente cruzaron por las células cerebrales de la jóven esposa. El caso es, pensaba, que la presentacion de Rupilanchas no es un acto inocente. El hace algunos dias que cuando se vá Rodolfo pasea la cuadra con mucho disimulo y cuando me vé en la calle ó en la iglesia me echa unas miradas... pero ¿deberé decirle esto á Rodolfo? Se vá á enojar y sin fundamento: eso es. No le digo nada y estaré al cuidado.

—¿En que piensas? preguntó Roldofo.

—En nada dijo Celia sonriendo y to-

mando una mano de su esposo.—Y el otro presentado ¿quién es?

—Pues...un joven, hijo de una familia criolla distinguida, la de X, el mayor de ellos, José.

—¡Ah! si. Las muchachas le llaman don Pepito por embromarlo.

—¿Qué también le conoces?

—No, hijo, no: á que vas á creer que también ha sido mi novio...

—Señorita, ahí está la modista, dijo una voz femenil desde la puerta.

—Con tu permiso, dijo haciendo una muequita muy graciosa, que acabó de restablecer la calma en los nervios del Coronel.





III

Los carruajes rodaban con estrépito por sobre el piso desigual de la calle de Tucuman y deteniendo su veloz carrera ante la puerta de la casa de Rodolfo, dejaban escapar de su seno, montañas de seda, blondas, encajes, que despedían aromáticos efluvios.

Hermosas niñas, régias matronas y pápás gordos ó apergaminados, según los casos, penetraban en los salones, lujosamente preparados, donde torrentes de luz ponían de manifiesto la hermosura física de las damas y la habilidad de sus modistas.

A medida que penetraban invitados se aumentaba el número de murmuradores de ambos sexos.

—¡Jesús hija! que vestido le han hecho á Juanita, parece una *gringa*.

Así decía una rubita escultural, mitad virgen de Murillo y mitad diosa de Rubens. Es decir, delicadeza de líneas en el rostro y amplitud de contornos en el cuerpo.

—No está linda la de Tolú, decía otra; ese traje blanco, á ella que es demasiado morocha, la hace aparecer una mosquita en leche.

—Mira, quien entra.

—Quién es?

—Pues no ves? D. Pepito.

—¡Qué cara de espantado! Y qué cuello de camisa. ¡Pobre! Se va á ahogar.

—El señor Melindres lo presenta.

Y en el extremo opuesto de la sala decía un joven bien portado, con mas petulancia de la necesaria:

—Allí entra Pepe: lo siento por los maridos.

—Pues no le veo laya, contesto uno del círculo mirando desdeñosamente al aludido.

Entre tanto Pepito hacia una salutación cortesísima al Coronel que este contestaba con menos entusiasmo y tratando de investigar á que género pertenecía aquel pájaro mixto.

Después de los saludos de ordenanza hechos por Pepito con melifluidosidad de loro paraguayo, dijo el mocito, poniéndose la mano en el sitio que correspondía al bigote, á la sazón ocupado por cuatro pelos indisciplinados y mal avenidos:

—Hacia tiempo que deseaba asistir á las reuniones de Vd. Son magníficas. Mis amigas de H. X y Z. (aquí largó un rosario de nombres propios que antes que cita de conversacion familiar, parecia lista de pasajeros de un vapor de los rios en dias de fiesta), me han hablado

con gran elogio de Vd. y de su estimada señora á quien, le ruego, tenga la amabilidad de presentarme.

—Si señor, con mucho gusto, contestó el Coronel con sorna. Venga V. para acá.

Y mientras se dirigia hácia donde estaba Celia iba pensando para sus adentros: Este infeliz es un mamarracho por dentro y por fuera. Y su padre que era tan vivo: quizá demasiado. Asi va el mundo.

Habian llegado.

—Celia, exclamó el Coronel, con permiso de estas señoras á quienes tengo el honor de saludar, te presento y presento á Vds. al señor José de la X, joven distinguido.

Un coro de «servir á V.»—«tanto gusto»—«tenia el gusto de conocerle» y otras tantas simplezas por el estilo siguieron á la presentacion.

Pepito, colorado como una amapola, oprimia manos, encorvaba el talle, lan-

zaba miradas tiernas sobre el grupo femenino sin saber á punto fijo, no cual de ellas le gustaria mas, sino cual se apasionaria de él hasta adorarle.

Mientras dirigia galanterias, que con frecuencia eran payasadas, á chicas y grandes se arreglaba el pelo, y los guantes y la cadena de reloj y el frac, moviéndose en todas direcciones como un azogado.

—Me siento trasportado á un Paraiso, decia Pepito, mirando á traves de sus lentes á una jovencita linda, con cara de picaruela.

—Supongo que no será porque vea V. ninguna serpiente, decia ella fingiendo susto.

—No, señorita: no es eso lo que me recuerda al Paraiso.

—Pues si no es eso, permítame que le diga que toda comparacion entre nosotras y Eva, carece por lo menos de propiedad, aunque no sea mas que por la indumentaria.

—¡Ji, ji, ji!

Así reía Pepito, dilatando la nariz y poniendo una cara de bobo que inspiraba compasión.

—Es V. muy ocurrente. A mi me encanta el *sprit*, ¿sabe?

—Me lo figuro. A mi también me deleita, probablemente porque siempre se quiere lo que no se tiene.

Celia miraba sonriente á Pepito y á sus amigas y en un momento de silencio dijo al presentado:

—Tengo un vehemente deseo de que la permanencia de V. en esta su casa le sea muy agradable; y desde ya me permito pedir su venia para presentarle á mis amigas.

—Como nó, señora. Es mi fuerte. Yo creo que tenía mucha razón aquel sábio que dijo: los hombres con los hombres y las mujeres conmigo.

Las traviesas oyentes se rieron, al pa-

recer de la opinion del sábio; en realidad de la cara de mico que tenia Pepito.

En aquel instante penetraban en el salon el General Parche llevando á un lado á un jóven bien portado, no feo y de ademanes elegantes, aun cuando sencillos y sin pretensiones. Era Rupilanchas

Celia sintió un malestar inexplicable. La sangre golpeó con mas fuerza las paredes del corazon y despues subió con furia á estrellarse en el cerebro, produciendo una conmocion nerviosa que la hizo languidecer.

Nadie, sin embargo, se apercibió de ello.

El general paseó su mirada por el salon por donde cruzaba diligente Rodolfo que iba á su encuentro.

La presentacion fué cordial, pero ceremoniosa.

Despues de las frases banales de práctica, Rodolfo le preguntó con la mayor naturalidad :

—Me vá á perdonar mi indiscrecion. ¿V. viene de Europa recien?

—No señor: he estado algun tiempo en Rio Janeiro y despues en el campo, de donde háce poco he venido.

—Este nuestro Buenos Aires atrae. ¿No es cierto? Yo le aseguro que ni la residencia en el tan decantado París creo que podria entibiar mi predileccion de porteño.

—Es muy posible: yo conozco poco todavia la sociedad bonaerense, pero me propongo apreciar sus méritos con la poderosa ayuda de V. que veo la reune en su casa, selecta y elegante.

—¿Y? Coronel no vamos á ofrecer nuestros respetos á Celia?

Esto dijo el General Parche que se iba aburriendo de aquel juego de palabras, que como no estaba en autos, no entendia bien.

—Cuando guste, General. Señor Rufflanhas voy á tener el honor de presentar á V. á mi esposa. ¿Vamos?

Rodolfo pensaba para sus adentros: Aquí no hay sinceridad; este hombre no me dice nada de que conoce á Celia y se mantiene en una reserva sospechosa. Veremos al hacer la presentación si se dá por entendido.

—Celia, dijo Rodolfo al llegar al lado de su esposa que con el rabillo del ojo había visto venir el grupo.

—Como le vá, mi querida amiguita, decía Parche, sacudiendo enérgicamente la mano de Celia con muestras de cariño franco, paternal, aunque bruscamente espresado.

Era de esos que la habían tenido en las rodillas cuando pequeña y le había comprado caramelos.

—Te presento á D. Pedro Rupilanchas. Mi señora.

Rodolfo puso sus cinco sentidos para observar hasta el menor movimiento de ambos.

Ruflanchas siempre ceremonioso, pero no dueño de sí, balbuceó :

—Mucho placer en ponerme á su entera disposicion.

Y ésto lo decia con acento inseguro y sin mirar á los ojos de Celia, que no menos turbada, al ver que Ruflanchas fingia no conocerla, no sabia que hacer ni que decir.

La situacion era difícil; pero el General Parche se apresuro á salvarla o quizá á enredarla mas todavia.

—Vamos, dijo con el acento que hubiera empleado para mandar un paso de ataque: no hay que bolearse. ¡ Ruflanchas, que no se diga que viene Vd., *chicaro!*

—¡Qué cosas tiene General! dijo Celia procurando serenarse.

Rodolfo quiso reirse; pero resultò una mueca que no tenia nada de tranquilizadora.

—En efecto, dijo Ruflanchas, no he

podido posesionarme de los hábitos de buena sociedad ; pero confiado en su benevolencia espero que con tan excelentes maestros mi aprendizaje será breve.

—Como está, General, tanto tiempo sin verle...

—El que esto decia era Pepito.

—Hola mi amiguito, V. por aquí? Y su abuelita?

—Bien, señor. Y V. General viene á recrear la vista con tanto pimpollo? ¡Qué mujeres! Acabo de llegar y ya amo General; y lo que es mas grave—aqui Pepito bajo la voz—creo ser correspondido.

El General iba á abrir la boca para decir con voz de trueno:—Hombre no sea V. mamarracho; pero en atencion al sitio, á la hora y al que dirán, se contentó con decirle á la vez que giraba sobre sus talones.

—Pues siga su conquista, amigo, que no quiero estorbarle.

Al grupo que formaban Rodolfo, Celia, Rupilanchas y varias señoritas, llegó una comision de pizpiretas muchachas, presidida por una diablilla de negros ojos y rosados lábios.

—Venimos á pedir al coronel, dijo la cabecilla del movimiento revolucionario, —con el debido respeto, que nos permita organizar una cuadrilla.

—¡Sí, una cuadrilla! gritó Pepito entusiasmado.

—Está bueno: concedido, señorita, dijo Rodolfo en tono cariñoso.

Rupilanchas dirigióse á Celia:

—Tengo el honor de invitarla...

Hubo un momento de vacilacion.

Celia miraba á Rodolfo y este eludia la mirada por no aumentar su inquietud. Rupilanchas aguardaba con el brazo estendido ofreciéndole á Celia, y Pepito parado delante de los dos sin decidirse á invitar á Celia como tenia intencion de hacerlo.

Por fin, se acabaron las vacilaciones y Celia del brazo de Rufflanchas, Rodolfo del de la preciosa embajadora que pidió la cuadrilla, Pepito llevando al lado á otra niña que le pareció bien el mocito para un *titeo corrido* y los demas cada cual con su cada cual, se colocaron en situacion de hacer las figuras, paseos, saludos y demas titiritainas de ese insípido recreo social.

Rufflanchas en la primera oportunidad que halló de hablar á su pareja le dijo adoptando un aire de indiferencia que se hallaba muy lejos de estar de acuerdo con sus palabras:

—Supongo Celia, que no te habrás olvidado de mí hasta el punto de no reconocerme.

Celia miró á Rodolfo y encontró dos ojos relucientes que penetraban como saetas y clavaban las miradas en los suyos.

—Señor Rufflanchas, dijo Celia á media

voz, espero que tendrá V. el buen sentido de no pretender reanudar situaciones que han concluido irremisiblemente.

—No puedo contestarte á eso todavía. Ese tono severo y ese *usted*, ahora que nadie nos oye, me parece ofensivo Celia. Yo quiero que tengamos una explicación amplia, á solas, para definir nuestra actitud.

—Está definida. No hablemos más del asunto ó me verá obligada á dejarle á V. con la palabra en la boca.

Como Rodolfo estaba preocupado por una parte y Rupilanchas y Celia con sus diálogos no prestaban al baile la atención debida, sucedió que se perturbó la ordenada marcha de la cuadrilla y Pepito saliendo de su fila se dirigió por detrás de Celia y Rupilanchas á advertirle á este que debía avanzar. En el mismo momento que Pepito estiraba el cuello para decirle á Rupilanchas lo del baile, este levantando un poco la voz para dominar la música le decía á su atribulada pareja:

—Mira Celia que necesitamos hablar á solas. Nos conviene á todos.

Pepito, que aunque zonzo de la cabeza no era sordo y era malicioso con exceso, se quedó mudo, con la boca abierta, sin atreverse á dar la lección de baile á aquellos discípulos que tan en otra cosa pensaban y se retiró rápidamente sin poder oír la respuesta de Celia que fué dicha con acento de concentrada ira:

—Le exijo que no vuelva mas á esta casa ¿entiende?

—Está bueno, murmuró irónicamente.

Y el baile seguía su curso: ahora la cadena, despues los saludos y las volteretas. Rodolfo descubriendo en los ojos de su esposa y de Rupilanchas los relámpagos de la ira y Pepito diciendo para su pechera de camisa:

—Mira, mira el *chúcaro* y que adelantado estaba en sus amistades con Celia. Y decía el General que estaba *bo-teado* el *campuzano*. No está mala bo-

leadura. ¡ Pobre Coronel ! En fin, bailemos.

Y siguió la danza; y, siempre flotando en la atmósfera las iras, los amores, las murmuraciones y las quejas, se pasó la noche comiendo, bailando, oyendo cantar al Comendador Cavallotti y á los pimpollos de Misia Rosa que aquella noche no pudieron ver la luz por mas que abrieron los ojos.

Cuando sonó la hora de retirarse cada mochuelo se fué á su olivo á reponer las perdidas fuerzas.

Que descansen.





IV

En el primer sueño estarían la mayor parte de los que asistieron al baile del Coronel, cuando en la casa del suegro D. Tomás Arrigorrotea, se notaban los primeros ruidos del despertar de un madrugador.

D. Tomás no había podido prescindir, apesar de sus años y de su posición independiente, de las costumbres adquiridas durante largo tiempo, en el rudo ejercicio de lechero al principio y en el de estanciero mas tarde.

Hombre robusto y de costumbres sanas apenas la aurora empezaba á bañar el

cielo con sus rosadas tintas, sin necesidad de despertador y como lanzado por ballesta, D. Tomás dejaba el lecho y, como decia el mismo, ponía los huesos de punta al propio tiempo que sus gallinas.

Andando en puntas de pié para no despertar á la hermosota tucumana que tenia por compañera y que mas dormilona no le acompañaba en sus aventuras matutinas, salía D. Tomás de las piezas en mangas de camisa y metidos los piés en holgadas alpargatas, que usaba unicamente á esas horas de penumbra y que escondia cuidadosamente durante el dia, porque tenia que respetar su posicion y la de su querida hija Celia que algunas veces le habia retado por olvidos de ese género ó libertades condenadas por la etiqueta mundanal.

Esas horas de la madrugada eran despues de todo las mas felices que pasaba D. Tomás.

Libre de corbatas opresoras, de boti-

nes mortificantes y de esas mil trabas que nos hemos impuesto, D. Tomás, mientras dormitaba una sirvienta vasca, prendia el calentador, ponía á calentar la pava y se cebaba él solito unos mates amargos que le sabían á gloria.

Era muy frecuente que entre uno y otro mate le pegase unos mordiscos á una galleta marinera que formaba parte del surtido de su especial despensa.

Mientras le daba afectuosos besos á la bombilla, recorría el jardinillo, visitaba el gallinero y miraba el progreso de los árboles frutales que elevaban sus copas por encima de las paredes del fondo.

Y era de ver con que cariño arrancaba D. Tomás los bichos de canasto, que se mecían en las hojas de los árboles; y aplicaba el bisulfuro de carbono á los hormigueros en ejercicio, haciendo caso omiso de lo que opinan los protectores de los animales, quienes hubieran condena-

do tal vez el espíritu destructor que le impulsaba á cometer tales excesos.

Y andando de aquí para allá, cuidando á la clueca y contemplando los pollitos que vivarachos y atropellados seguían á la madre orgullosa de su suerte, se le iban en un soplo las horas matutinas.

Primero se advertía el movimiento de las sirvientas y allá en último término cerca de las nueve, se levantaba la tucumana que envuelta en blanco peinador se dirigía á ver á D. Tomás en su alegre retiro del jardín.

A D. Tomás, para que negarlo, se le alegraba la vista cuando tenía delante á su mujercita.

Era en verdad, la tucumana, un hermoso tipo criollo de negros ojos, cutis aterciopelado, pelo negro crespito y unas formas que de puro revolucionarias forcejeaban por romper las vallas que el peinador oponía á sus naturales expansiones.

Era bondadosa Teresa, que así la lla-

maremos, y aunque no estaba, claro es, enamorada de D. Tomás, le quería por gratitud y por su afición al hogar tranquilo y sereno. Por otra parte, D. Tomás no sabía donde ponerla, como suele decirse, apesar de su natural un poco brusco y sus gustos algo extravagantes.

—Mira, mira, Teresa, como está de brotos el naranjo.

—Si, pues; y el peral ¿no ves que de ramas nuevas?

—Y estos pensamientos? y la madre-selva?.....

Y los dos esposos daban una vuelta al jardín deteniéndose en cada planta, en cada nido de pollos ó jaula de mixtos.

Una mucama llevó el periodico que estaba en el buzón depositado.

Teresa lo desdobló y sentándose en un banco rústico teniendo cerca á D. Tomás que seguía en pié, dió principio á la revisión que hacia en voz alta todos los dias, para leer á su esposo lo que le pa-

reciera interesante. Al efecto leía los epígrafes primeramente.

—Primer artículo, dijo la tucumana con un gesto de seriedad semi-cómica; «Los Bancos y la ruina.»

—¡Demonio! exclamó D. Tomás: á ver á ver, lee un poquito que yo tengo un depósito en el de la Provincia y unas accioncitas del Nacional y no quisiera perderlas.

Teresa que ya conocía el mecanismo de los editoriales recorrió ligeramente y en forma de rezo todo el preámbulo, pasó de largo la parte en que se tachaba de inepto al Gobierno, á los Directores y hasta á los porteros de los Bancos y se detuvo certeramente sobre uno de los últimos párrafos que decía así:

« En suma, vamos derechos á la bancarrota si no se toman medidas enérgicas y apropiadas para salvar la tremenda crisis que se dibuja en el oscuro horizonte de nuestras finanzas. »

—Míra, hijita, pasa de largo eso: si no es mas que dibujado el mal, déjalo hasta que siquiera se pinte. A ver que sigue.

—« El saguaypé y el ganado ovino, » siguió leyendo Teresa.

—Conozco ese pícaro bicharraco; á ver si da alguna receta.

Vuelta al rezo de Teresa que pasaba los renglones rápidamente en busca de la sustancia. Cuando llegó al fin, levantó la voz.

—No dice mas sino que es una plaga muy mala que ocasiona muchas pérdidas y que debe estudiarse por una comision compuesta de Médicos, veterinarios, escribanos

—Tá, tá, tá...medrados estamos: y que se les asignen sueldos de quinientos nacionales al mes y casa y ropa limpia. Mientras ellos hacen que estudian, el saguaypé dará fin al ganado. Conozco bien esas comisiones y sus frutos. Sigue adelante.

Teresa continúa :

—« El amor y la luna. »

—Música, música todo. A otra cosa.

—« Los ingleses en Birmania. »

—¡ Uf ! quita, quita !

—« Cartas del Tonkin »

—¿ No serán de Tucuman ?

—No hombre, el Tonkin está, allá por la China ó que se yo.

—Entonces que lo lea la mucama que siendo una chinaza mayúscula le interesarán esas cosas.

—« Noticias del día. »

—Vamos á ver cuantos degollados hay, cuántos robos, puñaladas y tiros. Empieza.

—« Ayer contrajo matrimonio la señorita de Aguafria con el joven Ruperto Calasparra. Asistieron (Teresa seguía rezando.) Entre los numerosos regalos que se hicieron á la novia habia dos trajes de baño, seis camisas con puntillas caladas hasta mas abajo de la rodilla, dos corsés de raso negro . . .

—Pero sabes que se necesita poca vergüenza para decir esas cosas al público. Figúrate esas camisas con esos calados... vamos, señor, eso no está bien. Esos regalos y esas cosas íntimas ni debían exhibirse, ni los periódicos debían publicarlas. Yo te aseguro que cada vez que encuentre á la de Aguafria, despues de leído eso, he de pensar si llevará puestas esas camisas y ese corsé... sigue, sigue...

—« En los salones del Coronel Rodolfo V. hubo anoche un gran baile al que asistió lo mas distinguido de nuestra sociedad. La amable y hermosa Celia hizo los honores de la casa con la gracia que le es característica. El *bufet* espléndido como sabe prepararlo la Confiteria del Gas. La hora avanzada en que escribimos estas líneas, nos impide ser mas estensos, pero ofrecemos á nuestros lectores una crónica detallada de la fiesta con una descripcion completa de los trajes que

llevaban las damas y algunos incidentes tomados al vuelo, debida á la pluma chispeante de nuestro cronista «Viperino» que fué precisamente presentado en la casa del Coronel anoche mismo.»

Teresa levantó la cabeza y miró á D. Tomás que estaba escuchando la lectura con gran atencion.

— Yo seré un topo, exclamó el vasco —no entenderé de retóricas ni de *chics*, ni zarandajas; pero me parece que mi yerno es un pavo al dar esos bailes que solo sirven para que vaya jente á bailotear y comer á sus costillas, y á mas, en cuanto salen de allí le han de quitar el cuero y envolverle en chismes y cuentos de que no tenia necesidad. Ya se lo he dicho á Celia: déjense de bailetes ni cancamusas. El que quiera bailar que alquile un organito y el que desee oír cantar en gringo que vaya á Colon y abra las orejas. No me quieren hacer caso, bueno. Con su pan se lo coman; pero quiera Dios que

tanto hacer zapatetas no traiga á ellos y de rechazo á nosotros algun disgusto.

La tucumana no pensaba como el vasco en esa cuestion; pero era una mujer dócil y bondadosa que procuraba de buena fé no contrariar el irritadizo génio de su esposo á quien no sabia con exactitud si respetaba como marido o como padre; por que de ambos sentimientos se formaba el afecto de Teresa para el bueno de D. Tomás.

Hubo un momento de silencio. Despues siguió leyendo unos robitos de relojes de plata y ropas de uso, que aprovechando la ausencia de los dueños habian extraido de los sucuchos de un conventillo. Cinco vuelcos de carros con fractura de piernas en tres y de cábeza en uno y otros varios accidentes, nombramientos y chirigotas que constituian todo lo ocurrido de notable durante el dia anterior.

El matrimonio fué despues á aliñarse. Cada cual entró en su cuarto tocador y á

su debido tiempo los dos, como tórtolos, se sentaban ante una mesa bien provista de manjares sencillos y suculentos que desaparecían de los platos al impulso de un apetito ordenado, sostenido por la paz del alma y la alegría de un corazón sano y libre de pasiones violentas.





V

Con una premura que revelaba lo importante del asunto que lo llevaba entró nuestro conocido D. Pepito en la redaccion del diario «La Idea,» órgano de los intereses del capital de los que no tienen un centavo y representante en el estadio de la prensa de la juventud que inscribe como lema en sus banderas la sonora frase: «el trabajo se ha hecho para los animales.»

Don Pepito desenvainó un rollo de papeles, se quitó el sombrero y presentando el escrito ceremoniosamente, dijo:

—Mi querido Director, aquí tiene la

crónica del baile del Coronel que ofrecí á V. y que «La Idea» que V. tan dignamente dirige, ofrece á su vez esta mañana á sus lectores. Sin modestia, puedo asegurarle que me he escedido á mí mismo. Estoy satisfecho del trabajo, es laborioso y me ha resultado chispeante. Hay dias que está uno mas inspirado, indudablemente, que otros. Por supuesto, que no he dormido en toda la noche siempre escribiendo. Con que le recomiendo, mi director, la correccion.

Por Dios, que no salga algun manacazo.

—Pierda cuidado, dice el Director que le mira de hito en hito como con ganas de tirarle un tintero á la cabeza.

—Para servir á V.

—Adios y muchas gracias.

—De nada. Mucho gusto.

Y se vá Don Pepito y el Director echa una mirada sobre el mamotreto y falto de valor para leerse aquel farrago llama al

Regente de la imprenta y se lo dá para que lo componga, disculpando aquel crimen literario, con un monólogo del tenor siguiente:

—Esa literatura de modistería es absurda, pero tiene muchos lectores y ante todo está el sostener la suscripcion. El vulgo es nécio y pues lo paga, es justo, hablarle en nécio para darle gusto.

Miéntras esto sucedia en la imprenta, en la casa de Rodolfo se acumulaban elementos para un temporal que conforme podia quedarse en inofensivos relámpagos lejanos, podia tambien acabar en tormenta deshecha con rayos y truenos.

Rodolfo al concluir el baile anduvo haciéndose el indiferente en torno de Celia, esperando que de *motu proprio* le dijera sin quitar coma, todo lo que habian conversado ella y Ruflanchas, durante los lanceros.

Celia por su parte, no tenia maldita la gana de referir la conversacion habida.

Porque, como ella decia para su adentros; si le contaba que Rupilanchas venia con los bolsillos llenos de malas intenciones, con el recuerdo fresquísimo de aquellos amores que apesar de ser un simple juego juvenil sin consecuencia y sin que su corazon tomará participacion séria, habian tenido sus momentos de honesto abandono sus inofensivas coqueterías y sus pequeñas libertades que nada reprochable encerraban, pero que de fijo desagradarian á á Rodolfo, este habia de creer que se trataba de alguna pasion volcánica, cuando ménos.

Si yo le digo á Rodolfo, pensaba Celia, que ese demonio de hombre me decia con acento imperativo: «Necesito que nos veamos á solas,» es claro que ni aunque jure y me ponga en cruz, no podré convencerle de que no hubo nada por mi parte que autorice esas exigencias. Ya me le estoy oyendo á Rodolfo, con ademán colérico abrumarme á preguntas. ¡Y

como te tutea? Pues yo no me permití esa libertad hasta que te pedí en matrimonio. Y cuando él te exige una entrevista á solas, derechos alegará para ello. Y luego, porque no me dijiste antes de ahora que habías tenido ese novio? Cuando lo ocultabas era porque no lo considerabas una tontera. Y mil cosas por el estilo, me diría Rodolfo, á las que yo no sabría contestar, aturdida con sus miradas furibundas y sin palabras para hacerle creer la verdad, nada mas que la verdad, que bien sabe Dios que no tengo porqué bajar la frente ni de que avergonzarme. Nada, nada, me decido á callar aunque me pregunte. Echaré una mentirilla y le diré que se hizo el desentendido Rofilanchas sin hablar de aquella tontería de niños.

El Coronel entraba en aquel momento en la pieza donde estaba Celia.

—Como te encuentras, amiguita, dijo Rodolfo con la mayor jovialidad.

—Perfectísimamente mi Coronel, contestó ella llevándose picarescamente la mano á la sien como si hiciese un saludo militar.

—No se porqué me encontraba hoy mas rendido que otros dias y con pereza para levantarme. Es verdad que ganábamos la cama á las cinco y minutos de la mañana.

—Cierto. Anoche hubo mas gente que nunca.

—Sí, pues.

Rodolfo dió algunos pasos vuelto de espalda á Celia esperando que esta le hablara del asuntito aquel. Era en verdad el momento oportuno.

Reinó el silencio por espacio de un minuto.

La situacion era embarazosa. Precisamente despues de cada fiesta de las anteriores, cuando se reunian como ahora, tenian una conversacion tan animada y juguetona ques les proporcionaba un tan

grande como inocente placer. ¡Qué de delicadas murmuraciones, de bromas íntimas y de sátiras aceradas! Comentaban las extravagancias ó torpezas de los contertulios con benevolente aticismo.

Y ahora tan callados. sin saber p r donde empezar, pensaban los dos en la misma cosa y sin embargo, la corriente de ingénua franqueza no se establecía.

Sí hubieran seguido así sin ser interrumpidos, el hielo se hubiese roto al fin, aún cuando fuese al impulso de un rayo de ira. Pero desgraciadamente el veterano portero pasó aviso de que el Mayor Trompeta deseaba verle y Rodolfo abandonó el gabinete de Celia para recibir en su despacho al recién llegado.

Llegó la hora de la comida y por primera vez desde que contrajeron matrimonio sintieron malestar de verse juntos. No podían hablar nada importante por la presencia de los sirvientes y tampoco se encontraban bien dispuestos

para conversar sobre esos mil temas que brotan rozagantes cuando hay comunidad de ideas y el cielo del hogar se encuentra totalmente despejado.

Rodolfo al levantarse de la mesa pretestó un quehacer urgente y salió á la calle, despidiéndose demasiado á la ligera de su jóven y amante esposa.

Celia cuando se vió sola, lloro amargamente, tuvo jaqueca y dio órdenes terminantes, de que se dijera á todo el que fuese que habia salido al campo.

Rodolfo se encaminó lentamente, con la mirada vaga y el ánimo contristado hácia la calle de Florida, por donde bajo hácia el Sur, mas bien por hábito de encaminar sus pasos en aquella direccion que porque deseara en esos momentos disfrutar del paseo elegante que ya habia dado principio.

Cuando cruzó la calle de Cuyo hallóse con infinidad de personas de su relación

que con sus afectuosos saludos abrieron un paréntesis á su melancolía.

El hombre de sociedad recobró sus fueros y esclavo de la etiqueta suavizó las líneas duras de su rostro, dejó dibujarse en sus labios una sonrisa, pudiera decirse, permanente y tomó la actitud erguida y gallarda del que aun no ha perdido el deseo de no ser desagradable á la mitad bella del género humano.

A los pocos pasos de la Confiteria del Aguila D. Pepito se destacó de un grupo de mocitos *high-life* y saludando con una afectacion que traia á la memoria las posturas de los monos, le dijo al Coronel:

—Me alegro de verlo. Mis respetos á su estimable señora.

—Servir á V., muchas gracias. Para servirlo.

Esto gruñó el Coronel de manera que le oyese Pepito. Pero de modo que no le oyera agregó : — ¡ No estás mal cantimpla !

Y siguió su curso la procesion, siempre estendiendo la mano, sacándose el sombrero y repartiendo gratis sonrisas y miradas, en las que no todo era cumplimento de deberes sociales, sino tambien algo del deseo que prohíbe tener el noveno mandamiento de la ley de Dios.

Llegó al Club del Progreso. El zaguan y puerta estaba llena de sócios.

Una docena de manos se disputaron el placer de estrechar la del Coronel, que no se daba punto de descanso en acudir á todos.

Entre el grupo habia una cara, que produjo á Rodolfo un desastroso efecto.

Era Rupilanchas, que sereno, siempre correcto y con una sonrisita que le pareció á Rodolfo de mal agüero, se adelantó y estendió la mano derecha mientras sostenia con la izquierda levantado el sombrero.

-- ¿Cómo está Coronel?

—Perfectamente y V.?

—A sus órdenes. ¿Celia buena? Tenga la amabilidad de ofrecerle mis respetos.

—Gracias.

—Tendré el gusto de pasar á saludarlos, tal vez mañana.

Rodolfo no podia mas. Pálido de ira necesitaba emplear toda su voluntad para no cometer una groseria con Rufilanchas.

El diálogo fué cortado por varias preguntas que le hacian Mortero y demás amigos, para quienes aquella tormenta pasaba totalmente desapercibida.

Rodolfo necesitaba serenarse y al efecto subió rápidamente al salon de lectura so pretexto de mirar algunos diarios.

Tomó en sus manos el que primero halló y con la vista clavada en el papel, pero sin ver ni una letra empezó á reflexionar.

Qué debo hacer aquí? Hay ó no motivo para un escándalo? Reconstituyendo el pasado es indudable que hay un peligro

sério de que ese noviaje en el campo, con la intimidad que se establece en las giras á caballo, en los paseos á pié, en las reuniones familiares de la estancia, haya tenido protestas apasionadas, caricias furtivas, pequeñeces ó mas que pequeñeces que dejan imperecedera huella en los recuerdos de ambos. Y en ese caso cada vez que ese hombre mire al rostro á mi esposa, surgirán en sus cerebros las imágenes de aquellas escenas. ¿Y sé yo acaso, ni puedo saber, el alcance de aquellas escenas? En la conversacion de anoche entre ellos habia miradas fulminadoras. ¿Por qué eran? ¿Significaban reproches?

La sangre de Rodolfo se concentraba en el corazon y las válvulas, contraídas por la tension nerviosa no funcionaban normalmente: sus manos temblorosas no podian sostener el diario que cayó sobre la mesa.

Terrible tempestad de ideas cada vez mas desesperantes se desencadenaba en

su cerebro. Sobreescitado y enloquecido representaba en su mente los cuadros mas desatinados, en los que la pobre inocente Celia aparecia dejando en giros la túnica de la pureza virginal y escarneciendo los blancos azahares que con legitimo orgullo ostentaba al formular ante el altar el sí que la unia por toda la vida á su esposo.

Como una ráfaga de luz clara y pura aparecia durante un segundo en la mente de Rodolfo un torbellino de preguntas. —¿ Por qué he de asegurar que ha sucedido eso, si no tengo prueba alguna que lo confirme? ¿ Por qué no han de haber sido unas relaciones frías y de inocente pasatiempo? Ella era una niña y él.... No, él es un hombre que no tiene nada de inocente y habrá puesto en juego todas sus arterías... El campo es muy peligroso. Yo conozco bien la imperiosa influencia que en el violento desarrollo de pasiones amorosas y nada platónicas,

ejerce la contemplacion de esa naturaleza en las poéticas planicies de nuestra campaña. Todo conspira en torno á favor de las expansiones amorosas. Las aves cantan sus amores y preparan sus nidos en las copas de los árboles. Los animales que vagan libremente por los campos sienten la necesidad de unirse en amoroso consorcio y el hombre y la mujer, edicion repetida de Adan y Eva, siéntense contagiados con ese beso universal que flota en la atmósfera y enciende en la sangre el fuego abrasador que funde la virtud convencional de nuestras sociedades.

Y por esos disparatados andurriales de la filosofía práctica se iba Rodolfo extraviando cada vez mas y con mayor furia, tegiéndose el mismo la red opresora que habia de ahogarlo entre sus mallas.

Siempre pensando en lo mismo salió del Club sin despedirse de nadie y sin saber por donde iba, pero buscando la soledad: anduvo por calles y plazas, recor-

rió el muelle de pasajeros y allá á las dos de la mañana, rendido física y moralmente entraba en su casa y se dejaba caer sobre un diván, presa del mayor abatimiento.

En el silencio de la noche un oído delicado hubiera percibido algunos gemidos de interno dolor que se escapaban del angustiado pecho de Rodolfo, que siempre tuvo en sus lábios una sonrisa desdeñosa aun en los mas terribles momentos de peligro.

Como estaba la habitacion á oscuras no puede saberse si las lágrimas abrasaban las mejillas ó si caian como gotas de plomo derretido sobre el corazon del bravo Coronel.





VI

Don Tomás acaba de recojer cinco hermosos huevos que sus gallinas catalanas habian depositado sobre la blanda tierra del gallinero y los llevaba en triunfo á la cocina.

Teresa, ya levantada, esperaba solamente que su esposo pudiera prestarle su atencion para hacer la consabida revision del periódico, «La Idea.»

Mientras llegaba, busco la crónica del baile de casa de su nuera, movida por una curiosidad muy natural, si se atiende á que ella hubiera asistido de muy buena

gana á aquellas fiestas cuyo simple relato la encantaba.

Cuando volvió D. Tomás de dejar los huevos, ya Teresa se habia engolfado en la lectura.

—Aquí está la crónica del baile de Celia, dijo.

—A ver, que dice de nuevo.

—Habla de los géneros y color de los trajes, dice que Célia estaba «encantadora con un vestido de raso celeste que hacia mas resaltante la morbidez y turgenzia de sus esculturales formas.»

—¡Esas son barbaridades! gritó encolezado D. Tomás. Estoy por ir al periódico, buscar al que ha escrito eso y romperle el alma de un buen puñetazo.

Teresa que seguia leyendo para sí mientras su esposo pronunciaba aquel discurso de barricada, exclamó:

—Oye, oye lo que dice mas abajo.

«Cupido no permaneció quieto durante tan agradable velada. Entre otras de sus

travesuras se encuentra una de que pudimos apercibirnos en un diálogo tomado al vuelo y sostenido disimuladamente á favor de un artístico rigodon que se bailaba en el salon principal.

«Era él un buen mozo, aunque algo tímido á causa de su permanencia en el campo. Era ella una jóven y hermosísima mujer y no decimos mas por no ser indiscretos.

«El la decía mirándola apasionadamente: «necesito que nos veamos á solas.»

«Ella... alargaba la mano gallarda y airosa para hacer la cadena.

«Y el cronista que todo lo vé suspiraba envidioso de la dicha agena.»

—Esas tambien son majaderias; pero en fin, á mi lo que mas me irrita es que saquen á danzar las formas de Celia. ¿Qué les importa que sean buenas ó malas? Pues está lindo eso. Despues de almorzar voy á ver á Rodolfo y que lea eso á ver si se le quita la mania de los bailes.

Teresa abrió la boca para empez̄ar esta arenga:

—Pero hombre, yo creo que no tiene nada de ofensivo que digan de Célia que tiene formas esculturales. Realmente es una buena moza. Habrá algo de imprudencia en el cronista, pero teniéndolas, a mi no me disgustaría que me alabasen las buenas hechuras.

Abrió la boca para decir eso; pero sin soltar ni el primer *pero*, la volvió á cerrar apresuradamente. En seguida pensó:—Tomás es muy vasco; tiene la cabeza dura y si me meto á redentora conseguiré que se enoje conmigo. A callar.

Y siguió leyendo tranquilamente, pensando que Rodolfo oiría la advertencia de D. Tomás como quien oye llover y todo seguiría como hasta entonces.

Apenas concluyó el almuerzo D. Tomás se vistió de gala y antes de ir á la Bolsa, se dirigió á casa de Rodolfo.

Cuando él entró la situación no se habia

despejado en casa de sus hijos y si mas bien nuevos nubarrones se estendian por encima de aquel hogar poco antes sonriente y dichoso.

Rodolfo estaba en su escritorio sentado como si estudiase algun asunto importante. La cara desencajada y los ojos cargados eran pruebas de no haber dormido.

Celia se levantó temprano y aguardó inútilmente á que Rodolfo fuera á darle los buenos dias.

La sorprendió esa novedad.

En un segundo se despertó en ella la virtud del vasco, heredada de su padre que era tan honrado como terco.

Aquella cabecita hermosa se volvió dura al apreciar la conducta de su esposo.

—¿Y por qué se ha de enojar? se preguntaba golpeando con el pié en el suelo. ¿Por qué ha de poner en duda lo que yo le digo? ¿Por qué no ha de venir á despertarme como siempre lo hace? Su conducta recelosa y desconfiada me ofende. Yo no

le he dado motivo de queja, ni tiene nada de particular que yo haya tenido un novio á quien ni quise ni me importó dejar.

Si Rupilanchas tiene malas intenciones yo me basto para llamarle al orden y no necesito que Rodolfo me trate como si fuera culpable. Ahora me planto yo y si no viene á disculparse y á pedir perdon, si señor, perdon por su conducta injusta lo que es yo no le vuelvo á mirar á la cara. Mucho le quiero, pero si él no me ha de querer y ha de ofenderme injustamente, aunque me muera de pena no he de permitir que aje mi dignidad.

A esta altura del monólogo estaba cuando entró D. Tomás.

—¿Cómo estas hija mia?

—Bien, tata, y Misia Teresa?

—Tan guapa: vengo á ver á Rodolfo para un asunto sério. Me ha dicho el portero que está en su escritorio, con que voy allá.

—Vaya no más.

Y el bueno del vasco cuya perspicacia no era ni de tercera magnitud, no advirtió la atmósfera pesada que se respiraba en el seno de su familia, ni la tormenta cuyos primeros relámpagos cruzaban el espacio, y con el periódico en la mano y el acento solemne entró en el escritorio de su yerno diciendo:

—Aquí vengo, Rodolfo, á tratar de un asunto sério.

El Coronel se puso lívido. Creyo que se trataba del asunto que le preocupaba y se dispuso á rechazar intervenciones inaceptables.

—Has leído «La Idea.!»

—No, contestó secamente.

—Pues toma, y pasa la vista por ese pedacito.

Don Tomás le entregó el periódico apuntando con el dedo el párrafo donde se daba cuenta de que Celia, con su rico traje de raso, lucía las esculturales formas de

que la naturaleza la dotó con mano pródiga.

Rodolfo leyó con ansia el párrafo, pero, no hallando en él nada que respondiese á su oculto pensamiento siguió leyendo rápidamente.

El vasco estrañaba la tardanza de su yerno en ponerse como una fiera y suponía que lo estaba leyendo muchas veces para juntar rábía.

De repente, la desencajadura de rostro se aumentó en Rodolfo de una manera manifiesta. Acababa de leer el incidente tomado al vuelo por el cronista durante el rigodon y atando cabos ó mas bien porque aquel relato respondia con precision al estado de su espíritu, vió con toda claridad que aquella entrevista la habia pedido Rupilanchas y que la dama aludida era Celia.

Dio un golpe en la mesa que hizo vacilar al tintero y estrujó en sus manos el periódico con rabioso ademan.

El vasco vociferó á su vez.

—¿Qué tienen que andar con esas descripciones?

¿No te parece?

—Dígame Don Tomás, dijo Rodolfo con voz temblorosa, V. se acuerda de Rupilanchas?

—Rufi... sí hombre. El padre de Rupilanchas compró una suerte de estancia al lado de la mia...

—Sí ya sé; pero el hijo, V. lo conoció mucho?

—Así no mas; quien te puede dar mas razon de él es Celia: creo que anduvieron de novios... pavadas de chicuelos.

—Pero parece que ñntimaron bastante. El la tutea familiarmente.

—Y yo le tuteo á él... Imaginate que lo conocí siendo un mocito sin pelo de barba. Ahora ya estará hecho un hombre. Pero crees tú que es él quien ha escrito esas líneas?

Rodolfo no contestó. Buscaba como

loco su sombrero, se acomodaba el revolver en el bolsillo apropiado del pantalón y cuando estuvo listo salió doblando el periódico, en dirección á la calle.

—Oye muchacho, gritó el vasco que casi sentía haber dado aquel paso, no vayas á hacer alguna imprudencia. ¡Qué diablos! La cosa es desagradable, pero no como para perderse.

Pero ya Rodolfo iba á media cuadra de la casa y el sermón de Don Tomás se perdió en el vacío.

Iba el pobre viejo á entrar nuevamente á ver á su hija, pero vaciló unos segundos y temeroso de que esta le hiciera reproches por haber producido con su denuncia algún probable cataclismo, y por otra parte temiendo que á Rodolfo le pasara algo, echó á correr á la calle decidido á seguir á su yerno para prestarle ayuda en caso de un conflicto serio.

Cuando salió á la vereda Rodolfo había desaparecido. El vasco siguió por la calle

de Tucuman hácia el rio mirando con atencion á cada boca calle para ver si le descubría.

Dejémosle que siga su pesquisa, poco activa por cierto, dada la gordura física é intelectual del pobre viejo y vamos á la redaccion de «La Idea» diario de la mañana y organo de los intereses aquellos.





VII

Encontrábase en su puesto el director del diario. Buen tipo, el mismo con quien se entendió Don Pepito respecto de la crónica del baile.

Tenia el director la manía muy pronunciada de asumir decididamente todas las responsabilidades, tratándose de asuntos del diario.

En una ocasión había, un truhan, sin duda, publicado un aviso en su diario solicitando una ama de leche fresca á la que se pagarían cincuenta nacionales.

La dirección era al domicilio de un joven, soltero, sin mas familia que una tia

carnal de setenta y cinco primaveras que le cuidaba ó era cuidada por él segun los casos.

No será necesario decir, que atraídas por el sabroso cebo de los cincuenta nacionales acudieron el día que salió el aviso todas las amas de leche que habia disponibles en Buenos Aires y sus cercanías, unas frescas y otras añejas; pero todas dispuestas á amamantar al mismo niño Jesús si fuere necesario.

Aquella casa se convirtió en un infierno. Un continuo aporrear la puerta de calle; quejas de las chasqueadas, instancias repetidas para que se las examinara si el liquido era grueso... un verdadero *maremagnum*.

Cuando el jóven fué al diario á pedir cuentas de porqué se le habia hecho tan pesada broma, el director se obstinaba en probarle que cuando el periodico decia que se necesitaba el ama de leche, algo habría de cierto en ello y si ya no se

necesitaba se habría seguramente necesitado dias antes.

—Pero para qué había de necesitarse señor; decia el jóven acongojado.

—Pues para que criase á alguien.

—Pero si mi tia tiene 75 años: me parece que ya estará criada y todo.

—Puede ser para algun hijo...

—Es soltera...

—¡Oh! eso... V. sabe... un deslíz.

—Pero; por todos los santos ¡señor director, que deslíz ni que berengenas! A los 75 años!...

—¡Oh! El diablo las carga...

El jóven quiso morirse al ver la horrible tenacidad de aquel hombre.

—Pero y no sería posible rectificar ese aviso y decir que no necesito ama...

—¡Una retractacion me exige V.? ¡Nunca! ¡Jamás! Me encontrará V. siempre en cualquier terreno incluso en el del honor.

El jóven se quedo estupefacto y volvio

triste á casa, contándole el incidente á su señora tia, teniendo cuidado de envolver lo del desliz en perífrasis y circunloquios para no dar un disgusto á la venerable señora.

Pues con un hombre de ese porte iba á celebrar una conferencia el encolerizado Rodolfo, cuyo carácter vehemente y militarizado se hallaba recrudecido por la escesiva tension de sus sobreescitados nervios.

Sintiéronse pasos en la pieza inmediata á la de la redaccion y oyose un — ¿ Me permite ?

Despues del ¡adelante! consabido apareció la figura simpática de Rodolfo.

Seguia el bravo Coronel llevando impresos en el rostro los signos de la ira, despidiendo sus ojos un fulgor amenazante que fué apercebido en seguida por el director del diario, el cual se puso en guardia hasta el extremo de acercar disimuladamente y dejar al fácil alcance de

su mano la culata de un revólver que dormía en el abierto cajón de la mesa.

—El señor director?

—Su servidor. Tome asiento.

—Muchas gracias. Es breve y sencilla mi pregunta.

Rodolfo procuraba espresarse con serenidad, dominándose en cuanto era posible. Sacó el diario y mostrando al director la crónica del baile, preguntó secamente, casi en lenguaje de Coronel irritado :

—¿Quién ha escrito eso ?

El director á su vez sintió afluir un mar de sangre á su cerebro. Se contuvo un poco y sin mirar al papel dijo :

—¿Y que es eso? No entiendo por esas señas.

Rodolfo necesitó dominarse.

—Este artículo sobre el baile habido en mi casa anteanoche.

—Ese artículo, como todos los que se publican en «La Idea» pertenecen á «La

Idea» y su director, servidor de V., asume toda la responsabilidad que sea necesaria.

—Pero V. señor, no lo ha escrito.

Casi pudiera decirse que habia herido con aquella aseveracion el amor propio literario del director, el cual repuso :

—Le vuelvo á decir á V. que los artículos de «La Idea» los acepta y apadrina la direccion. Diga lo que desea, porque necesito mi tiempo para tareas mas útiles.

—Perdone, señor, dijo Rodolfo, siento tener que molestarle; pero necesito saber quien es el miserable que ha escrito este incidente al vuelo.

Aqui se volaron todos los pájaros de las dos jaulas.

—No le consentiré á V. bajo ningun pretesto que emplee lenguaje tan procaz.

Y el director arrimó un puñetazo á la cartera que tenia sobre la mesa, haciendo salir en rápido vuelo media docena de carillas de papel que ostentaban virginal blancura.

El Coronel se puso de pié visiblemente alterado.

—¿Quién es el autor de esta crónica? Eso es lo que le pregunto.

—«La Idea.» Eso es lo que le contesto.

—Pero entonces no hay quien responda de esas líneas.

—¡Como no! A todas horas, en todos los terrenos, ¿no le he dicho que me tiene á sus órdenes?

—¡Eh! Está V. loco....

—Bueno, retírese inmediatamente sinó quiere que lo haga salir.

Los dos de pié, echando fuego por los ojos dirigieron instintivamente la mano á los rewolvers.

Rodolfo llegó á sacarlo del bolsillo y dio un paso atrás para amartillarlo.

El director empuñó el suyo que ya estaba listo, á la vez que gritaba:

—¡José!....llámeme al vigilante....

Y José que era el portero, cajero y

casi secretario de la imprenta, al oír las voces, creyó mas oportuno entrar como una fiera en la pieza donde reclamaban sus servicios y sin mas preparacion ni advertencia, agarrar por ~~detrás~~ al Coronel levantarle en peso con los brazos sujetos por los suyos que lo abrazaban con la fuerza de un Hércules y llevárselo fuera como quien lleva un fardo.

Lo depositó en el zaguan, se cuadro delante de la puerta de la redaccion y le dijo señalando solemnemente con el brazo estendido hácia la puerta de calle:

—Mándese mudar.

¿Y qué hago ahora? pensaba Rodolfo entre iracundo y abatido. ¿A quién mato? Porque yo necesito matar á alguien. Pero, en que lío me he metido, señor?

Y mientras esto pensaba permanecia como una estatua en medio del zaguan con el revolver en la mano.

El portero sacó del bolsillo un silbato y

aproximándolo á la boca, dirigió un ultimatum al Coronel.

—Si no se manda mudar toco pito.

Rodolfo guardó el revolver y salió enloquecido por la ira.

El portero volvió á donde estaba su patron, para darle cuenta de que se habia marchado el intruso. •

—Parece demente, decia.

—No crea. Es un Coronel muy conocido, y estos militares se les figura que todo se lo pueden llevar por delante y que donde ellos estan no hay mas hombres. Yo le voy á dar una buena leccion en el número de mañana. Le aseguro que le vá á levantar en alto.

El caso es que no encuentro en la crónica nada....á ver....un incidente tomado al vuelo....es este, sí....

El director leyó con atencion.

—Bueno, hay imprudencia ó zonzera en D. Pepito al consignar esta cita á solas, pero no es para tanto. Si hubiera

leído yo el escrito antes de darlo á las cajas lo probable es que hubiera borrado esa pávada ; pero, de todos modos no se viene á insultar y atropellar por una cosa asi. ¡Si estos militares! Mire José, vaya á casa de D. Pepito, aqui tiene Tacuari, ahí está el número apuntado y dígale que tenga la bondad de venir inmediatamente.

José salió como bala á cumplir su comision y el director quedo revisando el rewolver y filosofando.

—¡ Demonio ! Este hombre venia dispuesto á todo. La verdad es que si no ando listo me mete una bala como tres y dos son cinco. Ahora puede que me desafie. Pues no me hace mucha gracia eso. Si supiera que iba á salir bien no me disgustaria tener un lance con todo un señor Coronel con fama de guapo. Pero si me rompe la crisma ó me agujerea la piel con averia gruesa. . . . Lo que mas me incomoda es que se trata de una sim-

pleza. Todavía si fuera por una cuestión internacional, de límites, de principios constitucionales; pero porque una buena moza se vea á solas con un Tenorio, sin conocerla yo siquiera á ella, es cosa triste andar á balazos.

D. Pepito, azorado, llegaba en aquel momento. José le habia contado muy por encima que un Coronel queria matar á todo el mundo por asuntos de un baile y el joven dandy que en cuanto á valor se las tenia tiesas con un gallina, si no estaba clueca, se entiende, porque en ese estado picotean al adversario, venia con el alma en un hilo, preguntando diez veces á José por el camino si ya se habia marchado el tal Coronel.

—Amiguito, dijo el Director, frunciendo el entrecejo. En buen lio me ha metido V. con su cronica. ¿De dónde ha sacado ese incidente al vuelo, con una cita á solas?

—Es verídico, señor; completamente

verídico: yo no iba á decir una cosa por otra. Mas le diré el que pedia la cita era un señor Rupilanchas que habian presentado esa noche á los dueños de casa y la que se la daba, bailando con él, era Celia, la esposa del Coronel.

—¡Cuerno! Eso es otra cosa. Entonces me voy medio esplicando la feroz actitud del Coronel. Ha descubierto que le engañaban como á un chino y se ha puesto *fulo*. Todo eso está bueno, pero que no venga á pegarla conmigo, ni á quererme matar como si yo fuera el de la aventura. Allá que se entienda con ese Furrilanchas ó como se llame.

—Eso digo yo, añadió Don Pepito cobrando ánimo; que se entienda con Rupilanchas. Pero por todos los santos, señor Director, no diga á nadie que he sido yo el que escribí la crónica.

—Esa es buena! Con que van ya diez ó doce personas que me han dicho que V. refirió á todos que habia sido el autor de

ese escrito y se lo anduvo V. leyendo en prueba á quien queria oirle y ahora me pide que guarde el secreto!

—Pero sálveme, señor, sobre todo al Coronel si pregunta quién es, dígame que no he sido yo. Si me pregunta, invocaré su testimonio, ¿quiere?

—Amigo, no le puedo ofrecer nada sobre ese particular. V. es el testigo auxiliar de esa escena que ha promovido el conflicto. Si hay necesidad de comprobaciones, á V. le toca sostener lo dicho.

—¡Ah, no señor! Yo diré que ni he oido nada, ni sé nada, ni he escrito nada.

—¡Hola, amiguito! Esas tenemos? Y yo le partiré á V. el cráneo. Si señor: y ademas le probaré con las carillas que están escritas de su letra y que conservo en mi poder, que es V. el autor.

—¡Dios eterno! Yo podré decir que me dictaron aquello y solo tomé la participacion de un mero escribiente.

—¿Si? Hombre, es V. un mándria
Afortunadamente me basto y me sobro
para arreglar estos asuntos. Vaya no mas,
amigo. Pero no vuelva á traer ningun
escrito á esta casa, porque....

Don Pepito salió mohino y cabizbajo.

No le duro mucho, sin embargo, la
preocupacion. Aquella cabeza de chorlito
era incapaz de albergar por mucho tiempo
una misma idea, y así es que al volver
una esquina vió pasar una mujer bella
todavía, aunque no muy jóven, bien ves-
tida, de negro, de apostura gallarda y
Don Pepito que era un perseguidor ino-
fensivo de cuanta mujer sola encontraba
al paso, se dijo alegremente:

—Aventura tenemos.

Tomó sus disposiciones para hacer no-
tar su presencia y manifestar sus intentos,
pasando una vez delante de la señora,
mirándola tiernamente: deteniéndose en
el escaparate de una paragüeria para de-
jarla pasar á ella, volviéndola á mirar

con mayor ternura y siguiendo despues como la soga al caldero, y como al cuerpo la sombra, por calles y plazas hasta mas allá del Once de Setiembre, donde ella entro en una casa y le dió con la puerta en las narices.

Dejémosle que siga su conquista ya que con tan poca cosa se distrae.





VIII

Rodolfo no fué á comer esa tarde á su casa.

El suegro que lo habia estado buscando afanosamente, lo encontro al fin en el Club del Progreso. Por primera vez, Rodolfo estuvo con él mas que reservado, grosero.

Don Tomás, apesadumbrado, fué á decir á su hija que su esposo estaba sin novedad; pero no pudo ocultar que le habia tratado secamente y dijo á Celia que evitaria por su parte molestar con sus visitas á Rodolfo.

El pobre viejo estaba acongojado.

Celia pudo ver que á pesar de sus esfuerzos, al darla un beso de despedida, tenia el noble anciano llenos de lágrimas los ojos y hasta sintió algunas que se deslizaban suavemente y la humedecieron la mano.

Celia no podia hablar. La escena era muda, pero terrible, por las múltiples pasiones que se agitaban en lo íntimo de los cerebros, asemejándose al rumor sordo que empieza á percibirse cerca de un volcan en cuyo seno se elabora una erupcion gigantesca.

Partió el viejo y al cabo de breves minutos, Celia, presa de una agitacion estrema, le daba cien vueltas en su mente á la idea de irse á vivir á casa de su padre, de pedir el divorcio, de decir á Rodolfo de una á cien.

Examinaba, segun ella, con toda frialdad, la conducta de su esposo, y por mas benevolencia que aplicara al juicio,

siempre resultaba culpable él, de todo lo que sucedía y podía suceder.

Celia por supuesto que no conocía la crónica malhadada del baile mas que en la parte que se ocupaba de su vestido y sus formas, de que le había hablado Don Tomás, y nada sabía tampoco de los incidentes desagradables que se iban produciendo. Condenaba pues, sin oír al acusado; bien es verdad que éste empezaba por desertar del juicio. y en un minuto había roto por completo con la dulce intimidad que existió entre los dos esposos que siempre se comunicaban hasta los mas íntimos pensamientos.

En el matrimonio hay que evitar la bola de nieve cuya formación es fácil tanto como difícil su derretimiento.

Mientras Celia veía llegar la noche. pasar la hora de la comida sin que apareciera Rodolfo, y por fin llegar la hora de retirarse sin encontrar con quien discutir siquiera sus cuitas, ni á quien dirigir sus

recriminaciones, Rodolfo pasaba los mas amargos momentos por los que hombre ha pasado.

Lo anómalo de su situacion era lo que le abrumaba.

Creíase ofendido y en ocasiones engañado por Rupilanchas, y sin embargo, no encontraba el medio de cruzar una bala con aquel hombre sin provocarle de algun modo, por medio de una ofensa que explicara el lance, sin necesidad de que apareciera la causa primordial y efectiva que lo producía.

Eso en cuanto á lo principal que por el momento estaba eclipsado por el incidente accesorio que se habia producido ese dia en la redaccion del periodico «La Idea».

Aquello no podia quedar asi sin un gran detrimento de su dignidad como hombre y como militar.

¿Y qué iria á decir al dia siguiente en su diario aquel hombre, al referir la es-

cena de la redaccion y la aventura del portero que con mas fuerza que razon, lo saco en brazos como en niño insolente y lo plantó en la calle vergonzosamente?

Rodolfo se consideraba en el caso de desafiar al Director; pero entonces tenia que ponerse en tela de juicio cuál era la parte ofensiva del artículo y sosteniendo la veracidad de lo dicho saldrian á relucir nombres propios y el deshonor y el ridículo que pesa sobre el marido engañado, caerian sobre él como cae la avalancha sobre el viajero atribulado.

Consultar á un amigo era como poner un cartel anunciando una funcion brillante en el Politeama. Tendria que empezar por contarle cuanto él sabia y mucho mas que se imaginaba y, á la verdad, sentia una vergüenza y una repugnancia inconcebibles, á dar ese paso, propio de espíritus débiles.

Desde niño se acostumbró Rodolfo á resolver sus problemas, bien ó mal, por

si mismo, y sin que hablase de ellos ni a sus mas intimos, hasta que cortado ó desatado el nudo gordiano podia referir los hechos como asunto pasado y sobre el que nada habia que hacer.

Pero en el presente caso se encontraba en un atolladero del que no veia facil salida.

Uno de sus temores era que la falta de serenidad le hiciera equivocar la senda que debia seguir para que ni el honor, ni su reputacion como hombre, ni menos aun como militar, sufrieran menoscabo.

Para Rodolfo era su reputacion objeto de un culto fervoroso. Tener siquiera la duda de que alguien se considerase autorizado para tacharle de cobarde ó de indigno, era para él, algo como un peso insoportable. Y precisamente lo sucedido en la redaccion del periodico era muy peligroso y en extremo ridiculo.

Se preguntaba si habia hecho mal en ir á indagar quien era el autor del es-

crito: si aun suponiendo que estaba correcta la pregunta, si no habia usado términos inconvenientes y por su culpa se habia producido un incidente tan desagradable. Y si en el supuesto tambien de que hubiera sido así, cabia que diera él una satisfaccion, que al no pedirsela seria deprimente y quizá de resultados opuestos.

Y en estas y las otras paso-en el Club la tarde y se le iba pasando la noche sin tomar alimento alguno, ni encontrar fórmula satisfactoria á sus dudas y vacilaciones.

Cuando empezaban á llegar al Club los empedernidos jugadores y los alegres comensales de toda cena opípara, Rodolfo salio procurando ocultarse á las miradas de sus amigos, y tras una hora de vagar por las calles, decidió irse á dormir, esperando que el descanso de que tanto necesitaba, le refrescaria la cabeza y así podria resolver con mas acierto lo que tenia

que hacer, especialmente despues de lo que dijera el periódico respecto de aquella escena que llevaba todavía clavada en el alma como punzante espina.

Y en cuanto á Rupilanchas, buscaria una oportunidad para provocar un incidente de resultados del cual hubiese un duelo. ¡Oh! si Rupilanchas fuese el autor de la crónica! pensaba Rodolfo. Pero ese diablo de Director me ha desconcertado con el giro que dió al asunto. Y no puede ser otro que Rupilanchas el que escribiere ese incidente, puesto que él solo conoce lo que dijo á Celia.

El recuerdo de su esposa surgió avasallador en su mente. Con los asuntos del día solo habia pensado en ella para anatematizarla, y eso muy brevemente. Ahora mezclábase á la irritacion que los sucesos le ocasionaban, el recuerdo de un amor vehementísimo, que en realidad no habian estinguído aquellas nubes negras que, sin embargo, lo ocultaban cui-

dadosamente. Rodolfo pensaba en un posible fruto de amor que vagamente le habia anunciado Celia con los rubores de una niña que deja de serlo.

Hubiera querido entrar á verla y hasta referirle sus penas; pero su amor propio se sublevaba furiosamente y le retenia en su puesto. Además, no queria tener escenas cuyo desenlace, en el seno de la familia, no podian preverse, antes de dejar arregladas las de fuera que reclamaban toda su atencion.

El sueño tuvo al fin compasion de aquel cerebro calenturiento y se apoderó de él sigilosamente.

Celia en su dormitorio, encerrada por dentro, habia tambien conciliado el sueño, tras largo batallar, cuando las tintas de la aurora derrotaban á las sombras de la noche.





IX

Precisamente al mismo tiempo que Rodolfo y Celia cerraban sus párpados enrojecidos por el insomnio y tal vez por alguna lágrima de esas que abrasan al pasar, D. Tomás los abría penosamente y hacia una llamada á su memoria para recopilar los sucesos del día anterior y hacer los cálculos para el que ya venía envuelto en el opulento manto de luz que le prestaba el astro rey.

La conducta de Rodolfo fué el primer pensamiento que acudió á su mente.

Aquella mañana el mate le pareció de

peor yerba: las gallinas hacian un clo-clo fastidioso que le heria el timpano al viejo, y le pareció que Teresa tardaba en venir á leerle el diario mas de lo acostumbrado.

Pero todo llega y pasa.

La tucumana siempre plácida, hermosa al despertar, apareció al fin envuelta en blanquísima bata blanca que permitiéndo señalar los perfiles de su arrogante cuerpo la daba el aspecto de una Venus velada por ténue gasa arrancada al níveo mármol por el cincel de Fidias. Antes de salir de su habitacion se habia contemplado largo rato delante de un gran espejo y por sus celdillas cerebrales habia pasado velozmente y sin dejar huella, la idea de que tambien podria aplicársele á ella aquellas líneas de la crónica en que se hablaba de las esculturales formæs de Celia. Y con mas razon todavia! Esto último lo pensó tan bajito que aun ella misma fingió no haberlo oido.

D. Tomás estaba preocupado.

—Mucho te duermes, la dijo cariñosamente.

—La hora de siempre. Bueno, aquí está ya el periódico.

—Míra, pasa de largo los artículos y búscame á ver si hay algo que se refiera á mis hijos.

Teresa recorría las columnas con avidez y D. Tomás la miraba fijamente. Por fin, se detuvo la mirada en un punto del diario y seguía, seguía en silencio pasando de una línea á otra, demudado el semblante á medida que avanzaba en la lectura.

—¿Qué dice? preguntó con ansiedad suprema y avanzando hácia Teresa.

Lée alto.

—¡Jesús, Dios mio!

—Pero, ¿qué dice? exclamó con rabia D. Tomás.

Teresa empezó la lectura de nuevo con voz trémula.

«Ayer tuvimos en nuestra imprenta

una visita desagradable, viéndonos obligados á darle una dura y merecida lección de urbanidad y decencia.

«Signo fatal de estas épocas de militarismo desenfrenado, la conducta brutal del Coronel **, ha venido á poner de manifiesto una vez mas que esos caballeros creen que no hay mas ley que el revolver, ni mas autoridad que su capricho.

«Porque en la crónica del baile que dió ese señor el sábado último, se consignaba un incidente en el que no se determinaban personas y que él al darse por ofendido ha hecho entender que le atañía muy de cerca y de una manera mortificante á su carácter de esposo, se desató en insultos y sacando á relucir un revolver pretendió asesinar á nuestro Director.

«La presencia de ánimo de este último que con otra arma igual contuvo el cobarde agresor, le salvó de morir á manos de ese Coronel que tan mal parado deja el honor del uniforme que viste.

«El portero de esta imprenta completó la lección tomando al Coronel entre sus nervudos brazos, como á débil mujer y con revolver y todo, lo arrojó á la calle ignominiosamente.

«El pobre diablo tuvo á bien guardar el revolver y sin mas trámite hacerse humo.»

Teresa calló. No habia mas que leer sobre el particular.

Es verdad que era sobrado lo leído.

D. Tomás estaba horriblemente desengajado.

—Y yo tengo la culpa de eso. Yo, que fuí á leerle el maldito periódico y que despues no tuve la precaucion de ir con él á la redaccion ó á los infiernos. ¡Ah si yo hubiera estado allí....

Y el buen viejo apretaba sus aun robustos puños y como para mejor desahogarse murmuraba un rosario de interjecciones vascas que eran ininteligibles para Teresa.

Iba y venia de un lado á otro del patio rugiendo cual leon aprisionado.

Se esplicaba el por qué le habia tratado con tanta dureza cuando le encontro en el Club y esa misma acritud de su yerno le distanciaba de él, temeroso el pobre viejo, de ser rechazado y ofendido mas duramente todavia.

Y luego se acordaba de su querida hija, á quien le ocasionarian esos incidentes los mas grandes disgustos, que en el estado interesante en que se hallaba podrian serle fatales.

Tal vez ignorara lo que sucedia; pero si habia una desgracia no podria ocultarse y entonces...—Porque Rodolfo no puede dejar eso asi....imposible....Yo lo conozco es un mozo digno, guapo como las armas....

Teresa participaba de las mismas angustias que su esposo; pero callaba por ser esa pasividad aparente el distintivo de su carácter.

Y en efecto: la situación era delicadísima. Los nubarrones se amontonaban, los relámpagos se hacían cada vez más vivos y frecuentes y el rayo no podía hacerse esperar mucho.





X

Mientras D. Tomás sufría horriblemente en el patio de su casa, combinando planes que luego eran desechados, D. Pepito que había esa mañana madrugado de una manera desusada entraba en la calle de Perú por la de Victoria, contemplando al pasar por los escaparates su, para él, aristocrática é interesante figura que se retrataba en el limpio cristal que resguarda las mil baratijas que se exhiben en tiendas y bazares.

Cuando pasaba por cerca de él alguna muchacha bonita, D. Pepito se atusaba su conato de bigote, ponía los ojos en

actitud de éxtasis, entreabría los labios para lucir unos dientes blanquísimos, pero de un tamaño que hacia recordar como serian los dientes del gigante Goliath, y haciendo molinete con la varita se contoneaba como diciendo :

—¡Qué suerte tienes en haberme enamorado!

Pepito era, sin duda alguna, de lo mas pavo que hay en el género, por desgracia demasiado abundante.

Todas la niñas y las matronas y hasta las viejas le adoraban, segun él.

Era un necio peligroso; porque en rueda de amigos, por darse como suele decirse, *corte*, trituraba reputaciones, fingia citas comprometedoras y afirmaba con cínico descaro la existencia de caidas y deslices de damas de cuya honorabilidad nadie habia dudado.

Habia Pepito educádose bajo la inconveniente direccion de su cariñosa abuelita que con sus mimos y escaso cri-

terio sacó un ente en vez de un mozo de provecho. Pepito quedó de muy niño huérfano y heredero de una muy regular fortuna, que por cierto la iba ventilando á pasos de gigante con sus gastos de Nabab y sus liberalidades de zonzo.

Continuamente tenia un círculo de jóvenes, ricos de imaginacion y de bolsillo escuálido que le preguntaban por sus amores, fingian creer á ojos cerrados cuanto les contaba y se deshacian en felicitaciones cada vez que les daba la noticia de haber agregado un nombre mas á la estensísima lista de víctimas uncida al pesado carro de sus conquistas amorosas.

A cambio de estas condescendencias le invitaban á comer, es decir, á pagar, comidas en la Rottisserie, para seis ó siete amigos, que tenian un estómago privilegiado y unos gustos gastronómicos tan refinados y pulcros, que entre platos especiales y vinos finos resultaba una *adición* fabulosa.

Pepito pagaba y les decia que le dispensaran, por que en aquellos momentos tenia una cita pendiente con una mujer espléndida.

—¡Qué feliz eres *mijo!* le decia un tunante que hacia quince años cursaba derecho y aun se encontraba estudiando el quinto.

—¡Qué feliz! Anda, no te detengas por nosotros y llegues tarde: ya sabes que somos de confianza. Has pagado todo esto *mijo!*—Si, pues; decia Pepito.

Bueno, hasta luego.

—Adios, adios, le decian en coro los comensales que despues se reian como desesperados de la simpleza del opulento anfitrión.

Y estas escenas se repetian diariamente con gran detrimento de la bolsa de Pepito que iba debilitándose por minutos, porque jamas se saldaron las cuentas del año, sin recurrir á mermar el capital para cubrir el deficit entre renta y gasto.

No tardó mucho Pepito en encontrar amigos en la calle de Florida.

A poco andar ya tenía concertada con tres estudiantes del calibre de aquel que nunca acababa de aprender, un almuerzo en la *Rottiserie*.

A las diez y media de la mañana, después de haber tomado un aperitivo en la Confeitería del Aguila, hacían su entrada triunfal en el afamado establecimiento, que pudiera llamarse Liceo gastronómico.

Se situaron en un departamento desde el cual se conservaba una prudente independencia del resto de los comilones.

Apenas habían hecho los primeros pedidos vio Pepito pasar uno tras de otro, por enfrente, á Rodolfo y dos señores mas, uno de los cuales era también militar de alta graduación.

Pidieron una pieza reservada, instalándose con el mayor silencio.

Pepito sintió frío.

Desde la aventura de la crónica era su primera diligencia leer « La Idea » todas las mañanas y es claro que habia leído el suelto que destilaba sangre publicado en ese dia.

Si le hubieran dejado escapar, D. Pepito se va sin almorzar ni nada, porque se sentia mal teniendo cerca á aquel hombre de cuyas intenciones no podia estar seguro puesto que no sabia si estaba al corriente ó nó de que él era el autor del escrito.





XI

Dejaremos á la juventud que coma y beba con tan buen apetito como falta de preocupaciones y entraremos en el gabinete donde Rodolfo y sus acompañantes se disponían á almorzar.

Advertíase en el rostro de los tres un gesto sombrío, por mas que conversaban con aparente serenidad, como si la idea predominante fuera solo llenar, en las mejores condiciones gastronómicas, la apremiante necesidad de la alimentación.

—Por supuesto, dijo el militar á quien llamaremos Andres, que si no encontra-

mos hombre, le exigiremos que firme una declaracion en la que se retracte de de la parte ofensiva para V. Coronel.

Yo creo que seria bueno llevar hecha esa declaracion para no perder la oportunidad si es que se presenta.

—Es inutil, contesto Rodolfo con acento de conviccion; han de encontrar Vds. hombre. Mucho me equivocaria si ese individuo se intimidara.

—Otras mayores se han visto, mi querido Coronel,—dijo el otro compañero, Antonio, que será bueno decir era un novel abogado, que no ejercia por no tener que conversar con los clientes. Su gruesa fortuna le permitia sostener ese capricho, no del todo infundado.—Yo creo, agrego, que debemos en efecto preparar la retractacion. A ver aquí hay casualmente avios de escribir.

El abogado trazó rapidamente sobre una hoja de papel varias lineas que al terminarlas leyó á sus dos oyentes.

Señores D. Fulano y zutano.

« En vista de las esplicaciones medias, creo un deber de justicia retirar las palabras ofensivas para el Coronel R..... contenidas en «La Idea» de tal fecha, reconociendo espontánea y lealmente que dicho señor es un perfecto caballero y lamentando que una mala inteligencia haya dado lugar á ese incidente que doy por terminado con esta satisfaccion pública al ofendido.»

Seguía la fecha y sí era aceptada por el director del periódico, debería seguir tambien la firma de éste.

Aprobada la forma, insistió el Coronel en que no habría mas remedio que el duelo y á esto contestaron los dos padriños dando el primer ataque á las viandas: —Pues lo habrá y en toda regla.

- Ahora á almorzar y bien, dijo el abogado. Que la oficina del estomago es la mas importante para lances apurados.

La comida fué silenciosa. Rodolfo

hacía esfuerzos sobrehumanos para atravesar bocado.

Mientras saboreaban el café y fumaban un rico habano, se cruzaron algunas frases banales que revelaban bien claro poquísima gana de hablar en los comensales.

—Bueno, vamos ya Doctor? dijo el militar.

—Vamos. ¿Vd espera aquí Coronel?

—Si, pues.

Tomaron sus sombreros y bastones, y salieron del gabinete cerrando tras sí la puerta. Iban á la imprenta de «La Idea».

Rodolfo que habia tomado en sus manos un periódico, como sí tratara de entretener, leyendo, el tiempo que tardasen sus amigos en la entrevista con el Director, lo dejó caer sobre la mesa no bien se halló solo.

No estaba su ánimo para lecturas.

Su cabeza era un volcan y en ocasio-

nes notaba que las ideas aparecían borrosas ó disparatadas. Tenía zumbido de oídos y sentía un malestar profundo.

—¿Tendré miedo? se preguntaba sujetándose la cabeza con ambas manos como sí temiese que la respuesta no fuera apropiada á lo que le sucedía.

—No es miedo, no. Es que veo derumbarse el edificio de mi felicidad.

Es que mi Celia, el objeto de mi mas vehemente cariño, no era como yo creía una niña inocente, vírgen de amores é ingénua y franca. Antes de fingirme amor, tal vez al mismo tiempo, amaba á ese hombre; y despues por una veleidad mujeril, quizá por el brillo de los galones me dió una preferencia engañosa, me ocultó cuidadosamente aquella pasion anterior, vehemente como todo primer amor, y me dió su mano guardándose el corazon. Veo que mi nombre está deshonorado públicamente; que necesito matar ó morir y mas preferible es

lo último que lo primero, dada mi situación desgraciada. No me queda esperanza ni asidero. Mis sueños de oro en un hogar dichoso, con un ángel por esposa, con unos pequeñuelos risueños que hicieran adorable la vida, se han deshecho al impulso del furioso pampero que me azota el rostro.

Y el infortunado Coronel sollozó muy despacio, porque temía ser oído; y se apresuró á llevarse el pañuelo á los ojos no fuera alguien á abrir la puerta y le viera llorando. Pero un nudo que le ahogaba se detuvo en la garganta y ese nudo le exigía imperiosamente que deramara mas lágrimas haciendo servir á los ojos de válvula de seguridad por donde saliese el dolor que amenazaba romper las paredes del corazón.

Contrastando con esa angustia dolorosa estaba la mas desconsiderada alegría en torno de la mesa donde Pepito, principal causante de aquellas desdichas, be-

hía y contaba por la centésima vez sus conquistas amorosas.

A juzgar por el ruido que hacían y las carcajadas con que sazonaban sus dicharachos, aquellos mocitos se habían escedido en la parte líquida del banquete.

En lo mejor de la orgía se encontraban los mequetrefes cuando Antonio y Andrés ya de vuelta, entraban en el gabinete donde aguardaba Rodolfo.

— Ya estamos despachados en la primera parte.

Rodolfo no pestañeó siquiera, ni mostró curiosidad por saber el resultado. Y sin embargo, diremos aquí, en secreto, que la tenía y grande; pero el buen temple del hombre digno, le prohibía toda manifestación que implicara estima de la vida y recelo del peligro.

— Nos ha encaminado á los señores C. y Z. con quienes podremos entendernos, para arreglar condiciones.

— Cuando le indicamos que podía arre-

glarse amigablemente la cosa pregunto que ¿como? Entonces le dije que firmando él una declaracion como la que le dí á leer o por el estilo.....

Pegó un salto, cuando se entero de la declaracion que creímos que acababa la entrevista mal. Es mozo de malas pulgas. Me tiro el papel sobre la mesa y dijo:

—Por donde se han figurado Vds que yo podía firmar eso?

—Conque, Coronel, donde nos vemos esta tarde, porque ahora tenemos que buscar á los dos padrinos que ha nombrado su contendiente.

—En el Hotel de la Paz adonde voy á tomar habitacion mientras duren estas andanzas. Hacia all me voy.

—Hasta luego, pues.

Y salieron.





XII

Así como acontece con frecuencia que ni de intentose desencuentran las personas con tan matemática precision como lo dispone la casualidad, así tambien, á veces se arreglan las cosas de tal modo que parece hubieran sido preparadas artificialmente de ante mano.

Cuando Andrés y Antonio se anunciaron en el estudio del Dr. Rasqueta, que era uno de los padrinos del Director de «La Idea», se encontraron con el otro padrino, que sin saber nada del lance habia ido á visitar á Rasqueta con quien le unían vínculos de amistad estudiantil.

Así, pues, de un tiro mataban dos pájaros.

Rasqueta era un buen mozo, sério y discreto. Su amigo Trinchera sin ser malo tenía un eterno buen humor, tan rebotante, que era muy capaz de llorar de risa en un entierro y de hacer burla, delicada, pero incisiva, del mismísimo arzobispo.

Empezaba Rasqueta á referirle á Trinchera que había recibido una tarjeta de su comun amigo, pidiéndoles que les sirvieran de padrinos en un lance con el Coronel R., cuando entró el dependiente á decir que dos caballeros deseaban verle.

—Ésos han de ser seguramente.

—Bueno ché. Dice nuestro ahijado que él es el ofendido y le corresponde la eleccion de armas. Prefiérese el sable ¿sabes? Yo estoy en autos y llevaré la palabra. El asunto es urgente. Diles que pasen, dijo volviéndose al dependiente.

Entraron en efecto, saludaron ceremo-

niosamente é invitados á sentarse lo hicieron así.

—Señor Rasqueta, dijo Antonio, no se si tiene V. conocimiento de haber sido designado por el Director de «La Idea» para representarle en un incidente desagradable que ha tenido con el Coronel R. de quien somos representantes, como verá V. por esta carta.

—Si señor, dijo Rasqueta; tengo aviso de mi amigo y casualmente se encuentra aquí el compañero de padrinazgo á quien presento á V. El Sr. Trinchera....

Se saludaron respectivamente y volvieron á ocupar sus asientos por un momento abandonados.

—Vds. dirán, cuando podremos dar principio al arreglo de condiciones....

—Ahora mismo, si á Vds. les conviene.

—Pues empecemos.

Rodearon la mesa los cuatro y salieron á relucir los antecedentes de la cuestion

que consistian en la crónica del baile, y el suelto del dia siguiente.

—Ante todo, dijo Antonio, podíamos ver si por algun medio honroso se llegaba á una solucion pacífica.

—Mi ahijado, respondió Rasqueta, no puede rectificar nada de lo dicho. Podrá si, aceptar las esplicaciones y disculpas que den Vds., á nombre de su representado.

—No tendríamos dificultad en retirar toda palabra ofensiva pronunciada en la entrevista primera cuando solo deseaba conocer al autor del escrito que habia consignado una falsedad ó cuando menos cometido una indiscrecion. Pero era necesario que á ese paso correspondiese la anulacion completa y pública de lo dicho en el diario respecto del Coronel á quien se insulta y calumnia....

—Permítame, señor; se refiere un hecho exactísimo en todas sus partes. Si de ese hecho resulta mal parado el Coro-

nel culpa será de la fatalidad que lo hizo aparecer imprudente, atrabiliario y cobarde, apesar de que yo que le conozco bastante, sé que no tiene ninguna de esas feas cualidades.

—Perfectamente: si V. reconoce la honorabilidad de mi representado ¿por qué no intentar una solucion honrosa para ambos y pacífica á la vez?

—Veamos, dijo Rasqueta reflexionando un instante. Suscriba el Coronel una carta declarando que su conducta censurable en la redaccion fué resultado de un acto primo, que una vez serenado su ánimo reprueba completamente. Con esa carta á la vista, mi representado no escatimaré, estoy de ello seguro, las frases que mejor rehabiliten la dignidad del Coronel.

Antonio y Andrés se miraron mas bien por fórmula que por tener ni la mas ligera duda de que era inadmisibile la propuesta.

—Imposible, contestó Antonio. Pásemos si gusta á ajustar condiciones.

—Como V. disponga.

—Creo indiscutible que el Coronel tiene la eleccion de armas. Es el ofendido.

—Diferimos, señor, diferimos. He leído con detencion la crónica del baile y es tal la abundancia de elogios para el Coronel y su esposa, que le aseguro formalmente que al quejarse peca de desagradecido.

—Sí; pero hay una parte que afecta el honor de una dama.

—La prueba de su escesiva susceptibilidad es que si V. no tiene la amabilidad de indicarme cual es la alusion y á que dama se dirige, yo no daría con ello aunque leyera cien veces el escrito.

—Supongamos que haya exceso de susceptibilidad en mi representado y que la cronica sea inofensiva; torpe y quisquilloso anduvo el Director al ocultarle

el nombre del autor, con lo cual todo esto se hubiera evitado.

—Es verdad; pero esa declaración, que pedida en términos corteses y apropiados no hay inconveniente en hacerla, y que, por ejemplo. ahora, yo haría sin dificultad, no puede concederse cuando se exige con palabras depresivas y con actitudes amenazadoras. Convengamos en que el Coronel anduvo sobradamente agresivo en su primera entrevista. V. sabe, las palabras son como las cerezas, unas enganchan á las otras.

—He creído oír que está V. dispuesto á decir quien es el autor del escrito. Tiene la bondad de indicar el nombre?

El interpelado echó una mirada á un papel que tenía en el cajón y dijo:

—José de Piedramala.

Antonio y Andrés se miraron sorprendidos.

—¡Don Pepito! dijo uno de ellos.

—Todo se hubiera evitado, continuó

Antonio con pesar, si en la primera entrevista se hubiere aclarado ese punto. El Coronel estaba en la idea de que fuera otra persona....

—Lo comprendo, murmuró Rasqueta; pero olvidamos lo principal. Sigo, pues, diciendo que mi ahijado es el ofendido y á él le corresponde la eleccion de armas.

—Encuentro fuertemente sensible que dos hombres como el Coronel y el Director de «La Idea», que no se conocian, que no se odiaban, ni tenian para que ofenderse, sean empujados por la mano del destino á jugarse la vida, uno contra otro, como si uno de los dos no cupiera en el mundo estando el otro.

—Es verdad; pero si no acepta V. mi propuesta de arreglo pacífico, o no encuentra V. otra que yo pueda aceptar, no habrá mas que seguir adelante.

Antonio reflexionó, consultó con la mirada á Andrés, quien dijo:

—Si las apreciaciones del diario hu-

bieran sido hechas en un círculo reducido, una esplicacion dada verbalmente á los que oyeron las ofensas podría evitar el conflicto; pero estampado en las columnas de una hoja que recorre el país y aun el exterior, un padron de ignominia como el que nos trae á este sitio, la satisfaccion ha de ser pública y terminante ó de lo contrario borrarla con sangre.

—Adelante, pues, añadió Antonio: ¿Qué arma prefieren Vds?

—El sable. Como Vds. ven nos vamos á su campo, puesto que como militar ha de ser el sable arma de su predileccion.

A la verdad, no esperaban que fuera esa el arma que conviniera al director de un periódico, que no suelen ser muy fuertes en sableaduras. Aguardaban que les propusieran la pistola y se disponian á rechazarla con empeño.

El Coronel era de temperamento nervioso y ámas estaba sobreescitado fuerte-

mente y el pulso sereno es condicion importante en un duelo á pistola.

Aceptaron pues sin discutir, el sable, conviniendo en que fuera afilado solamente doce centímetros por la punta.

Formulose el acta de aquellas primeras diligencias, asi como de la hora y el sitio. Aquella quedo fijada en las nueve de la mañana siguiente y este en una quinta de Flores, propiedad de Trinchera que con gran esfuerzo habia permanecido en silencio durante la conferencia.

Retiráronse los padrinos de Rodolfo, y libre ya de respetos y cortapisas, rompio Trinchera á hablar, dando paseos por la habitacion.

—Decididamente, el rey de la creacion, la imágen de Dios y la obra magna de la naturaleza, esto es el hombre, es un gran pavo. Dígame si esta sableadura cuyo final no es fácil preveer, tiene un fundamento racional. La prensa periódica, ese cuarto poder del Estado, esa gran pa-

lanca del progreso en nuestro siglo, ese sacerdocio elevado, esa terrible arma que mata civilmente con una palabra, puesta en manos de un Don Pepito, mequetrefe insustancial, cuya opinion particular no tomaríamos en cuenta y á lo sumo la borramos de un bofeton en las narices! Esa prensa periódica, ocupándose de si bailan rigodon y si se dán citas á solas mujeres casadas con hombres que no son sus esposos. y diciendo al mundo como si algo le interesara que Fulanita olvida su deber y Menganita tiene un talle delgado y unas formas voluptuosas.... Amigo Rasqueta, esto es una cuestion grave que ha de resolverse andando el tiempo en el sentido de que el periodismo sea un cargo de gran estima y poder social, pero de grandísimas responsabilidades para el que lo desempeña, no exigidas en la forma brutal que con el duelo que concertamos se exige, sino por los tribunales civiles y por el gran tribunal de la

conciencia pública. El periodista que haga mal uso de esa poderosa fuerza que la sociedad pone en sus manos sea castigado severamente. Así medirán sus palabras y solo podrán ocupar esa gran tribuna hombres prudentes, sensatos y de criterio selecto: así también su palabra tendrá mayor autoridad que la de los grandes sacerdotes de las antiguas religiones y su misión será cumplida con resultado fructífero. Tal como vamos se llegaría, de no corregirse, á colocar la prensa diaria en la condición de una vieja alocada, murmuradora con ribetes de maldiciente, cuya baba inspiraría repugnancia....

—Todo eso está muy bien, mi amigo; pero hay que buscar los sables y ponerse de acuerdo con el médico.

—Sables tengo en la quinta como para armar un regimiento.... de los chicos... Hace poco tuve necesidad de ver al Gobernador de la Provincia, porque habían denunciado á la Policía que yo tenía es-

condido un gran armamento para hacer no sé qué diablo de revolución. En cuanto á médico, el Dr. Galofini está siempre listo para asistir á los desafíos, y á mas es amigo de todos nosotros, incluso de nuestro ahijado. Y á proposito, este mozo ha cargado demasiado la mano en el suelto: está cruelísimo con el Coronel.

—¡Qué quieres! La verdad es que el Coronel iba dispuesto á balearlo, y si no hubiera sido por la prevision de nuestro ahijado que tenia su revolver listo y la intervencion del portero, quién sabe cómo le hubiera ido.

—En fin, no hay que hacerle. Pero hombre, sabes que me deja estupefacto eso de que la hermosa Ceia se vea en esas pellejerías? Ya me habia dicho Mortero, que conoces lo sábelo todo que es, que Rupilanchas recordando su noviaje antiguo, pasaba demasiado casualmente por la casa del Coronel, y por fin, se hizo presentar en sus reuniones.

—Quién sabe lo que habrá de positivo en todo eso. Se miente tanto, y mas aun cuando se trata de ese género de asuntos, que encantan á los que viven despellejando al prójimo.

La conversacion continuo hasta que les llego la hora de comer y pusieron punto final á sus disquisiciones filosófico sociales.





XIII

En una pieza del Hotel de la Paz, sentado delante de una mesa en la que se veían los útiles de escribir, Rodolfo á las ocho de la noche ponía en orden sus asuntos, en prevision de que el lance tuviera para él un resultado desastroso.

No queria pensar en la parte material del combate al cual iba bien contra su voluntad y sin ningun rencor ni encono contra su adversario.

Sabia ya que el artículo era del necio de Don Pepito.

Recordando los incidentes de aquella noche, se apercibió de que efectivamente

Pepito se colocó un instante detras de Celia y Ruflanchas sin ser visto por ellos y que se retiró como confuso del baile.

—Si en vez de batirme con ese buen señor á quien no conozco, tuviera en frente á Ruflanchas, la cosa variaria de aspecto. Pero es un asunto endiablado que tengo la firmísima conviccion de que es la causa de mi completa desgracia.

Habia escrito varias cartas á su apoderado general, al mayordomo de la estancia, al padre de Celia y á Celia misma, despues de cuatro principios de epístola que fueron hechos pedazos por no satisfacer al autor.

Las misivas estaban escritas para el caso de que él muriese en el lance, y no de otro modo, aun cuando quedara herido gravemente.

En la carta á Celia, habia dado rienda suelta á sus sentimientos íntimos. Era una tiernísima despedida de un esposo amante que no recrimina ni se queja. Era

muy breve, desprovista de gala, ni siquiera ropaje literario alguno, pero impregnada de un sentimiento del purísimo cariño que perdona, sin hacer gala de su magnanimidad, y que aun pide humildemente perdón á su verdugo.

Cuando todo estuvo preparado y puestos los escritos en su sobre correspondiente, se dejó caer Rodolfo en el divan.

A las 10 de la noche entraron en la habitacion sus padrinos y le comunicaron que ya estaba todo listo.

A las 8 de la mañana vendrian á buscarle con el carruaje.

Cruzáronse varios cumplidos, hicieronse algunos encargos y hasta se gastaron algunas bromas respecto del lance, y del pícaro de Don Pepito.

Los padrinos se retiraron pronto, comprendiendo que Rodolfo necesitaba dormir lo mas posible, para llegar al terreno con las fuerzas físicas restablecidas en toda su plenitud.

Rodolfo se acostó efectivamente; pero su sueño no fué muy reparador por cierto.

No puede exigirse de un hombre que siente y piensa que las horas que preceden á un desaffo duerma como un bendito.

Los relatos que tantas veces se han hecho de duelistas á quienes sus testigos han visto absolutamente tranquilos é indiferentes, hay que recogerlos con reserva.

Unas veces el sueño pesado se produce merced á la influencia de agentes alcoholicos: otras es el fruto de un hábil fingimiento y otras tambien puede producirse porque el hombre tenga predominante en alto grado la materia sobre el espíritu y una buena digestion apaga toda manifestacion intelectual.





XIV

A las seis y media de la mañana Rodolfo se puso en pié.

Tomó un baño que vigorizara sus músculos, se vistió con esmero y recobrando ante la proximidad del peligro todo su instinto de fiereza y hasta el latente placer de la sangre derramada que existe en el pecho del hombre, aun el mas pacífico, apretó los puños con rabia, hundiendo las uñas en la palma de la mano, ensayó unas posiciones de la esgrima y dió unos cuantos imaginarios molinetes y media docena de fingidos sablazos al aire,

como si en el espacio se balanceara la cabeza de su adversario.

Se hizo traer para su desayuno una taza de café con cognac y á las ocho menos diez minutos, perfectamente sereno y arrogante llamo á sus lábios la sonrisa apacible de las noches de baile.

Con matemática exactitud llegaron á la hora fijada los padrinos. Un ¿vamos? puso en marcha á la comitiva que encontró en el coche al Dr. Bottini, siempre jovial y con el botiquin sobre las rodillas, como un padre cariñoso lleva á su nene.

El carruaje arrastrado por dos briosos caballos se dirigió á buscar la calle de Rivadavia, para seguir por ella hasta el pueblito de Flores.

El médico hizo todo el gasto, en cuanto á conversacion durante el viaje.

Habló de las heridas del sable, del tiempo, de la actividad de los reporters, de aventuras amorosas y de otras cien cosas mas.

El coche se detuvo al fin delante de la gran verja de fierro que limitaba el jardín. en cuyo centro se levantaba risueña y esbelta la quinta de Trinchera. Este salió á recibirlos, haciendo los honores de la casa, y guio á la comitiva enderezando el rumbo al salon del frente.

Abrió las ventanas, y al echar una mirada hácia el jardín, diviso un bulto que haciéndose el distraido contemplaba las plantas con un candor que olia á picardía desde una legua.

Trinchera pensó si seria algun agente policial, y temiendo algun contratiempo de mal gusto, salió él mismo á interrogar al desconocido.

—¿A quién busca mi amigo? interrogo Trinchera secamente.

—Cómo está Sr. Trinchera, V. no me conoce tal vez. Hé aquí mi tarjeta....

Trinchera la tomó y pasó la mirada sobre ella. La tarjeta contenia un nombre propio y debajo una línea que decia Re-

porter de un diario de la mañana, cuya fama de serio y noticioso le valió el calificativo de *El Times* de Sud-América.

Trinchera cambiando de tono, dijo:

—Inútil sería negar que hay razón para que V. se encuentre aquí. Vds. todo lo saben; pero el lance tiene lugar en mi casa y de permitir espectadores la convertiría en un reñidero de gallos, lo cual no entra en mis cálculos.

—Está bueno, señor. Yo me las arreglaré para saber lo que necesito. V. me permitirá que visite su jardín que es delicioso.

—Puede recorrerlo como guste, pero le ruego que no se acerque á las habitaciones.

Volvió Trinchera al salón donde formando tres grupos se encontraban padrinos y ahijados.

Los dos Médicos habían sido los primeros en acercarse. No se conocían sino de nombre, pero tenían buen con-

cepto uno de otro y deseaban confirmarlo con el conocimiento personal.

Rasqueta con el periodista y con Antonio, padrino del Coronel, formaban otro grupo.

Rodolfo y Andres acompañados con intermitencias por Trinchera, departian al lado de una ventana.

Habia tranquilidad y desenvoltura en todos, pero no se estaba bien en aquella atmósfera.

—Le parece señor, dijo Antonio, que intentemos por última vez una avenencia?

—No podría, dijo Rasqueta, mientras su ahijado se alejaba del grupo para no escuchar lo que iba á tratarse; no podría, siguió, modificar en nada lo que manifesté ayer.

—Y yo por mi parte, dijo Antonio, tendria que ser mas exigente todavía. Todos los diarios de hoy dan como inevitable el duelo, y agregan que son las ofensas de tal índole, que solo con sangre

pueden embadurnarse mas que lavarse.

— Pues á la tarea. Los malos tragos pasarlos pronto. ¡Señores! dijo en alta voz Rasqueta. ¿Vamos?

Los grupos se disolvieron.

Guiados por Trinchera fueron á un espacioso patio sombreado por un parral que á la sazón empezaba á estender sus delgados brotes por sobre el macizo zarzo de fierro.

Los padrinos de ambas partes empezaron á tantear los sables, arqueando sus anchas hojas para comprobar su temple; graduando el peso de las empuñaduras y examinando si la habilidad del artifice habia combinado los materiales para que el arma estuviera bien equilibrada facilitando su manejo.

Cuando estuvo todo arreglado y conformes los padrinos se procedió á la desigcion del terreno.

Quedáronse los duelistas en mangas de camisa, mostrando de paso que bajo la

finísima batista solo habia pechos honrados.

Eran dos hermosos tipos de hombres, aun cuando de distintas calidades.

El periodista tenia un temperamento mixto, de sanguíneo y bilioso, con predominio del segundo cuando habia pasado el primer momento de ira y la oleada de sangre empezaba á normalizar su rápida circulacion. Se exaltaba como un sanguíneo puro y en seguida se concentraba y rugia persistente y sereno como un bilioso pronunciado.

El Coronel era nervioso puro. Temperamento rico en impulsos de irresistible empuje, fuente inagotable de la que pueden brotar los mas heróicos actos como los mas sangrientos crímenes. Es cierto que pasada la crisis nerviosa les sobreviene un decaimiento femenil; pero róceseles siquiera sea ligeramente su dignidad y como si una corriente eléctrica recorriese todo su sistema acabará el abati-

miento y el rayo estallará con mayor violencia.

Uno enfrente del otro, con los sables empu ados y descansando la punta en el arenoso suelo, evocaban el recuerdo de los bravos y peleadores hidalgos de la Edad Media.

No habia miradas de odio.

Registrando en el último rincon de aquellos cerebros se hubiera encontrado una censura   lo que iban   hacer; así como asomándose al interior de sus corazones que palpitaban acompasadamente se hubiera hallado un gérmen del deseo de darse un estrecho abrazo.

La señal del comienzo fué dada.

Al chocar las hojas de acero se despertaron los malos instintos.

Cada uno vió en el otro un ser que trataba de humillarlo venci ndolo y ese pensamiento les excitó con tanta   mayor violencia que si mediaran terribles   inveterados odios.

El Coronel llevó el ataque con rabiosa decision. El periodista paró los golpes y permaneció inmóvil en su puesto resultando de esto que las distancias desaparecieron, las dos empuñaduras se juntaron y las puntas de los sables miraban al cielo como si protestaran del empleo que pretendía dárseles.

Los padrinos intervinieron, invitando á los duelistas á guardar distancia. Pusieronse en guardia nuevamente y al hacer la señal los sables chocaron.

Esta vez los instintos de fiereza salvaje que la educacion esconde, pero apenas atrofia, estaban en su mayor desarrollo.

La punta del sable del Coronel en uno de sus rápidos giros, azotó la mejilla del periodista, rasgando apenas la epidermis.

El rayo no cruza el espacio con mayor rapidez que lo hizo la acerada hoja del sable manejada por el periodista.

Un golpe seco, de chasquido, coincidió exactamente con el desplome instan-

táneo del Coronel, que cayó al suelo completamente rígido.

El sable había caído con desesperada furia sobre el parietal derecho causando la rasgadura del cuero cabelludo y un aplastamiento apenas perceptible á la vista en el dura mater.

El periodista mantuvo el sable en una mano y con la otra se tocó la mejilla en la que creyó sentir el terrible ardor de infernal hoguera.

Los médicos reconocieron rápidamente al Coronel, diciendo en el primer momento:

—El duelo está terminado. Es grave.

Silenciosamente se retiraron el periodista y uno de sus padrinos, quedando el dueño de casa al lado de los Doctores que seguían examinando la herida, al propio tiempo que procuraban que recobrará el conocimiento.

—Hay depresión sospechosa, decía uno de ellos.

—Indudablemente se ha producido
fractura interna y las esquirlas....

—Si salva la vida, peligrará la razón.

—Estoy de acuerdo.

La ciencia acababa de dictar un fallo
terrible: O muerto ó loco.

¡Pobre Rodolfo!





XV

Hay ó no algo sobre presentimientos, sobre advertencias del corazon, sobre repercusion inmediata de una desgracia, en el corazon del que ha de llorarla con sincera desesperacion?

Es muy frecuente escuchar á personas que no tienen el hábito de mentir frases como esta: Sin saber porqué hace tiempo que me *daba* el corazon que iba á pasar lo que ha ocurrido.

¿Será cierto ese *daba*?

No habeis oído decir tambien que una persona, de repente, sin motivo que lo escuse, recibe como un golpe en el cora-

zon y esclama presa del pánico:—Alguna desgracia acaba de suceder. ¿Pero en quién? No sé; pero alguna desgracia me amenaza. Y se acuerda del esposo ó del hijo ausente y las lágrimas inundan sus ojos con la convicción mas profunda de que es ya desgraciada.

Hay quien afirma que aquel golpe de la sangre en el corazón coincidió con la puñalada que hirió al hijo ó al esposo ó con la catástrofe que enlutó el hogar ó arruinó la familia.

Los espiritistas que no pierden ripio ni asidero, encontrarán un argumento donde hacer hincapié para glorificar sus doctrinas.

Los incrédulos dirán, como el personaje de una escena comica cuando le preguntan si no le dice nada el corazón:—No señor, contesta el bellaco; unicamente los oídos me chillan cuando se revuelve el tiempo.

Y nosotros que para creer necesitamos

ver y comprobar, así como para rechazar y desmentir precisamos adquirir el mas perfecto conocimiento del ageno error, nos limitamos en este libro á consignar esos problemas que quien sabe si en otro, 'abordaremos con mas detenimiento.

Celia que habia pasado aquella noche enferma del alma y del cuerpo, despertó poco despues de las nueve, á consecuencia de una conmocion que la hizo dar un salto en el lecho.

Soñaba que Rodolfo la miraba con ojos velados por un mar de sangre y estendia sus manos hacia ella en el estertor de la agonía.

Sintió en el sueño que la subía por dentro del pecho una como bola de goma. Veía próximo el momento de que llegara á la garganta y la ahogase.

Quería gritar y no salia la voz. estendió los brazos, hizo un movimiento desesperado, que se tradujo en un poderoso salto y despertó, presa de un sudor frio,

y viendo todavía clara y distintamente la fisonomía de Rodolfo con el angustioso gesto que tenía en el ensueño.

Tardó Celia largo rato en serenarse y ponerse en condiciones de pensar que aquello no pasaba de una horrible pesadilla.

Y sin embargo, no podía ya volver á la situación de ánimo en que se acostó, en la que había fuerte enojo y arraigado rencor contra Rodolfo, que tan injustamente se conducía con ella.

Cuando quería reanudar sus planes de separación matrimonial, se reproducía en su mente la imájen de la cara ensangrentada que vió en sueños y presa de la mayor congoja desechaba toda idea contra su esposo.

—No le ha de haber pasado nada, se decía un momento despues; son aprensiones mías.... pero si en efecto le hubiera sucedido alguna desgracia.... Mi pobre Rodolfo... Dios mio!

Y vuelta otra vez á ver aquella cara...

Se vistió apresuradamente y llamó al veterano portero.

—No sabe donde estará su Coronel?

—No sé, señora; pero si me dá permiso yo he de encontrarlo.

—Vaya á casa de tata y dígale que venga en seguida, y V. procure traer noticias del patron. ¡Ligerito!

El veterano giró sobre el talon militarmente, y partió.

Celia no pudo tomar el desayuno, se sentia enferma.

Quiso hacer su *toilette*, pero se vió precisada á renunciar á su propósito.

No podía levantar los brazos: sentía fuertes dolores en la espalda y caderas y de tiempo en tiempo, ligeros desvanecimientos y zumbido de oídos

Se dejó caer en la cama nuevamente llamando antes á su camarera.

—Me siento mal, Juana. Dile á Pedro que vaya á casa del Dr. Herrera y le avise que venga con urgencia.

Las ordenes se cumplieron; pero como nunca se encuentra a mano lo que con urgencia se busca, pasaron los minutos y formaron cuartos de hora, que se fueron aumentando hasta hacer una entera.

El primero que entro fué Don Tomás.

El pobre viejo llego azorado á la cabecera de la cama y sintió escalofrio al ver la cara descompuesta de su hija.

Sonó el timbre de la puerta de fierro.

—Será el médico murmuró debilmente Celia. Vea si es, tata.

Salió á la puerta de la antesala Don Tomás y encontró al veterano.

—¿Que hay? dijo D. Tomás alarmado ante la cara del soldado.

—Acaban de llevarlo á casa del Comandante D. Andrés: yo lo he visto señor, pero no diga nada á la señora.

Está como muerto, mi pobre patron.

Tan guapo y tan hombre....

El veterano apretaba los puños y los dientes de rabia.

—¡Tata!

Era una voz de desesperacion, un grito de esos que revelan el mas espantoso estallido del dolor.

Corrió D. Tomás y halló á Celia, tendida en el suelo, revolviéndose epiléptica y dejando escapar entre gemidos secos las palabras—¡Rodolfo! ¡muerto! repetidas con dolorosa insistencia.

Había escuchado el relato del portero y la crisis tremenda se habia producido en todo su organismo.

Fueron llamados inmediatamente varios médicos, la esposa de D. Tomas acudió en seguida y en la casa se notaba ese movimiento extraordinario, en el que todos andan azorados y presurosos.

Tanto porque en virtud de los avisos multiplicados, se fueron reuniendo los Doctores, cuanto porque la gravedad del caso lo exigia imperiosamente, hubo junta.

Hubo completa conformidad en que se

preparaba un aborto en las peores condiciones. Gran debilidad en la paciente, escitacion nerviosa en su mas alto grado, descomposicion de la sangre y otras complicaciones que se producirian inevitablemente.

La ciencia puso todo su poder en un platillo de la balanza, unido á la juventud de la enferma; pero en el otro platillo estaban los sufrimientos morales que habian destrozado su físico, y la gravedad de las afecciones que en torno del espuestisimo aborto se habian agrupado.

Despues de titánicos esfuerzos contra la muerte que se enseñoreaba sobre su hermosa y codiciada presa, á las cuatro de la madrugada, contrastando con el silencio de la noche, se oyó un gemido desgarrador que brotaba de entre los abrasados labios de Celia y despues recobró el silencio su fúnebre imperio.

¡ Todo habia concluido !

Planta lozana, que estendia sus ramas

buscando aire, luz y vida, abatía su frente
tronchada por el furioso huracán de la
desgracia.

¡Un naufragio mas, en el Océano re-
vuelto de la vida!





XVI

Poco tiempo ha pasado desde aquella semana tan fecunda en acontecimientos dolorosos para los desgraciados protagonistas de este drama.

Apenas seis meses hace que Celia abandonó el mundo de los vivos.

En la que fué, aunque por breve plazo dichoso hogar de los jóvenes esposos, en la alegre casa de la calle de Tucuman, vive un diplomático europeo que pasa sus días estudiando á Maquiavelo.

Ruflanchas muy afectado con los sucesos de que él fué principal causante emprendió un viaje á Europa.

Es el consuelo de los que sienten penas y tienen oro sellado con que enjugarlas.

La primera diligencia del que ha tenido un contratiempo en amores, del que ha perdido un ser querido, sobre todo si de resultas de ello hereda, o del que se encuentra enfermo con el carácter de incurable, es tomar pasaje en el vapor mas de su simpatía y largarse con viento fresco o caliente al viejo mundo.

Y ya por el camino va endulzando las amarguras que lleva en su alma y los sin-sabores de la navegacion con la perspectiva de una temporadita bien aprovechada de residencia en Paris.

¡Oh! Esa palabra tiene algo de mágico segun los cuadros que evoca y las ideas que despierta.

Argentinos jóvenes y viejos han escuchado con insaciable curiosidad el relato que hacian del gran Paris los que mas afortunados se encontraban ya de regreso, talvez con una buena balija llena de désen-

cantos; pero desatándose en encomios y alabanzas de la gran ciudad que demandaba una bolsa tan crecida como abierta para acallar á medias las galantes peticiones de tanto guia, cicerone, cochero, y mozo que adivina á los americanos por el olor y se da la mejor maña para sacarles habilidosamente el jugo.

Y luego, aquellas hermosas mujeres, aquellos espectáculos teatrales, cuya magnificencia deslumbra, aquellos boulevares y el Bosque de Bologne....

El porteño ó provinoiano aporteñado, antes de embarcarse en el piroscabo veloz ó en el cómodo paquete frances creía, de buena fe que el coliseo de la calle de Reconquista, el gran teatro Colon, era tan de primer orden que á lo sumo serian iguales los principales de Europa; pero superarle, eso ni pensarlo.

Hablaría del Parque de Palermo como de una cosa digna de apuntarse en la cartera del *touriste* y de la fachada del

Banco de la Provincia ó del Hipotecario, como de monumentales obras de arte.

Y lo peor del caso es que quizá no se acordase de la grandiosidad de su Rio de la Plata, de la belleza talvez sin rival afortunada de su Paraná y riberas, ni de la magnificencia gigantesca de sus colosales Andes, pero en cambio diría muy suelto de cuerpo que en Buenos Aires había Hoteles tan buenos como los Europeos y citaría candidamente los tres ó cuatro, que como los tuertos, son reyes en países de ciegos.

Pues ese mismo porteño, cuando haya residido una buena temporada en París y regrese á su gran villorrio natal se pasará á la otra alforja y llegará á causar aburrimiento á los oyentes con sus afrancesamientos.

En la mesa no hallará plato á su gusto:

—En Paris, os dirá enfáticamente, se come de esta manera ó la otra. Este vino es detestable: en Paris se bebe así

y del otro modo. Colon, quita allá ese gallinero: En Paris hay la Gran Opera que por aquí y por allá. El vestido, son sastres endiablados los de este Buenos Aires: en Paris visten con un *chic*: y o mismo dirá de zapateros, artistas y artesanos. Os saturará de Paris hasta dejaros empachado.

Con tan excelentes, aunque á veces pesados propagandistas, no es de estrañar que todo el que sufra del alma ó del cuerpo, si tiene, como ibamos diciendo, mucha plata que gastar, se embarque para el viejo mundo y pensando estar tres meses nada mas, se haga el zonzo y permanezca dos años: calculando gastar cuatro mil nacionales añada sin pensar un cero mas á la cifra, y al fin regrese con las orejas gachas, pero con una inmensidad de gratos recuerdos que le servirán para saborearlos durante las tardes y noches en que el viento sudeste acompañado de gruesa lluvia y sonoros truenos con brillantes

relámpagos, encierra en sus casas inco-
municados á los habitantes de la gran
ciudad de la Santísima Trinidad de Bue-
nos Aires.

Apurando hasta las heces las copas del
placer y del olvido del dolor, Rupilanchas
estaba en aquel Paris tan decantado,
acordándose á ratos cortos de la infortu-
nada Celia y sin acabarse de esplicar, por
qué el Coronel se había mostrado tan
imprudente y desentonado en su cuestion
con el periodista.

Y por cierto que el director de «La
Idea» continúa en la firme creencia de
que cuanto ésta dice en sus columnas
ha de sostenerlo él, á pié, á caballo, con
lanza ó con pistola.

Sin embargo, allá en un rinconcito de
su conciencia lamenta siempre el no
haber leído aquella maldita crónica antes
de darla á luz y haberle tachado aquel
pegote del incidente al vuelo que tantos
disturbios había traído.

Cuando se acordaba de Don Pepito le acosaban unas furiosas ganas de arrimarle una regular paliza; pero con el unguento de tala ya no se remediaba el mal causado y se originaba otro conflicto.

•





XVII

¿Pepito dijimos?

Precisamente vá el almibarado dandy á las nueve de la noche por frente á la Confiteria del Aguila.

Invariable en su zonzera, antes bien, corregida y aumentada, se contonea entre los grupos saludando á diestra y siniestra.

—¿Donde vas tan ligero, Pepito? preguntale uno de los que mas le acompaña en las farras.

—A la Kermese, querido, á la Kermese.

Lindas muchachas, mucha concurrencia, cosa *papa*. ¿Vienes?

—¿Y la plata?

—Me ofendes, ché ¿No eres mi amigo?

—Me parece...

—Pues teniendo yo, á tí no te ha de faltar.

—Bien dicho, hermano. Te obedezco y te acompaño.

Un momento despues penetraban en el espacioso salon del teatro, decorado con gusto y ostentando infinidad de objetos de arte y caprichosos chiches destinados á premiar á los afortunados en rifas, tómbolas y demas medios de exaccion, con que la caridad busca recursos entre los opulentos para acudir en auxilio de los desvalidos.

Razon tenía Pepito al decir que había lindas muchachas.

Una de ellas, hermosa diablita de quince Mayos, apenas diviso á Pepito salió como bala á su encuentro.

—¿No me va á comprar un ramito? Es para los pobres.

Pepito sintió un cosquilleo delicioso. Era tan linda, tan simpática con una voz tan dulce y un timbre purísimo, que subyugaba.

—Como no, señorita? Un jardín sería capaz de comprar si V. era la jardinera.

—Este, que es muy fresquito. ¿Y V? añadió mirando al compañero que con un ojo la echaba codiciosas miradas, y con el otro fingía mirar á un palco.

—¿Yo? contestó el interpelado; yo me contento con el olor. De tiempo en tiempo le pediré el ramito á mi compañero.

—¡Nunca! Dele otro á este jóven.

Sacó del bolsillo un billete de cinco nacionales que estaba hecho una grasienta pelotilla y le depositó, haciendo una cortesía galante, en la mano pequenísima, vestida de guante blanco de la preciosa vendedora de flores, que se alejó satisfecha de su brillante campaña.

—Mira quién está allí. Te la reco-

miendo, decia Pepito á su compañero. Misia Rosa y sus tres hijitas. De seguro que tenemos canto.

—Como no larguen el «Me gustan todas» con la misma frescura que si cantase la Theodorini.

—Siempre que veo á esa familia me acuerdo del Coronel y de la infeliz Celia. Allí querian mucho á estas muchachas.

—Triste desenlace tuvo aquel matrimonio que rebosaba felicidad.

—Allí estan, por cierto, los padrinos del adversario de Rodolfo. Vámonos por otro lado. Ese Rasqueta me echa unas miradas cuando me encuentra cerca, que parece que quisiera comerme. No sé que le habré hecho.

En aquel momento Rasqueta y Trinchera saludaban cordialmente á otra pareja que tambien conocemos. Eran Antonio y Andrés, padrinos del Coronel. Amistad nacida en circunstancias azarosas, pero que habia echado raices.

—¿Y el hombre? preguntó Rasqueta con marcado interés.

—Siempre mal, contestó Andrés haciendo un gesto de pesar sincero.

—¿Sin esperanza?

—La de morir unicamente.

—¡Pobre Coronel...!

Y mientras se hablaba de cosas tristes en aquel grupo, bullian por el salon centenares de alegres niñas, ó de interesantes damas que al amparo de la bandera neutral de la caridad, hacian gala de vivacidad y elocuencia, de delicadeza y de gracia, en beneficio siempre de la exhausta bolsa del pobre. á quien la fortuna le hace pitos con cínica indiferencia.

Y Pepito hacia conquistas de corazones y el compañero *aprovechaba* la esplendidez de aquel Nabab en caricatura.

Y las niñas sin olvidar el refran «á Dios rogando y con el mazo dando» pedian para los pobres y daban sonrisas

enloquecedoras, sin perder de vista que un buen novio, con pulmones para ir hasta el altar, no es fruto tan abundante que por falta de atención se deje secar en el árbol.

Unas veces reír y otras llorar. Así es el mundo.





XVIII

Será talvez la preocupacion del que lo mira, pero es lo cierto que cuando se penetra en una casa de insanos, por mas que se dé al local todo el alegre aspecto posible, se experimenta una invencible impresion de tristeza y aun de terror.

Es verdad que la locura es una de esas desgracias que afectan casi esclusivamente al sano y no al enfermo. Este, ageno á quanto le rodea, circunscribe su vida al pequeño mundo que su monomania le forja. Y tan satisfecho se halla dando enérgicas voces de mando á imaginarios

ejércitos, como puede estarlo ó mas aun el General que ocupa su puesto en el campo de batalla.

Por eso se explica que el cuerdo sea el que experimente sensaciones ingratas al ver al loco, no por lo que sufra el alienado, sino por el temor de que le ocurra análoga desgracia y muera moralmente conservando una vida material desprovista de horizontes.

A la puerta de uno de esos Establecimientos, en donde lucha la ciencia por restablecer las funciones del cerebro perturbado, se detiene un carruaje particular en las primeras horas de una hermosa mañana de estío.

Arboles y plantas, que matizan las bellas quintas levantadas á uno y otro lado del camino, despiden aromáticos efluvios al mecerse sus ramas impulsadas por ardorosa brisa.

La vida en la naturaleza está en su plenitud, luchando contra los abrasadores

rayos del sol que atentan á su verdura y lozanía.

Del carruaje baja primeramente un anciano que lleva el luto mas en el corazon que en el vestido, con ser este rigurosamente negro.

Una vez en tierra ayuda á bajar á una matrona, enlutada tambien y como él abatida.

Mostrando en el rostro las huellas profundas del dolor supremo, penetran en el salon de la casa de sanidad.

Don Tomás, que es él, ese anciano, arrastra penosamente una existencia carcomida mas por la pena que por los años, aun siendo estos muchos.

Teresa tiene exuberancia de vida; pero es buena, es leal y ha compartido con su esposo los terribles sufrimientos.

Son conducidos á la habitacion que ocupa un hombre que debe ser jóven aun, pero no lo representa.

Estremadamente delgado, macilento,

con la barba desaliñada y la ropa en desórden vé entrar en la habitacion á los dos visitantes sin manifestar ni sorpresa ni emocion. Parece que no los hubiera visto.

El desgraciado Rodolfo se hinca de rodillas en el suelo y prosternado pasa largos ratos, repitiendo monotonamente palabras inconexas y nombres propios.

Aquel estado de idiotismo tiene sus alteraciones. Cuando sobreviene un acceso de furia se revuelve airado y á no encontrar en suelo y paredes, blandos acolchados, se haria pedazos la cabeza en sus terribles ataques de locura furiosa.

La medicina se ha declarado impotente. Hay lesion en el cerebro, que hace implacablemente su camino hasta extinguir el soplo vital que se resiste á dejar la anquilada materia.

¡Sus dias están contados y el fallo es inapelable!





LA FAMILIA H.





I

Qcho veces consecutivas habia tropezado el badajo en el metálico vaso que tiene el reloj del Cabildo, para publicar con su campanuda voz las horas que marca el péndulo mas autorizado de Buenos Aires.

El señor Febo asomaba su rubicunda cabeza por entre un grupo de negras nubes, esparciendo benévolo, rayos brillantes sobre las azoteas y tejados de la Perla del Plata.

Esto quiere decir, lector paciente, que eran las ocho de la mañana y el cielo estaba cubierto de pardos nubarrones que

amenazaban ocultar la faz del refulgente astro diurno, cuando dá principio esta verídica narracion.

El mes de Junio de 1876, no diré que corria, por ser espresion muy manoseada, pero sí me atreveré á dar por cierto que marchaba á todo galope.

¿ A dónde iba tan de prisa ?

En busca de Julio que muellemente sentado y conversando con su compañero Agosto, aguardaba el momento de relevar á su fatigado predecesor.

¡ Así va el mundo !

Unos vienen y otros van.

Unos descansan, en tanto que otros trabajan; y ayunan estos, mientras aquellos comen á mandíbula batiente.

Pero dejemos que siga el mundo su marcha, sin oponer obstáculo en la férrea via que recorre, no vayamos á producir un descarrilamiento.

A esa hora y en sábado por mas señas, veíase por la calle de Rivadavia, un poco

mas abajo de la de Perú, la figura esbelta de un joven, que con paso largo y moviendo los brazos como si fueran aspas de molino, se dirigia hacia la Plaza de la Victoria.

Sigámosle, aun á riesgo de que nos tome por agentes de policia secreta.

Entre tanto, examinemos su aspecto exterior, no echando en olvido que las apariencias engañan muchas veces.

Es alto, como San Cristóbal, delgado como alambre telegráfico; y mas airoso que una grulla.

El traje, revela que es un filósofo quien lo lleva, ó pertenece al grémio de los que han hambre y sed, de billetes del Banco provincial.

Una mañana muy fresca y una levita de verano con inscrutaciones, de grasa, son dos testigos irrecusables que declaran en contra del acusado.

El rostro del joven no ofrece nada de particular.

Tiene dos agujeros en la parte inferior de la nariz, ni muy grandes, ni muy chicos: los ojos, son dos tambien, de un color que pasa de castaño oscuro sin llegar á negro y por fin, los demas detalles están en su sitio, salvo la barba que no ha tenido la bondad de asomar todavia por las escuálidas mejillas.

Y no se crea que esta falta consiste en que es hombre de poco pelo. Todo al contrario; lleva una melena, que si cayera en manos de un peluquero haria de ella un postizo soberbio para una dama calva.

En el momento de llegar á la esquina de la calle San Martin, nuestro incognito personaje, tropieza con otro caballero que viene de comprar un paquete de negros y de paso, mirar la pizarra que tiene la cigarrería de la Catedral, con los precios anotados del oro y las cédulas.

—¿Cómo le vá señor? pregunta el joven larguirucho.

—Hola, Pepito! Tanto gusto de verlo, contesta ceremoniosamente el interpelado.

—A su casa iba precisamente.

—¿Sí?

—Adelita tiene un resfrio muy fuerte que la tiene en cama desde el dia que estuvo V. en casa.

—Lo siento mucho, créame....¿Y?

—Nada. Mamá deseaba verle.

—Está bien. Dígale que haré un esfuerzo para ir esta noche; pero sin asegurarlo ¿no? Tengo muchas ocupaciones.

—No ha de faltar un momento si se propone ir.

—Haré lo posible. Mis recuerdos á su familia y hasta *cada rato*.

Un apretón de manos y un movimiento de cabeza, ponen fin á tan laconico diálogo.

El caballero elegantemente vestido y con aire de capitalista, se dirige hácia la

calle de Bolívar; y Pepito gira sobre sus talones volviéndose por donde vino.

Una idea desagradable parecia bullir en su cerebro; pero no era posible afirmarlo porque con el sombrero puesto no se distinguia si bullia ó no algo, debajo.

Pepito no bien anduvo media cuadra sepultó una mano en el bolsillo del pantalón, volviendo á sacarla un segundo despues con una mugrienta pelotilla entre los dedos. La desenvuelve con cuidado y deja ver dos pesos moneda corriente. Mientras los estira y contempla murmura: —Si me descuido un poco, se me escapa ese buen señor, y todo por no querer tomar el *tramway*, como queria mi vieja; pero son dos pesitos que me servirán para una ginebra y un paquete de pitos. ¡Y poco bien!

Penetró en la primera confiteria que halló al paso, cumpliendo su programa con escrupulosa religiosidad.

Cuando salió con el cigarro en la boca

y el liquido en el estómago. ya las nubes habian puesto un tupido antifaz al sol y empezaban á jugar al carnaval con los transeuntes.

Gruesas gotas de inodora agua, descendian con ímpetu furioso sobre la tierra.

El cárdeno relámpago iluminaba el espacio con su fatídica luz, y el horrísono trueno hacia retemblar los edificios de la ciudad.

Pepito no tenia paragua, ni plata para tomar el tramway; pero en cambio poseia una piernas muy largas.

Sin arredrarle el aguacero, ni la distancia, emprendió la fuga hácia su casa, calle de Esmeralda entre Arenales y Juncal.

Antes de llegar á la calle de Paraguay, el infeliz Pepito, hecho una sopa, fué víctima de una nueva desgracia.

Un furibundo viento sur sopló con tal fuerza, que Pepito para no volar necesitó agarrarse con ambas manos á los hierros

de la ventana proxima, mas, ¡ nunca un mal viene solo !

El chambergo de Pepito que tenia alas bien anchas, cree llegado el momento de proclamarse independiente.

Separase con la velocidad del rayo de la cabeza de su dueño y del primer vuelo recorre media cuadra, yendo á detenerse en el centro de un inmenso charco, no tan límpido, pero si tan ancho como la laguna Estigia.

La copa del sombrero descansaba en el agua y el ala le mantenía á flote.

La ilusion era completa: parecia un falucho de forma original que habia dejado caer el ancla en medio de aquel proceloso mar cenagoso y tranquilo.

¿ Y Pepito ?

Mudo como la estatua del dolor, con los cabellos agitados por el vendabal, hasta el extremo de asemejarse su cabeza á la de Medusa; con los ojos fijos en su emancipado sombrero y las manos en los

barrotes de la ventana, suspiraba y á duras penas contenia un lagrimon tamaño, que á todo trance queria escapar de su ojo.

Era necesario decidirse.

O abandonar el chambergo, dejando que al fin zozobrara y fuera á pique, y dirigirse á su casa con la cabeza al aire, o atreverse á dar caza al pirata que surcaba las aguas del charco.

Pepito no tenia mas sombrero que aquel y no vaciló.

Con ánimo esforzado y encomendándose á las once mil vírgenes, se encaminó hácia donde estaba el profugo.

Confiando en sus largas piernas penetra dentro del lago y avanza con agua hasta la rodilla.

Un metro escaso le separa de su sombrero y cuando alarga la mano para pescarle; sopla de nuevo el huracan y el falucho navega majestuosamente, viento

en popa, en direccion contraria á la mano de Pepito. Este hace un movimiento de avance enérgico y el pié derecho que se ha sepultado en un lodazal, le retiene.

Tira con todas sus fuerzas y logra sacar el pié pero.... sin botin.

Por último, consigue reducir á prision al sombrero cerca de media cuadra mas allá, pero ya es imposible recordar, á punto fijo, donde quedó enterrado el botin, y no es cosa por otra parte de remover el fondo de aquel mar para buscarle.

Pepito estruja con ira su empapado sombrero, para extraerle el agua en lo posible y emprende la carrera en direccion á su casa, con el pié derecho mal cubierto por una calceta que dejaba ver el talon y tres dedos incluso el gordo.

Al verle entrar en tal estado, se consterna la familia H., hasta el extremo de

olvidar por un instante mayores desdichas que le acontecian.

Pero antes de seguir demos á conocer á la familia H., de la que Pepito es miembro importante.





II

Empezemos por el gefe de la familia, señor don Gabino H.

Tenia cincuenta y cinco años cumplidos.

Era tan alto como ancho, por manera que tirando unas rectas que pasaran por un punto de su abdomen, perpendiculares al plano sobre que descansaba don Gabino, y otras horizontales por la cabeza y los piés, se obtenia un cuadro perfecto, de poco mas de una vara por cada lado,

Apesar de su obesidad, tenia la viveza de una ardilla.

Solamente cuando dormia don Gabino

y por cierto que lo hacia dando unos ronquidos que llegaron á engañar al vecindario, haciéndole creer que se ensayaba en tocar el bombardon por la noche, solamente entonces, se lograba que el señor H. estuviera quieto y sin hablar.

Cuando jóven fué sastre, despues tuvo peluqueria, mas tarde fué alférez de vigilantes, ayudante de maestro de escuela, empleado en la Aduana de Buenos Aires, y otras seis ú ocho cosas mas, que en el transcurso de esta narracion se irán conociendo.

La señora de H. se llamaba misia Liboria Cascallana, descendiente en línea curva de un Inca famoso.

Se caso con Gabino ~~contra~~ el torrente de la opinion del Sr. Cascallana, que se oponia al enlace con toda la fuerza de sus pulmones y sus fornidos puños.

Cuando estaban en amoríos Gabino y Liboria sucedio que una noche al volver el señor Cascallana á su casa, sorprendio

infraganti á los dos t rtoles en animada conversacion por la reja.

Cascallana sin decir agua vá, arrimó tan terrible puntapié á Gabino en una parte del cuerpo, mas abajo de la espalda, que durante tres meses no pudo sentarse el enamorado jóven sin experimentar un agudo dolor.

Este bárbaro atropello causó en Liboria tal indignacion, que al poco tiempo se fugo de la casa paterna entregándose en cuerpo y alma á su querido y maltratado Gabino.

Despues de aquel paso, Cascallana hubo de conformarse á que el cura de la parroquia les leyera los latinajos y apretara el nudo conyugal para *in eternum*.

Cuando pasó la luna de miel, Misia Liboria sacó las uñas, demostrando con sus continuas camorras que habia heredado el génio fuerte de su *tata* señor Cascallana.

Apesar de esto no habia tenido en los

veinte y seis años de matrimonio que llevaban, mas que dos riñas que merecieran recordarse.

La primera habia sido porque Gabino al volver un dia á su casa mucho antes de la hora en que cerraba la peluqueria, con motivo de un colico feroz que le traia á mal traer, cometió la imprudencia de colarse sin preguntar si se podia pasar o nó en un gabinete donde solia Liboria dormir la siesta.

Tal falta de etiqueta cometida por el atolondrado Gabino, recibio el oportuno castigo.

Gabino pudo ver en el gabinete á un sujeto, que tenia un negocio cerca de allí, el cual sujeto, así que vió entrar al esposo de Liboria, se abrochó á escape el chaleco y apretándose el gorro, se mandó mudar sin decir siquiera: ustedes lo pasen bien.

Apesar del fuerte dolor de barriga que aquejaba al Sr. H. creyó notar que Li-

boria estaba muy encarnada y con el moño deshecho.

Gabino pecaba de asaz malicioso y en un momento de irreflexion, hostigado por el aguijón de los celos, supuso que Liboria le era infiel.

Por fortuna para entrambos, el señor H. no tuvo mas remedio que aplazar el esclarecimiento de los hechos para cuando hubiera pasado el fuerte cólico, que le obligaba á correr cada cinco minutos con una carga de papel viejo en la mano

Tres dias despues, mas sereno su ánimo y su vientre. oyo con atencion el relato que le hizo su inocente Liboria y plenamente convencido de su injusta presuncion, estrechó en sus brazos á la mujer por quien recibió sin chistar el puntapié del señor Cascallana.

La otra riña de importancia fué por una cosa muy sencilla.

Se celebraban las fiestas Mayas y Liboria manifestó grandes deseos de ir con

Gabino á ver los fuegos artificiales desde la plaza Victoria.

Accedió el esposo y allá se fueron con el traje de las grandes solemnidades.

Durante los fuegos no tuvo novedad la pareja; pero así que sonó el trueno gordo, dando la señal de haber terminado la función pirotécnica, Gabino y Liboria se vieron envueltos en una oleada humana, irresistible, que amenazaba sofocar al señor H.

No era esto lo peor; sino que Misia Liboria empieza á sentir por los más ocultos rincones de su cuerpo un manoteo un rumor sordo, como si diez manos estuvieran equivocando sus carnes con las teclas de un piano y por ende quisieran tocar una pieza de Talberg de las que más notas tenga.

La buena señora grita y le avisa á Gabino la invasión que tiene lugar en su propiedad, mas el señor H. que harto tiene con cuidar de su magullada huma-

nidad, no puede impedir que Liboria reciba pellizcos, azotes y urgamientos, á mas de resultar con el vestido roto y perdida una liga de seda azul con broche dorado, en la refriega.

Cuando llegaron á casa tuvieron la de Dios es Cristo.

Misia Liboria llamó *mándria*, calzonzos y cobardon á Gabino y aun se cree que se perdieron dos cachetes que tuvo la fortuna de encontrárselos el señor H.

Despues de estos dos lances jamás tuvieron un quitame allá esas pajas.

Vivian en la mejor armonía del mundo, en compañía del vástago mayor Pepito H. de Cascallana á quien ya conocemos, Adelita, id de id preciosa niña, de veinte Febreros, adornada de bellísimas cualidades morales, y una mucamita de trece años, mas torpe que un topo; pero que costaba treinta pesos flojos al mes y era de poco comer.

Volvamos á tomar el hilo de la nar-

racion una vez que conocemos á la familia H.

La presentacion de Pepito, en el estado tan deplorable en que le dejamos, causó profunda impresion á todos.

Gabino estaba con el pantalon arremangado hasta la rodilla, con pié y pierna al aire, batallando por impedir que se anegaran las piezas con el agua que se habia estancado en el patio.

La mucama obedecia las órdenes de Misia Liboria que con Adelita al lado, puestas ambas en seco, procuraba ayudar con la palabra á los dos que trabajaban.

Todo se suspendió al ver á Pepito, pálido y descompuesto con el sombrero en la mano y el pié en calceta.

En un segundo se vió rodeado de las tres personas y media, que tambien la mucama queria enterarse de lo sucedido.

Las preguntas empezaron á llover con mayor prisa que las gotas de agua.

—¿Que te ha sucedido? decia Misia Liboria.

—¿Muchacho y el botin? interrogaba D. Gabino que estaba doblemente interesante con sus pantorrillas al fresco.

—¡Pobre Pepe! Bien hacia yo en oponerme á que fuera á casa del señor Nuñez y menos aun con la mentira de que estaba yo enferma.

—De poco me ahogo! esclama Pepito echando un suspiro capaz de partir el corazon de un santo de palo.

—¿Viste á Nuñez? dijo la vieja precipitadamente.

—Sí, me ha dicho que vendrá esta noche.

—Pero mamá, y todavia no sabemos lo que le ha sucedido al pobre Pepito.

—¡Qué! este es medio zonzo y se habrá caido en el tercero, dice Misia Liboria.

—Lo peor es que te vengas sin el botin, agrega D. Gabino. Ahora tendré

que arreglarte uno que andaba por ahí de non.

— ¡Por fin que ha sido? pregunta Adela con acento cariñoso.

—Se voló el sombrero y vino á caer en un charco profundo. Yo quise recogerle á todo trance y perdí el botín. Vengo calado hasta los huesos.

— ¡Pobre hermano mio! ¡Y todo por culpa mia! Ven, ven, es preciso que te quites esa ropa.

—Si, es claro me voy á quedar en traje de Adan.

¿No sabes que no tengo otra?

—Pónte de la mia, añade con amoroso interés Adela. Anda ven, Pepe. ¿No ves que puedes enfermarte y yo no quiero?

Adela conduce de un brazo á su hermano á su dormitorio y le deja unas enaguas y un baton suyo para que se lo ponga, trayéndole un instante despues ropa blanca interior para que cambie la que lleva.

Pepito hace resistencia, pero al fin cede á los ruegos de Adela á quien quiere entrañablemente.

La niña vuelve al lado de su mamá, y encuentra al autor de sus dias empeñado en recojer el agua que inunda el patio, con una esponja.

Misia Liboria entre tanto, dispone que la mucama coloque unos papeles tapando las reñdijas de la puerta para impedir que siga entrando el agua en la sala.

Un momento despues se presenta Pepito con el baton de su hermana que le llega á la rodilla ; dejando ver los calzoncillos y calcetas.

La figura era tan grotesta como puede el lector imaginarse.

El pobre muchacho parecia una fantasma.

Aquellas canillas delgadas que salian por bajo del baton color ceniza, le daban un aspecto parecido al *tero-tero*.

La mucamita al ver á su patron con

aquel disfraz, rompió á reir como una desesperada, sin que fueran bastante las amenazas de Misia Liboria para contener la esplosion de risa de la chicuela.

Cesó la lluvia afortunadamente y gracias á eso pudieron verse libres de la inundacion; porque á seguir un poco mas, D. Gabino hubiera con su esponja recogido tanta agua en un año, como la que hubiera caído en un cuarto de hora."

Se restableció por fin la calma en el seno de la familia H.

D. Gabino enjugóse los pies y aprovechando la oportunidad de haberse remojado los callos, se entretuvo en cortarlos con las tijeras de bordar de Adela, regalo del Sr. Nuñez y que como tal estimaba la niña en mucho.

Mal rato pasó la tímida Adela viendo el empleo que hacía de sus tijeras, pero ¿como evitarlo?

Mientras tenía lugar esta operacion, D. Gabino que no callaba un segundo, hacía

cálculos sobre el arreglo del botin para Pepito.

—Esta noche, decía el Sr. H. me dedicaré á dejarte arreglado el ótro. Me parece que es de charol y ese que tienes es de becerro; pero no le hace, yo les daré á los dos un buen baño de vinagre y tinta....¿hay tinta en casa: Liboria?

—Si, y bien linda que es. Violeta.

—¡Magnífico! Van á quedar unos botines mejor que nuevos. Ea vamos á comer! Ya he concluido.

Pepito cabizbajo y mustio se dirijio hácia el comedor pensando en la belleza de sus futuros botines.

Adela hizo lo propio, despues de haber limpiado con todo esmero sus tijeras y guardádas en el estuche.

Dejarémosle que se engullan su buen trozo de asado y veamos quien era Nuñez y cual su relacion con la familia H.





III

El Sr. Nuñez era un jóven de gran talento y de no pequeñas esperanzas respecto á obtener una brillante posicion en época no lejana.

Perfectamente relacionado y muy querido en la sociedad escojida que frecuentaba, muchas eran las bellas porteñas que con riqueza, educacion brillante y familia distinguida, no le hubieran desdeñado de fijo, si les hubiese dirigido la peticion matrimonial.

Sin embargo, mostrábase retraido en medio de la esquisita finura é irreprochable galanteria que lucía con las damas.

Unas achacaban á cortedad su conducta: á un exceso de susceptibilidad ó quizá orgullo otras; y algunas por intuición aseguraban que amaba en secreto.

Estas últimas acertaban.

Nuñez conoció por casualidad á la preciosa Adelita, en casa de unas amigas de la infancia.

Tan prendado quedó de ella que formó la firme resolución de poner un término á la vida de célibe, uniéndose á la jóven para siempre.

Presentóse en la casa del Sr. H. decidido á realizar el proposito que acariciaba en su mente.

Antes de esplicarse por completo quiso estudiar el carácter y condiciones de la nueva familia, que sería la suya, después del enlace con Adela, toda vez que Nuñez no tenía sino parientes lejanos.

Dura era la prueba porque tenía que pasar.

D. Gabino con su sempiterna charla,

llena de contínuos y terribles ataques al sentido común, sus inoportunidades, extravagancias y chabacanerías, era un suegro que para tenerlo al lado se necesitaba ser otro como él, ó de lo contrario poseer una dosis de paciencia superior á la del santo Job.

Misia Liboria con el carácter ágrío, imprudente, presuntuoso y entrometido, era tan inconveniente para ser yerno suyo, como el otro, sino lo era el doble.

Y por contera, el simplon de Pepito para cuñado, completaba el cuadro mas terrorífico que puede ofrecerse á los ojos de un aspirante á la vida de casado.

Apesar de estas dificultades que muy bien pudieran creerse insuperables, el jóven Nuñez sentíase atraído de una manera irresistible por la preciosa Adela.

Bien es cierto que ella poseía cualidades bastantes para eclipsar tantos defectos. Su educacion no era de las mas

acabadas, pero en cambio se suplía con un talento natural extraordinario.

El génio dulce y bondadoso, unido á la rectitud, modestia, y buenas costumbres, hacían de Adela un ángel digno de ser amado con fèrvido entusiasmo.

Nuñez se había penetrado de todo esto y en el fondo de su alma se reprochaba la injusticia de hacer responsable á la joven de faltas que no eran suyas. Pero ¿como atreverse á contraer matrimonio con los tres *adláteres* de Adela?

Si hubiera podido separar en absoluto de su familia á la joven, una vez que fuera su esposa, tiempo ha que la union se hubiese verificado; pero eso era imposible y á mas injusto. Conocía muy bien á su amada para comprender que semejante indicacion sería una dolorosa ofensa para ella: y al mismo tiempo Nuñez tenía un corazón noble que no le dejaba obrar como su egoismo pudiera aconsejarle.

La lucha que venía sosteniendo desde

que conoció á la familia H., era digna de estudio.

Había temporadas en las que se sentía con valor para arrostrar todo el peligro, cuando lo pensaba en su gabinete á solas.

Reflexionaba con detenimiento el caso y su amor le sugería razones con las que se allanaba el camino dificultoso que había de seguir una vez enlazado. Mas de una vez le sucedió salir de casa con intención decidida de soltar prenda y no bien penetraba en la mansión de su adorado tormento, se encontraba á D. Gabino haciendo diabluras ó diciendo necesidades, y enmudecía, dejando para mejor ocasión el definitivo arreglo de sus pretensiones ocultas.

En otras ocasiones formaba el propósito de no volver mas á casa de Adela, cortando así unas esperanzas que tal vez perjudicaran á la pobre jóven.

En los momentos en que le damos á conocer, abrigaba esos designios, aun

cuando no muy seguro de tener firmeza para relizarlos; pero el encuentro con Pepito que le dio la noticia de la enfermedad de Adela, echó por tierra todos sus planes y le hizo esclamar:

—Adelita está enferma y tal vez por mi causa. Yo me había propuesto no volver, pero comprendo que sería muy criminal si tal hiciese! Iré esta noche ypero ese Gabino....esa Liboria y ese pajalarga de muchacho....No quiero pensar en ellos. ¡Ay Adela si fueras de la cuna ya serias mi esposa! Iré hoy aunque despues no vuelvá.

Ya que tenemos conocimiento de lo pasa en el interior de Nuñez y sabemos que irá á visitar á la preciosa Adela, dejémosle dedicado á sus tareas para trasladarnos á la casa de los H.





IV

Ya hemos dicho que era sábado el día elegido para presentar al lector la familia de D. Gabinó.

Así que terminaron de comer un succulento puchero, item más, un asado al que era en extremo afecto el delgaducho Pepito, dispuso Misia Liboria con la maestría de un experimentado General en jefe, lo que cada cual había de hacer.

—Gabino, no te olvides de salir á cobrar esas cuentas, hoy es sábado y no debes descuidarte: Pepito que no puede moverse de casa por la pérdida del botín,

me leerá «La Prensa» y después compondrá el sofá que tiene una pata caída.

—Bonitas están las calles para andar de cobranzas, murmura D. Gabino, mientras lucha por sacarse una cuarta de carne que se le metió entre dos muelas.

—Pues, hijo, es necesario que se cobren.

Me parece que no te acusarían de desconsiderado: á ver, Pepito, tráeme el paquete de las cuentas que está encima del velador.

Pepito envuelto en el baton, se dirige á cumplir la orden maternal, volviendo unos segundos después con un alto de papeles que parecia un fardo. Los dejó al lado de Misia Liboria y se tornó á sentar.

Adelita estaba pensativa y parecia encontrarse muy agena á cuanto pasaba en derredor suyo.

Misia Liboria iba hojeando una por una las cuentas, mirando la cantidad y la fecha.

—Quinientos treinta pesos por dos trenzas y un bucle; 27 de Abril de 1869.

—¡Jesús que barbaridad! Pero Gabino, ¿como está esto sin cobrar al cabo de siete años?

—La pobre señora se murió cuando la fiebre amarilla y al quemar los muebles ardieron las trenzas también.

—¿Y no tiene herederos?

—Eso es lo que estoy buscando.

—No lo dejes de la mano. A ver esta otra.... cincuenta y cinco pesos por una patilla postiza. Enero del 70. ¿Qué picaro! No haber pagado todavía una miseria como esa. A este es preciso que le hagas pagar hoy sin excusa

—Sí, sí; á los tres meses de carnaval de aquel año tuvo que escapar para Europa, porque se lo comían los ingleses.

¡Buen tuno estaba!

—¿Es decir que son cincuenta y cinco pesos perdidos? ¡Gabino eres muy inútil para el negocio!

—Perdidos, no, muger. Yo voy todos los Sábados á la casa que ocupó y pregunto si volvió de Europa. El dia que me digan: *si*, ya está fresco el tal.

—Anda , anda—decia Misia Liboria— aquí hay una de cuando tenias el *bolichito* de sastreria: pues no hace mas que diez años de esto: noventa y seis pesos por volver del reves al Sr. Virola, una levita.

Esto si que aunque te vuelvas mico no lo cobras.

—La última vez que estuve, me llamo facha y me dijo: vd. es el señor H?

—Sí señor, le contesté. Pues mire vd. si le veo otra vez por acá, en vez de H. le vuelvo á vd. F. Váyase no mas.

—¿Y tú qué le dijiste?

—No recuerdo bien....me parece que nada.

—¡Ay! ¡Si yo hubiera nacido hombre!

—Ya estarias de servicio en la frontera.

Adelita se levantó, encaminándose hacia donde tenía la costura y se sentó á trabajar.

Pepito la siguió, encontrando así pretexto para escabullirse y poder encaminarse á la letrina para fumar un cigarrillo escondidas de su regañona mamita.

Gabino y Liboria continuaron haciendo el escrutinio de aquellas cuentas, que representaban una suma de diez mil pesos flojos, incobrables en su inmensa mayoría, y así que pasaron la revista, el Sr. H. se puso el gaban de los Sábados, preparado de antemano con sendos bolsillos para guardar la plata, y el sombrero de los Domingos, que no era por cierto de los de Perissé, á juzgar por las abolladuras y color de ala de mosca que le caracterizaban, y partió con ánimo esforzado en busca de plata.

Misia Liboria en cuanto vió salir á su medio limon, llamo á Pepito, se arrellenó en la hamaca y le hizo que leyera el

periódico incluso los avisos nuevos y viejos, remates, edictos judiciales, misceláneas y demas menudencias literarias: todo se lo leyó el paciente Pepito, sin tomar siquiera resuello.

Adelita mientras tanto, habia suspendido varias veces la costura para desdoblar un papel que cuidadosamente guardaba en su pecho y leerlo con el mayor interés.

En este momento da principio á la lectura por segunda vez, cual si quisiera aprender el contenido de memoria.

Coloquémonos á su espalda y asi podremos enterarnos bien de lo que dice el amoroso billete, recibido ocho dias antes.

El encabezamiento es demasiado frio.

Querida amiga, dice, nada mas.

Adela se detiene un momento á reflexionar.

¿Por que dirá querida amiga? Es muy satisfactorio para mi, piensa Adela, merecer la amistad cariñosa de Eduardo.

Pero.... Y bien mirado ¿qué derecho tengo á exigir que me ame como yo á él?...Si le tengo. Con sus miradas me lo ha dicho cien veces. ¿Y si yo me hubiera engañado al suponerlo así? Pero la prueba de que no me equivoco esta en el resto de la carta.

Vuelve á leerla toda y nosotros aprovecharemos esta oportunidad para enterarnos.

Dice así:

Contemplando el retrato de vd., esperimento, Adela querida, mil diversas sensaciones, cuya causa no puedo esplicarme.

Usted tiene un talento superior y quizá sepa encontrar la clave de todas ellas.

Si así no fuera, si vd., Adela, no adinase la razon de esta tristeza que me consume, seria porque nuestras almas se hallaban á una inmensa distancia.

Présteme atencion y vea si puede comprender lo que por mi pasa.

Cuando en medio de la brillante sociedad argentina, contemplo tantas mugeres radiantes de alegre hermosura, busco afanoso una que posea la otra mitad de mi alma y.... no está entre ellas.

Entonces, Adela, procuro hallarme solo un instante, miro vuestro retrato y la esperanza vuelve á formar su nido en mi pecho.

Cuando lejos del bullicio que trae consigo la lucha inherente á mis ocupaciones, busco un sér amado, que con el dulce interés de una madre, escuche la ingénua relacion de mis triunfos ó mis contrariedades: con el tierno afecto de una hermana, abra los brazos para darme abrigo en ellos contra las mundanas tempestades: con el amoroso afan de amante esposa, me preste aliento para seguir batallando sin desmayar, me dé su leal parecer y prémie mi desvelo con un ardiente ósculo; cuando busco ese sér, me penetro de la soledad angustiosa que me rodea y

entonces, voy á confesaros mi debilidad, los ojos se me llenan de lágrimas que escapan silenciosas á depositarse sobre vuestro retrato, único confidente de mis tristes meditaciones.

¿Estaré condenado, hermosa Adela, á sufrir por largo tiempo tan cruel suplicio?

Usted es un ángel y no puede desearme tan grave mal; pero hay una fuerza poderosa, tan poderosa, que á veces vence la mas férrea voluntad y aboga entre sus dedos huesosos, la voz del corazón mas enérgico.

Esa fuerza se llama fatalidad.

Cuando se interpone entre el hombre y su dicha, casi siempre consigue que no llegue á tocarla.

Pero ¿qué estoy escribiendo?

Perdonadme, Adela, si os molesto dando rienda suelta á mis ocultos sufrimientos.

Soy un impertinente ¿no es cierto?

Pero V. es tan bondadosa que disculpará á su....amigo—*E. Nuñez.*

Hemos terminado de leer la cartita al mismo tiempo que Adela.

Sinos descuidamos un tanto, dobla el papel, como lo está haciendo en este instante y nos deja sin saber el final.

La joven lanza un agudo suspiro y murmura volviendo á reanudar la costura interrumpida:

—Ya comprendo cual es esa fatalidad.

¿Y que hacer, Dios Eterno? Sufriré resignada lo que su omnipotencia disponga.

La voz cascada de Misia Liboria vino á sacarla de las dolorosas reflexiones que preocupaban su mente.

Acababa el idealismo y daba comienzo la dura realidad.





V

Mucho tarda tu *tata*, dice Misia Liboria dirigiéndose á la niña. Y si despues se viene sin haber recojido un cobre, estamos frescas. Precisamente hoy, que vendrá Nuñez y queria yo que trajera la muchacha media cuarta de anis y con las galletas que le han dado de *yapa* en el almacen toda esta semana poderle obsequiar como se merece.

—No es necesario, mamá. Mejor es que no saque nada de eso.

—¿Como no, niña? ¡Pues no faltaba mas! Es necesario mostrarnos agradecidos. Ya ves, el último dia que vino,

bien supo traerte una cebolla de nardo para que la plantaras ahora que es el tiempo. Y á ver si no eres zonza y le aprietas para que se case.

—Pero, mama, si nunca me ha dicho una palabra, quien sabe si piensa en eso siquiera.

—¡Oh! No me digas, que yo entiendo de eso mas que tú. Vaya! ¿qué nada te ha dicho? Pues ya verás como esta noche le hago vomitar.

—¡Por Dios, mamá! Qué va Vd. a hacer?

Adela pronunció estas palabras casi llorando.

—No pases cuidado, mi hijita. Yo le hablaré con diplomacia, con maña, sin que se aperciba.

—Pero, si....

—¡Eh! Las niñas se dejan guiar por las personas mayores. Pues ni que fuera yo una criatura que no supiera manejar con astucia un negocio.

La entrada triunfal de don Gabino, puso término á este incidente.

Venia el pobre hombre lleno de barro de los pies á la cabeza.

—¿Traes plata? preguntó Misia Liboria, sin reparar en lo sucio que llegaba.

—Si, setenta pesos y dos arrobas de barro cuando menos.

Pepito entra en aquel momento y reparando en la cara de su *tata*, exclama:

—¿Qué pegotes son esos que traes en el carrillo?

—¿Qué ha de ser! Un maldito carro que pasaba en el momento en que yo buscaba el número 800 viejo de la calle Rivadavia y *paff* me largó una descarga de barro que á poco mas da conmigo en tierra.

Con esto de la nueva numeracion se vuelve uno loco.

—Dame esos pesos que voy á enviar por algo para obsequiar á Nuñez que vendrá esta noche, dice Misia Liboria.

—¿Si? ¡Cuanto me alegro! Es un mozo con quien me gusta conversar, y á él le sucede otro tanto. Se rie mucho con las cosas que yo le digo. Toma, toma....dos de á patacon; uno de veinte centavos, otro de cinco pesos y diez de á uno.

Misia Liboria examina con detencion los mugrientos papeles y se detiene ante uno de á peso, que está hecho una lástima.

—Pero, Gabino ¿qué me traes aquí? A este peso le falta el número.

—¿Y qué quieres que haga? Le escribiré uno cualquiera con tinta violeta.

—Mira, mas vale que se lo devuelvas al que te lo dio; toma.

—Pero Liboria ¿te parece que me voy á costear hasta la calle Rivadavia cerca de Flores por un peso flojo? Y mas, que me dirán y con razon que porque no miré la moneda antes de salir de la caja.

—¿Y por qué no lo miraste?

—Si lo miré; pero porque faltara un pedazo no iba á devolver el peso.

—¡Es claro, como estamos tan sobrados! ¡Ay, qué hombre este!

Don Gabino se escurre con disimulo y despues de dejar el paquete de las cuentas en el cajon de la mesa, se cambia la ropa de gala que traia, por el traje de casa.

Este se componía de un pantalon bombacha, color de aceituna verde, sujeto al tobillo con una cinta, que le daba cierto aspecto semejante al de una turca en el harem del Sultan.

Una chaqueta de color ala de mosca con ribetes de paño azul y unas zapatillas de baqueta encarnada fabricadas por el mismo don Gabino, completaban el grotesco atavío del señor H.

Se nos olvidaba decir que del *kepi* de cuando fué oficial de policía, se había construido un casquete que se asemejaba á una maceta puesta boca abajo.

Cuando hubo terminado de hacerse la *toilette*, salió pidiendo á voces que pusieran la comida en la mesa.

Así se hizo en efecto, y la honrada familia H., se sentó al rededor de la vianda, comiendo todos con excelente apetito, á escepcion de Adela que apenas probó bocado.

Al concluir de llenar el estómago, y siguiendo una costumbre añeja, rezaron el rosario, que lo pasaba D. Gabino con sin igual maestria.

Misia Liboria con su génio vivo, ofrecía con frecuencia un curioso espectáculo.

En medio de un *Santa Maria ruega por nosotros*, etc., intercalaba una riña para la mucama, una advertencia á Pepito, ó un pronóstico de que volvería á llover porque le dolía mucho un callo.

Terminado el rezo se trasladaron á la sala, preparando lo necesario para recibir al Sr. Nuñez con todas las reglas del arte.

Pepito, á indicacion de Adela, volvió á ponerse su ropita que ya estaba seca y devolvió la enagua y el baton á su hermanita.

La perla de la casa, verdadera margarita arrojada por la mano del destino entre aquellos bellacos, esperaba sin preparativos ni impaciencia la llegada de Nuñez y por otro lado sentia vivamente que se acercara.

¡Pobre jóven!

Unas palmaditas se oyeron en el zaguán que fueron la señal de alarma.

La mucamita corrió á ver quien era, volviendo despues á decir que llamaba un señor.

Don Gabino sale al encuentro de la visita, gritando con toda su alma.

—Pase no mas, señor Nuñez. ¿Y cómo le va?

—Buena noche y á Vd. ¿como le va?

El señor H. oprime la mano del jóven con tal entusiasmo que le cuesta

gran trabajo contener un gemido de dolor.

Un poco mas allá le aguarda Pepito para saludarle y por fin, cumplido este requisito penetra en la sala.

Misia Liboria le dirige la palabra sin dejarle respirar, procurando dar á sus frases el acento mas dulce de su repertorio.

—¡Es un pícaro, Sr. Nuñez! ¿cree vd. que hay á la puerta de esta casa perros que le muerdan?

—Ya creíamos que se habría vd. muerto, añade D. Gabino.

—Soy merecedor de esos reproches, aunque no culpable. Con harto sentimiento mio, no me han permitido mis muchas ocupaciones tener el gusto de venir á verlos. ¿Y vd. Adelita, como está de su indisposicion?

—Ya estoy bien, gracias, contesta la jóven dirijiéndole una mirada enloquecedora de gratitud.

Nuñez se va á sentar en el sofá por indicacion de D. Gabino.

—No se siente ahí, grita Misia Liboria; tiene el sofá una pata rota y este Pepito no se acordó de ponerle un poco de engrudo, siquiera para esta noche. ¡No te dije que pegaras la pata? ¡Qué chico éste, parece *azonzado*!

Pepito aturdido corre á colocar una silla cerca de Nuñez y D. Gabino se pone á registrar la rotura del sofá.

—Ya verás, dice á su esposa, como le dejo mañana tan bien compuesto que no se conoce. No será el primero. Yo tengo hecho de todo en este mundo.

Una vez estuve con un rematador y la víspera de los remates hacíamos unas composturas muy disimuladas para meter gato por liebre á los mar....

—¡Ay! ¡Pepito, qué has hecho? grita Liboria furiosa.

—¡Qué ha sido? dice Gabino asustado. El pobre Pepe confuso y avergonzado

pronuncia algunas palabras incoherentes y presenta el sombrero que Nuñez dejó al entrar sobre una silla, hecho una pasa de Málaga.

¡Se había sentado encima!

—¡Ah, muchacho zonzo! esclama D. Gabino corriendohácia su hijo arrebatándole el sombrero de las manos. Trae aquí!

—Dispénsele vd. Nuñez. ¡Es tan distraído!

Esto dice Adela muy apesadumbrada.

—¿Quiere Vd. callar, Adela? Eso no vale la pena, pues no faltaba mas. No haga caso D. Gabino yo se lo ruego.

El Sr. H. está en aquel momento muy atareado dando puñetazos al sombrero por dentro hasta conseguir devolverle su primitiva hechura.

—¡Ahí tiene vd. , dice, mientras le pasa la manga de la chaqueta por la seda para peinarlo; si hubiera sido de Perissé, este sombrero, no hubiera sucedido esto.

Nuñez se sonrió ligeramente.

—Desengáñate Gabino, repitió Liboria, lo mismo hubiera pasado. ¿Te parece que pesa poco Pepito? Se necesitaba que fuera un sombrero de madera para no aplastarse.

—Este chico, yo no sé qué le sucede que nunca mira lo que hace. Querrá vd. creer, Sr. Nuñez, que esta mañana vino á casa sin un botín?

—Y como fué eso? interrogó Nuñez con interés.

—Cuenta como fué.

Pepito tose con fuerza. Misia Liboria se levanta á dar la orden á la *mucama* de que traiga la bandeja con la botella de anís y las galletitas.

—El aire me *volteó* el sombrero que fué á parar á un charco grande. Yo quise recojerlo y metí un pié en el fango de donde no podia sacarle, sinó dejando el botín dentro del barro.

—¡Que demontre! ¡Ah, si se ponen

las calles endiabladas en cuanto caen cuatro gotas! profirió Nuñez.

—Gracias, dijo el Sr. H., á que yo tenia un botin de mas, por ahí, que en cuanto vd. se vaya se lo tengo que arreglar para que pueda salir mañana.

—Caramba siento que por mi se abstenga vd. de hacer lo que guste!

—No, no señor. Si no lo hago es porque tengo mas gusto en conversar con vd.

—Muchas gracias, pero....

La *mucamita* entra en aquel momento con la bandeja.

Adela encarnada como una amapola mira al suelo y no se determina á pronunciar una palabra.

—Vamos señor Nuñez, tome una copita y galletas, dice Misia Liboria que ha vuelto de su expedicion.

—Muchas gracias, señora: hace muy poco que comí y....

—No importa, no importa; eso se toma sin ganas.

Diciendo esto, Misia Liboria echa el líquido en la copa y se la acerca. Nuñez lo prueba apenas y deja la copita en la bandeja.

Dirigiéndose á la jóven la pregunta:

—¿Y el nardo cómo vá Adelita?

Muy bien; enterré la cebolla en una maceta y ya ha crecido un poquito el tallo que quedaba fuera.

—Si; pero si no hubiera sido por mí, dice Don Gabino, se hubiera perdido. Yo entiendo algo de jardineria, señor Nuñez. A esas plantas les hace falta una tierra muy fuerte para que broten de prisa y cuando la tierra es floja como esa que tenemos nosotros, se precisa echarle abono.

—¿Y qué clase de abono emplea vd.? preguntó Nuñez.

—¡Ah! El mas eficaz, dice D. Gabino con grave entonacion. Es algo súcio, yo lo comprendo, pero dá mucho calor.

—¿Es guano artificial?

—Cá, no señor, natural y muy natural. Es guano mio... ¿Comprende Vd? con una sola vez que he hecho mi necesidad en la maceta, ya tiene bastante para este año. ¡Ya verá Vd. que nardos salen!

—Pero papá, por Dios ¿porqué tocó Vd. la maceta?

Adela, aniquilada ante aquella revelación, estuvo á punto de desmayarse. Nuñez comprendió su sentimiento y acercándose á ella la dijo rápidamente:

—No se aflija, le traeré otro.

La niña contestó con una mirada.

Misia Liboria estaba entretenida haciendo señas á Pepito para que se retirara de la sala, pero este no se daba por aludido. Cansada de ver lo inútil de sus gestos, la buena señora tomó el partido de decirle:

—Mira Pepito vè á ver que hace la muchacha.

El chico obedeció prontamente, apercibiéndose entonces de lo que su mamá

deseaba. Así que estuvo fuera, Misia Liboria tomó la palabra.

—Voy á referirle á Vd. señor Nuñez el sueño tan estraño que tuve anoche.

—¿Si?

—¡Ah! es una cosa admirable. Figúrese que estábamos en esta sala Vd. mí Gabino y yo.

Adela empezó á sudar. Misia Liboria hizo una pequeña pausa y prosiguió:

—Pues señor; Vd. le decia á mi Gabino que queria casarse con Adela y le pedia su mano; yo estaba tan contenta con eso, que lloraba de alegría. Y mire Vd. cuando desperté tenia los ojos húmedos.

Nuñez se mordió los labios; pero reponiéndose algun tanto contesto con naturalidad.

—Eso es lo que tienen las pesadillas, hacen sufrir como si realmente sucediera lo que se sueña. Generalmente sobrevienen de beber agua antes de acostarse.

—Pues yo, objetó D. Gabino, todas las noches me largo al cuerpo un cuartillo de agua del algibe y siempre sueño que me caigo de lo alto de una torre y voy bajando, bajando, sin llegar nunca al suelo, porque me despierto antes.

—Pero lo que yo he soñado, agregó Liboria, tiene siquiera algo de verdadero y posible, ¿no es verdad Sr. Nuñez?

El joven se veía en un grave aprieto para responder del que felizmente vino á sacarle D. Gabino que no podía callar tan facilmente.

—Dicen que estos sueños como los míos se tienen cuando se está creciendo.

—Tal vez sea como Vd. dice, replicó Nuñez aprovechando esta coyuntura para evadir al compromiso—mas imagino que ya debe Vd. haber crecido todo lo que tuviera que crecer.

—Ya lo creo, repuso Misia Liboria. Pero no acaba Vd. esa copita señor Nuñez?

—Beberé otro poco.

Esta vez se bebió el contenido de un solo trago, buscando en el anís de Mallorca una salida satisfactoria para semejante atolladero.

—¿Y Vd. no toma D. Gabino? añadió Nuñez.

—Cuatro años justos hace que no bebo mas que agua. ¿Te acuerdas Liboria? ¡Que noche! Creí, Sr. Nuñez, que memoria del todo. Figúrese Vd. que salgo de casa con un compadre mío que tenía un *holiche* de carpintería en la calle Cochabamba. Ese compadre estaba muy apesadumbrado porque tenía un pagaré de siete pesos fuertes que se le vencía en aquella misma tarde y no llegó á reunir mas que noventa y siete pesos flojos para satisfacerle. Viendo la quiebra inevitable quiso olvidar penas y me buscó de acompañante para recorrer cuanto almacén y confitería hallábamos al paso tomando en todos un *cognac Martell*

hasta gastar los noventa y siete pesos. Cuando llegué á casa, mire Vd., señor, sin mentirle, confundia á la *muca mita* con mi Liboria: me acosté sobre Pepito que á poco mas lo estrujo; y en fin, venia lo que se dice *mamado* en toda regla.

—Bien cara le costo aquella calaverada. A los tres dias aun le duraba la irritacion al vientre. Mas de tres docenas de lavativas tuve que ponerle para que se calmara.

El desgraciado Nuñez, cuyo único consuelo era dirigir miradas tiernas á la jóven Adela, se aburrió de oír tanta necedad seguida y sacando el reloj miró la hora disponiéndose á marchar.

—¿Tan pronto nos deja? dijo Liboria.

—Lo siento en extremo, pero esta noche me llaman en otra parte urgentes atenciones. Ya vendré por acá otro dia mas despacio.

—Cuando V. quiera, ya sabe que tenemos tanto gusto en verle ¿no?

—Mayor es el mio en ver á Vds.

—Gracias, contestaron á duo Liboria y Gabino.

Al despedirse de Adela, deslizó en sus manos una cartita que llevaba á prevención, la cual fué recojida y guardada con disimulo por la niña.

No bien se hubo retirado Nuñez, emprendió D. Gabino la obra de arreglar el botin de Pepito; Adela halló el medio de leer la cartita retirándose á su dormitorio y Misia Liboria se quedó roncando en la silla de hamaca.

Cuando D. Gabino, terminó su tarea, cada mochuelo se fué á su olivo ó lo que es lo mismo á su camita, esperando la llegada del dia siguiente que era Domingo.

Sigamos los pasos de Nuñez que ofrecen por ahora mas interes que los ronquidos de don Gabino y las pesadillas de los demas miembros de la familia H.

El enamorado joven, mas meditabundo

que nunca, se dirigió á pié y con lento paso hácia el Club.

Durante el largo trayecto hasta donde se hallaba aquel, que era nada menos que en calle Victoria, tuvo momentos en que hablaba solo, y en alta voz, sin apercibirse siquiera de su indiscrecion.

—¿Y qué hago yo? se preguntaba en su monologo. Si me caso, tengo que conformarme á tener á mi lado ese par de cuadrúpedos que el destino me reserva para suegros: y si no me caso, necesito dejar de una vez de ver á Adelita, por que es inútilo estarla entreteniendo y hacerla concebir esperanzas que han de resultar irrealizables.

Se detuvo un instante en sus reflexiones, al sentir humedad en uno de sus piés.

Era que se había metido en un charco al cruzar la calle.

Cuando volvió á tomar la vereda reanudó sus interrumpidas reflexiones.

Esta vez no se le oyeron mas que las siguientes frases:

—De hoy no pasa....Es preciso que termine esto.

Como todo tiene fin en este mundo, no había de ser esceptuado de esa ley el paseo de Nuñez, por mas que al apercebirse del número de cuadras que tenía que recorrer, parecia que era interminable.

Llego al Club y en la misma puerta de calle, tropezó con un amigo suyo de carácter alegre y siempre dispuesto á mostrarse de todo el mundo.

El Dr. X. (porque comprenderá el lector que debo ocultar el verdadero nombre del sujeto,) era un mozo bien plantado y de escasas ocupaciones.

Es decir tenía una, que no le dejaba un segundo descansar; la de averiguar vidas ajenas.

Conocía medio Buenos Aires de vista y el otro medio de oidas.

Con una memoria maravillosa, un en-

tendimiento no escaso y una voluntad de hierro para adquirir hasta los mas pequeños detalles de historias las mas ocultas, era el joven X. un archivo ambulante, atestado de preciosos datos, que hubiera envidiado el *reporter* del periódico que mas crédito hubiese merecido en el desempeño de su espinoso cargo.

Saludáronse afablemente los dos amigos y el Dr. X. con la verbosidad que le caracterizaba dirigió una nube de preguntas á Nuñez, capaz de aturdir al mas despierto.

—¿De donde vienes, *ché?*

—De casa, contestó Nuñez creyendo que podía mentir impunemente.

—¿Has venido en tramway?

—No; á pié.

—¿Has encontrado algun conocido en el trayecto?

—A nadie.

—¿Tú tienes costumbre de quedarte

mirando embobado los aparadores de las tiendas?

—¿Pero á que vienen esas preguntas? ¿Te has metido á policia secreta? interrogó Nuñez sonriendo.

—No hago caso de que me insultas y te pido me contestes.

—No hombre, no seas loco.

—Pues entonces, amigo Nuñez, te tengo pillado sin remedio en un *lapsus lingue* por no decir en una embrolla. Media hora largø hace que estuve en tu casa y el moreno que tienes contigo, con rostro sombrío por necesidad, me dijo que hacía largo rato que habias salido.

Nuñez no pudo menos que reirse al verse en descubierto ante su amigo. En vez de contestarle prefirió torcer el rumbo de la conversacion diciendo á su vez:

—¿Y que diablos se te ofrecía para tomarte la molestia de subir los cuarenta escalones que me separan de la tierra?

—¡Ah! ¿Prefieres no defenderte? Bue-

no; ya sabes que no soy cruel con el vencido. Pues verás: necesito de tus conocimientos para completar un historion que conozco casi por completo.

—¿Siempre el mismo? Eres el tipo mas feliz que conozco.

—A cada uno le da la mania por una cosa: tu quieres arreglar el pais y regenerar el mundo y yo me ocupo en conocer á fondo como anda ese mundo para que sepas mejor lo que hay que arreglar. Me parece que sin mi, andarias á ciegas, sin saber donde está el mal, ni bajo que forma se presenta.

—Sí, sí; tienes razon, sigue con la historia y dejate de filosofar.

—Así me gusta *ché*, parece que ya te va interesando el asunto ¿no?

—Es claro, lo anuncias de un modo tan trájico.

—¡Ah! es que cuando sepas lo que hay verás que no exajero.

—Acaba pues y basta de preámbulos.

—Primeramente has de darme algunos datos ¿Conoces al Dr. B.?

—Si, ya lo creo.

—¡Bravo! ¿Sabes que se casó hace cinco meses con una preciosa jóven nacida y educada en el Bragado?

—Y tan lo sé, que fuí testigo del asunto.

—¿Testigo del asunto? ¿De cual *ché*, de....? ¡Ah! vamos! comprendo: testigo de la ceremonia eclesiástica.

—¡Qué poca formalidad tienes, hombre! dijo Nuñez sonriendo. Vamos sigue.

—¿Y porqué se casó ese mozo con la *supra* dicha?

—¡Toma! Porque la querria, ó porque se les dió la gana á los dos.

—Eso ya lo sabia yo; pero necesito que me digas si púdiste traslucir algo de amor á los pesos que aportaba al matrimonio la niña, como móvil....

—No: de eso te respondo. El Dr. B. es un jóven de gran delicadeza y sé ade-

mas que no quiso aceptar lo que se empeñaba en darle su suegro, apesar de ser en extremo avaro.

—Eso me hace compadecer mas al pobre B.

—Pero qué le ha sucedido. acaba.

—Ayer ha tomado pasaje en un vapor que partía para el *Havre* dejando la brillante posicion que estaba llamado á ocupar aquí.

—¡Que me dices! ¿Pero se llevará á su esposa?

—Ni por pienso. Apenas se casaron, ya sabes que se reunió toda la familia, el *tata*, la *mama* de la niña, ésta y el desdichado B. ¿No sé si habrás frecuentado mucho la casa?

—No: se mudaron tan distante que no encontraba oportunidad.

—Pues yo si, porque no me asusta la la distancia. Para eso tenemos una red de *tramways* que no tiene rival. Estuve muchos dias para poder estudiar con

exactitud á la suegra. ¡Ay, que suegra Nuñez, que suegra!

—Sí me pareció de escasas luces.

—Di mas bien un farol apagado. Hablando apedreaba. No te digo mas sino que pronunciaba discursos como este que pude retener en la memoria: *semos muy gratuitas á su atencionada vesita*, porque como *estimamos tan solidas* aqui, nos fastidiamos de no conversar con *nadies*.

—No exájeres hombre, dijo Nuñez, estremeciéndose á su pesar recordando á Misia Liboria.

—Te digo que eso no es mas que la muestra. Pero lo peor no ha sido eso, sino que la vieja ha querido á todo trance *visitar* con su hijita y con B. á todas las relaciones de la familia de este, que son muy buenas y numerosas. A la tercera visita B. se ha opuesto á que siguié-
ra la buena *mama* haciendo de las suyas y poniéndole en ridículo. Aquí fué Tro-

ya. La 'suegra se encoleriza contra el yerno; busca el apoyo del suegro y de la hija, y amigo Nuñez, aquello era un infierno permanente. El *tata* decía que si un día se incomodaba iba á hacer una que fuera sonada. La *mama* le llamaba malvado á B. y contaba á todo el mundo que estaba arrepentida de haber casado á su hija con un pícaro, exhornando sus quejas con unos comentarios sabrosos; y la niña se ponía mas veces de parte de la *mama* que de su esposo. El final de todo eso, viendo el esposo víctima que no querían separarse los padres de la niña, so pretesto de que no podían abandonarla en poder de un verdugo, ha sido el que te he referido ya. ¡Escapó, sin decir adios!

Al concluir su perorata el jóven soltó una ruidosa carcajada.

Nuñez quedó pensativo y no profirió una palabra.

El Dr. X. prosiguió:

—Lo que es yo, te aseguro que si algun dia me dá la locura por casarme voy á fijarme mas en la suegra y consorte si los tiene, que en la misma novia. ¿Con que te parece poco interesante el lance?

—Me ha causado sentimiento. Apreciaba de veras á B.

Nuñez pronunció estas palabras maquinalmente. Pensaba en otra cosa.

Por fortuna para él, su interlocutor, una vez habiendo contado la historieta á la orden del dia, deseaba trasmitirla á todos sus conocidos, por cuya razon se separó de Nuñez, buscando á otro con quien poder morder al progimo.

Nuñez se fué á su habitacion mas temprano que de costumbre murmurando por el camino:

—Es preciso, es preciso.... mas vale escarmentar en cabeza ajena.

Sin embargo, calculó al llegar á casa que era preferible dejar pasar noche por

medio antes de resolver y como al siguiente dia por ser Domingo disponia de mas tiempo libre, se acostó con el proposito de madrugar y decidir la senda que debia adoptar.





VIII

Un día de fiesta en Buenos Aires presenta ciertas particularidades que le distinguen de otras poblaciones.

Si la temperatura es agradable y no ofrece peligro de verse espuesto á volver á nado el que sale en busca de aire mas puro, gran parte del vecindario de Buenos Aires abandona el hogar y se encamina hácia el sitio donde sus aficiones le conducen.

Si pertenecen los individuos, sean de uno ú otro sexo, al mundo elegante, se van, bien en sus carruajes, ó bien á patita como suele decirse, á la Plaza del

Retiro ó sea de Marte, que dicho sea de paso pocos son los que conocen este sitio por el segundo nombre, no obstante ser el que ostentan las inscripciones.

Si mas encopetados ó mas amigos de la libertad y del fundador del Parque 3 de Febrero, prefieren este paseo al otro, cambian el rumbo y se distraen imaginándose lo que aquello podrá ser al cabo de una docena de años sinó sigue la crisis aniquilándolo todo.

Al Parque solo van los que pueden ser conducidos por ajenos piés, lo cual hace que la concurrencia sea mas escojida, bajo el injusto punto de vista de que «tanto vales cuanto tienes» como dice el adagio.

De aqui resulta que el Retiro concluirá por ser el paseo de los de medio pelo.

Este sitio es ameno y presenta un golpe de vista bastante agradable.

No hay grandiosidad y mas bien que paseo de una ciudad populosa, pudiera tomarse como un modesto jardin donde

se celebran reuniones de confianza al aire libre.

Los hábitos de laboriosidad que caracterizan á los habitantes de esta Perla del Plata, hacen que solamente los Domingos se vea concurrido el paseo.

Siguiendo la máxima inglesa *Time is money*, siquiera sea en apariencia, las bellas argentinas se abstienen de acudir al paseo en los días de labor.

Y digo en apariencia, porque no se crea que los días de fiesta se ocupan en algo productivo, no.

Dos horas de *toilette*, una de jugar con las teclas del piano, dos de recorrer tiendas, y el resto del día consagrado á estar curioseando desde la reja lo que pasa por la calle, recibir visitas, comer y otras menudencias que no se detallan por su índole reservada, son las ocupaciones que retienen á las niñas dentro de la ciudad, impidiéndoles lucir bellos trajes y encantadores rostros en los paseos

En Europa, se considera de mal tono cuanto huele á fiesta *dominguera*.

Esto nace de un vicio fatal encarnado en la sociedad aristocrática, vicio que entraña la mas irritante desigualdad entre los que debieran ser hermanos y se subdividen en siervos y señores, por la mísera condicion de los primeros y el inusitado orgullo de los segundos.

El elemento aristocrático cargado de títulos nobiliarios que obtuvieron sus antepasados por actos ruidosos, aunque no siempre dignos de alabanza y, herederos de pingües fortunas que ningun trabajo les costó adquirir, consideran como única ocupacion digna de su elevada alcurnia, la de disfrutar todo género de placeres, sin hacer aprecio de si alguno de ellos es causa de la desdicha de una honrada familia: el lujo, la disipacion, el aparato permanente son sus necesidades apremiantes, para cuya satisfaccion necesitan los seis dias de la semana, du .

rante los cuales las clases de la sociedad que viven del trabajo en sus variadas faces, no pueden confundirse con sus olímpicas magestades.

Pero observo, lector, que me dejo llevar de mis pensamientos en esta digresion sin atender á que la índole de esta historieta no permite ocuparse de otra cosa que de lo relacionado con la familia H. Pido mil perdones y prosigo con el hilo que dejé perder.

Decia pues que habia tres clases de paseos en Buenos Aires, solamente en los dias festivos y segun las condiciones del individuo.

El parque 3 de Febrero, para los que tienen carruaje propio, esté ó no pagado su importe, que de todo hay en la viña del Señor: el Retiro para los que tienen antipatia á la morada antigua del tirano Rosas, ó no tienen vehiculo á su disposicion: y por último, los pueblecitos situados en derredor de Buenos Aires á

los cuales conduce el *tramway* por precios asaz módicos, á todos aquellos que prefieren estirar las piernas por esos campos de Dios, sin trabas y sin esponerse tanto á que la murmuracion tenga empleo en sus personas.

Y en verdad que estos últimos no dejan de llevar razon.

Circunscrito el paseo en el Retiro á una de sus calles de árboles inmediata á la verja de hierro que circunda la plaza, colócanse en ambos lados multitud de varones puestos en pié derecho y un buen número de elegantes damas sentadas en los bancos, formando un tribunal inapelable que revisa municiosamente á los que pasan por el centro, de uno y otro sexo.

Cuánta sonrisa maliciosa, cuánta frase intencionada se advierte entre los *mirones*, con demasiada frecuencia!

Si es una hermosa jóven la que á su paso despierta un movimiento de admi-

ración en el sexo barbudo y su vestido no está con arreglo á las prescripciones tiránicas de la moda, las otras damas critican el atavio, procurando así tomar inocente venganza de la superioridad que notan en la belleza de su víctima.

Si es elegante y ricamente vestida, pero fea como una noche de tormenta, unos y otros hacen un gesto imperceptible que significa: mas le valia quedarse en casa y no venir con esa cara á darnos un susto.

Si reúne las dos cualidades, esto es, bella y elegante hasta lo irreprochable, entonces no faltará quien cebe sus garras en la reputación de la aludida, abriendo una huella indestructible en su nombre.

Y si aun por este lado fuera inespugnable, todavía queda el recurso de calificarla de orgullosa, nécia ó cualquier otro defecto, existente ó no, que desvirtúe las buenas cualidades que no pueden en manera alguna serle negadas.

Nadie se escapa de sufrir un análisis en las condiciones apuntadas.

Medio mundo se rie del otro medio, alternativamente.

Tanto por este peligro, mucho mas inminente en sitios como el Retiro, cuanto por ser mas distraido para cierta clase de gente poco aficionada á murmurar ni ocuparse de lo que no les reporta utilidad alguna, es grande el número de personas que para utilizar un dia apacible y radiante del mes de Junio, prefieren invadir los coches que van á Belgrano, Flores, Boca, Barracas, etc.

Don Gabino H. y su consorte son de ese parecer desde mucho tiempo atras.

Es quizá en lo único que sin saber la causa, están perfectamente acertados.

¡Qué tempestad de burlas sangrientas, aunque disimuladas, no levantaria la familia H. dando paseos por en medio de aquellas dos murallas de criticos!

Don Gabino con su gaban que toca

casi en el suelo, sus botas con una suela de un dedo de grueso, arregladas por él para las aguas, su sombrero de copa con calvas pronunciadas en la seda, y su figura grotesca que le hace asemejarse á un hombo con dos patas cortadas por la base.

Misia Liboria con un pícaro sombrero de fecha muy atrasada, coronado por un manojo de plumas de todas clases, que recuerdan en seguida el pintado *guacamayo*, y la cara, el gaban, todo el conjunto, en fin, de Misia Liboria!

Y además de esto, Pepito, el célebre Pepito, cuyo solo aspecto es capaz de producir la hilaridad de un Obispo sério.

Adela entre tan ridículo acompañamiento hubiera sufrido mucho y también habría recibido dolorosas punzadas de los espectadores.

Pero no haya temor; la familia H. no va al Retiro como nos convenceremos trasladándonos á su modesta vivienda, desde bien temprano.



IX

A las ocho de la mañana estaba en pié toda la familia H. y claro está que la mucama llevaba una hora larga de haber abandonado el catre, habiendo vuelto ya del mercado con su patrona, á quien acompañaba todas las mañanas para traer el pan de cada dia.

La calabaza del mate corria de mano en mano, sin dejar á la muchacha descansar en la tarea de cebarle.

A la tercera vez de repartir mate á D. Gabino, chupó con ánsia, pero en seguida hubo de apartar la bombilla de

sus lábios con visibles muestras de disgusto.

—Esto es agua clara, muchacha, no *sabés* cebar un mate.

—Se acabó la hierba, señora, contestó la muchachilla para disculparse.

—Bueno, luego irás por una cuarta al almacén y á ver si te dan la *yapa*. Ahora vamos á misa, Gabino, antes que sea mas tarde. ¿Estás ya peinada Adela?

—Sí, mamá.

—Pues ponte el vestido de cuadros en un momentito y despachemos esa obligacion. Despues de comer hemos de ir á dar una vueltita.

—Aprobado dice D. Gabino. ¿Sabés á dónde debíamos dirijirnos?

—¿Dónde?

—A la Boca. Visitamos al Sr. Andrés y su familia, que como siempre nos obsequiarán con una taza de café hirviendo y tortas.

—Si, está bueno; pero te advierto Ga-

bino que Adela y yo nos vamos en el tramway: tú y Pepito os vais á pié poquito á poco. La última vez que fuimos andando, ya sabes que se me emberrenchinó el callo grande y tuve que quitarme el botín para poder llegar á casa de Andrés. No vuelvo á echármela de valiente; con una basta.

— Bueno, mi vieja, bueno. Son doce pesos para vosotras dos.

— Me parece que yo valgo más de doce pesos.

— Ya lo creo, Liboria mia. Era yo capaz de dar por tí un millon, si tuviera nueve, para que quedaran pares.

Cinco minutos despues la familia H. salia de su casa en direccion á la Iglesia, encargando mucho á la mucama que tuviese la puerta cerrada hasta que volvieran de misa.

Mientras cumplia ese deber que los católicos se han impuesto, la mucamita se puso á comer algunos terrones de

azúcar, se cebó un par de mates y entretuvo el tiempo del modo mas agradable que le fué dado.

Media hora más tarde regresó la familia con algun mal humor entre sus miembros.

Pepito habia producido un casi conflicto en el templo.

Quiso pasar por entre dos señoras que oraban hincadas de rodillas y enredándose los piés en las faldas de aquellas, cuyo cuan largo era encima de una morena vieja y de carácter ágrío, la que asustada y molida por el porrazo recibido, llamó á Pepito *zozzo*, *guarango*, *mulo* y *sacrílego*.

Los demás fieles que presenciaron el hecho, no pudieron contener la risa durante toda la ceremonia.

Misia Liboria estuvo tentada para mover un *bochinche* á la morena, en plena casa de Dios, segun dicen y D. Gabino

rezó tres *paternoster* para que le librara la Providencia de un cataclismo.

Adela sufría por unos y otros; pero no desplegaba sus labios, anhelando tan solo que terminase pronto el sacrificio.

Largo rato se llevaron comentando el suceso, mientras se preparaba la comida por Adela.

Don Gabino quiso dar la razón á la morena y tuvo que retroceder ante la actitud hostil y enérgica de su cara mitad.

Pepito se disculpaba con que andaba dificultosamente por ser los dos botines del pié derecho y de horma muy torcida.

Su *tata* encolerizado al ver que ponía defectos á su obra, exclamó:

— ¿Pues entónces no podrás ir á la Boca tampoco?

— Para eso no me incomoda.

— Es claro, añade Liboria; ahora se iba á quedar el chico en casa.

Ahí quedó la discusión con gran con-

tentamiento de Pepito que se refocilaba pensando en que hallaría en casa de Andrés el de la Boca, una niña que le gustaba sobremanera, aún cuando jamás se atrevió á decirselo.

Comieron en santa paz y á eso de las doce y media partian Gabino y Pepito con la orden de esperar á Misia Liboria y Adela al lado de la Estacion del Ferrocarril en la Boca del Riachuelo.

A la una cerraban la casa, dando permiso á la mucama para que fuera á pasar la tarde en casa de una tia, que hacia las veces de su pobre madre que pereció el año 71 de la fiebre amarilla.

Madre é hija se encaminaron á la calle Piedad donde tomaron el coche oportuno:

Ya instaladas en el vehículo, Misia Liboria tuvo un altercado con el boleterero que no la quiso tomar un peso fuerte del Banco Nacional, de los que trajo Gabino en la cobranza del dia anterior.

Afortunadamente llevaba de la Pro-

vincia y pagó con ellos ante la amenaza de que tendrían que bajarse sino le daban otra moneda.

Misia Liboria no calló un momento en todo el viaje y no es nada corto por cierto.

El tema era siempre el mismo, solo con variaciones mil. No faltaba quien la prestase atención de los pasajeros, en tanto que otros sonreían al ver la irritación de la buena señora.

Con la resignación de una santa y la mayor vergüenza escuchaba Adela las peroratas de su *mama*, que se fundaban en estas ó semejantes razones:

—Mire vd., decía, no querer recibir ese patacon por ser del Banco Nacional, puede que crea que es falso. Mire, señor, vea ese papel.....

Y se lo alargaba á un jóven que se hallaba dispuesto á darla conversacion, no por bondad, sino por la sencilla razon de que le gustaba la cara de Adela y calculaba que por la peana se adora al

santo; esto es, que haciéndose grato á los ojos de la madre era más fácil llegar á un acuerdo con la hija.

—Es bueno, ya lo creo, decia el mocito; pero me parece que oí decir algo de que no corrian los papeles de ese Banco.

—Pues no han de correr, señor, si ayer mismo se lo dieron á mi Gabino en pago de una cuenta de cinco mil pesos que cobró.

Adela se quedó fria al oír la cifra disparatada que su mamá acababa de citar.

La mentira era tan gorda como la diferencia entre setenta pesos y cinco mil, que deja muy atrás á la de aquel que decia: lo mismo da ocho que ochenta; es cuestion de un cero y el cero todos sabemos que no vale nada.

Por último llegaron á la plaza de la Boca, frente al embarcadero.

Pepito salió á recibirlas y Misia Liboria le preguntó con aire displicente:

—¿Y tata?

—Allí está en aquel banco. Llegó tan cansado que no podía tenerse de pié.

Se dirigieron al sitio y hallaron à D. Gabino dormido profundamente y con el sombrero caido en tierra.

Misia Liboria le aplicó un pellizco tan eficaz que despertó al momento, quedando despabilado como si despertara despues de un sueño de dos dias.

Hasta llegar á casa de Andrés, donde se encaminaron todos juntos, Misia Liboria llamó á Gabino una porcion de mote, à cual mas ofensivo, por haber traído una moneda que no circulaba y á mas el peso flojo de marras, sin número.

Pepito y Adela marchaban delante hablando del mismo asunto.

La llegada á casa de Andres hizo variar por un momento la escena.





X

La familia del Sr. Andrés á quien iban á visitar, era digna de estudio por mas de un concepto.

Había en ella ciertos puntos de contacto, en cuanto á estravagancia, con la de nuestros conocidos, que á no dudar eran causa de la amistad cariñosa y duradera que unía estas dos familias.

Dios los cria y ellos se juntan, dice el adagio.

Pero no se crea por esto que eran idénticos los defectos, no.

El Sr. Andrés, no tenía pero en su clase. Era un industrial honrado, sin

pretensiones, apesar de la modesta fortuna que logró adquirir á fuerza de treinta años de asiduo trabajo.

Nacido en la capital de Cataluña, donde aprendió con aprovechamiento el arte de construcciones navales, se trasladó joven aun á Buenos Aires, en donde no bien aseguró una posicion decorosa, contrajo matrimonio con una bella argentina, hija de padre francés y madre italiana, que poseian una fortunita no despreciable.

Residian en la Boca del Riachuelo hacia largo tiempo, en casita de madera, pero propia y con bastantes comodidades.

A los cincuenta y tantos años que Andrés tenía de vida y veintiseis de matrimonio con *Misia Urbana*, que á la sazón contaba cuarenta y nueve primaveras, habian tenido trece hijos de ambos sexos, de los cuales solamente quedaban dos para muestra. Los otros once habian abandonado este valle de lágrimas, haciendo verter no pocas á sus padres.

Los vástagos del Sr. Andrés que sobrevivieron eran de distinto sexo.

Al varon podía calificarse de una *halaja* en toda la estension de la palabra.

A los veintidos años, contaba por docenas las entradas en la policia y las detenciones sufridas por orden del comisario.

Una honda cicatriz en la mejilla izquierda daba testimonio de que no siempre llevó la mejor parte en las camorras que con demasiada facilidad se proporcionaba el mancebo. La batalla en que le pusieron tan indeleble adorno, tuvo lugar dentro del salon de baile de un almacén.

El organillo dejaba oír sus robustos y armoniosos trompetazos, manejada la cigüeña con sin igual destreza por un italianazo tan alto y lleno de vigor que daba lástima verle entretenido en dar vuelta á la manigüela de su instrumento.

¡Tan fácil le hubiera sido trocar el organo por la azada!

Entra el hijo de Andrés acompañado

de su frasco de ginebra; es decir, el contenido del frasco que habia trocado el envase por el del estómago de nuestro moçito.

No se sabe fijamente si este ó la ginebra, tuvieron el raro capricho de sacudir sablazos al organillo. Es el caso que en menos tiempo del exigido para contarlo, dejó el instrumento musical convertido en un monton de ruinas y sembrado de trompetillas el salon.

El italiano al ver el destrozo, lloraba como un desesperado y pedia socorro á la *Madonna* á *Dio* y á *tuti cuanti*; pero ya sabemos cuan cierto es el dicho aquel «fiate de la vírgen y no corras.»

Mientras invocaba á toda la corte celestial, escondiéndose prudentemente por temor de que le tocara algo en el reparto, el otro terminó su obra destructora y ya se disponia á marchar satisfecho de su triunfo, cuando un *compadrito* de los que momentos antes se refocilaban

con una linda chinita, se encaminó cuchillo en mano hácia el hijo de Andrés y le sacudió un furioso *mandao* hácia el cuello que le hizo desaparecer la borra-
chera en un *santiamen*.

Aventuras de este género, eran el pan nuestro de cada día.

Misia Urbana estaba con el alma en un hilo siempre que su hijito se hallaba fuera de casa, temiendo que le trajeran con el cuero agujereado ó se lo llevaran á Patagones.

La hija era el reverso de la medalla.

De rostro agraciado y escasas luces, habíale atacado la manía de considerarse una princesa, que por arte de encantamiento estaba condenada á vivir en aquella caseta de tablas, rodeada por todas partes de gallinas, conejos, cerdos, patos y perros, animales por quienes sentía su buen padre una marcada predilección.

No se conformaba la pobre muchacha con la idea de que aquel pudiera ser el

centro que la pertenecía, sino era desde el punto de vista de que algun mago la tuviera condenada á vivir bajo aquel disfraz, hasta lograr que un caballero andante la rescatara para obtener sus amorosos favores.

Solo habia tenido un pretendiente declarado á los veinte años.

El tal, hubiera podido confundirse con el mismo Rugiero, con Orlando, con cualquier caballero andante de los mas forzudos, si se le examinaba físicamente.

Tenia unas espaldas capaces de resistir enormes pesos. Para desencantar damas ó en su defecto para *changador* no tenia precio.

La niña de Misia Urbana, habia leído algunos libros de caballería andante y abrigó por unos dias la esperanza de que el moceton que la galanteaba fuera algun disfrazado príncipe; mas un acontecimiento vulgar vino á destruir sus ilusiones.

Encontráronse una noche los dos amantes en ciernes en casa de una vecina que celebraba el bautismo de su chiquitin.

Siguiendo la brutal costumbre de arrojarse gruesos confites los concurrentes, hasta el extremo de convertir la sala en un campo de Agramante, el novio quiso manifestarse obsequioso con su pretendida y la descargó tan tremenda lluvia de almendras duras como peñascos, sobre la cabeza, y con tal fuerza, que la pobre cayó al suelo sin sentido, al recibir la descomunal pedrea.

Diez chichones tan gordos como huevos de avestruz hembra, coronaban la mollera de la infeliz doncella.

Esta barbaridad fué suficiente para que despidiera al pretendiente con cajas destempladas.

Después de éste, ningún otro se atrevió á regalar su oído con amorosas frases, de lo que no poco se desesperaba la niña.

Y por último, Misia Urbana era una señora de peso.

Nueve arrobas y seis libras, descontando la ropa, pesaba la excelente mujer, por lo cual no vacilamos en afirmar que era señora de peso.

Tenia un solo defecto.

Urbana bajaba muy á menudo á Buenos Aires con el solo fin de consultar á una adivina, que á fuerza de embrollas habia logrado apoderarse de su perturbado cerebro.

En una ocasion la hizo creer que su esposo Andrés locamente estaba enamorado de una parda que seguia los estudios de cocinera, con solo tener delante la baraja y una camisa blanca de Andrés.

Misia Urbana se tragó la *almóndiga*.
¿Cómo nó?

La célebre adivina la demostró como cuatro y tres son nueve, que el as de oros, la sota de copas y un caballo eran las señales mas claras de que su marido

navegaba viento en popa por los mares del amor.

A punto estuvo de que ocurriera una catástrofe en el seno de la familia; pero la prudencia de Andrés por una parte y algunos esfuerzos que hizo sobre su ya desgastada naturaleza, para demostrar á su cara mitad que todo el amor la pertenecía, pudieron impedir que Misia Urbana no pidiera el divorcio á los cuarenta y nueve años y con nueve arrobas de humanidad por añadidura.

Este es el bosquejo hecho á la ligera de la familia en cuya casa decidian pasar la tarde los señores de H. para darse el placer de charlar abundantemente, á la vez que tomar la taza de café y torta, que como hemos visto no se borraba de la mente de Don Gabino.

Cuando el perro dió aviso de la llegada de estraños, con sus estentóreos ladridos, que por cierto hicieron dar un salto atrás feroz á D. Gabino, creyéndose ya devo-

rado, salió la esposa de Andrés y la niña mayor que tanto gustaba de ella Pepito, á recibir á la familia H.

Prévios los saludos de ordenanza y después de haber hecho retirar al perrazo, sin cuyo requisito no hubiera entrado D. Gabino en la casa, pasaron á la salita, acomodándose del mejor modo posible.

La conversacion se hizo general y al cabo de un rato Misia Liboria les contaba el lance del *tramway*, el de la cobranza, el del novio de su niña Sr. Nuñez exornado todo con unas mentiras y exageraciones que hacian saltar á D. Gabino de la silla como si recibiera un pinchazo en las posaderas y cambiar de colores á la pobre Adela.

Pepito no se apercibia de nada entusiasmado con mirar á la bellísima vástaga de Andrés que hablaba muy amenuado con Adelita.

Le sirvieron su taza de café como tenían previsto, con galletas, concluido lo

cual fueron á dar un paseito por el jardín las señoras, en tanto que D. Gabino se entretenía en hacer fiestas á un magnífico loro llamado Pedrito.

La suerte le fué adversa al Sr. H.

Obstínase en pedirle la pata al loro y el animalejo al ver el robusto dedo índice de D. Gabino, tan cerca de su corvo pico le sacude un mordisco que le hizo saltar sangre.

D. Gabino se chupa el dedo y no de gusto, y el pícaro Pedrito no contento todavía de su hazaña, comienza á dar grandes voces diciendo en son de mofa: ¡A que te corto? Ay, que te corté!

—Ya lo veo, ya. ¡Y tanto como me has cortado pícaro!

En estas y otras cosas pasó la tarde, haciéndose hora de volver á la ciudad.

Despidiéronse de tan buenos amigos y se encaminaron á buscar el coche.

Don Gabino se sublevó ante la idea de venir ellos dos como fueron, y acordaron

por último encaramarse los cuatro en el *tramway*.

Al anochecer llegaron á casa los señores H. y compañía, encontrando ya á la mucamita sentada en el umbral de puerta, en espera de su patrones.

—Ha estado un moreno preguntando por D. Gabino H., dijole la chicuela no bien estuvieron al habla.

—¿Y qué queria? preguntó Misia Liboria.

—Dijo que volveria, no mas.

—¿Quién será? preguntaba el Sr. H.

—Talvez sea algun deudor, Gabino .
¿No tienes algun moreno que te deba?

—¿Quién sabe! ¡Conoce uno tanta gente!

Adela tuvo un triste presentimiento, que en vano trató de destruir, calificando sus temores de infundados.

—Cuando vuelva, dijo D. Gabino á la muchacha, le haces pasar donde yo esté.
¿entiendes?

—Bueno, señor.

Cada cual cambió de traje, guardando el de gala para otro día de fiesta y Adela se dispuso, ayudada por D. Gabino, á preparar el refrigerante asado y algunas otras menudencias culinarias.

Cuando ya todo estuvo hecho, comieron con gran apetito.

Hasta la misma Adela que se sentía indispuesta los días anteriores y desgana-
nada, comió esa tarde con gusto y en abundancia.

Los miembros de la familia H. durmieron aquella noche perfectamente.

¡Tal es el benéfico influjo que ejercen en la naturaleza, los aires puros y el ejercicio moderado!

¿Cuándo será la higiene una ciencia de la que todos tengan exactos conocimientos?





XI

Hemos dicho que el dios Morfeo acarició aquella noche á todos los miembros de la familia H., y en verdad que no fué así.

Adela fué la escepcion entre sus demás parientes.

Un secreto presentimiento hacíala temer algun suceso para ella desagradable.

Encerrada en su modesto dormitorio y á la débil luz de una bujía, dedicó largo rato á repasar la corta coleccion de misivas y recuerdos que recibiera de su Eduardo, á quien adoraba de dia en dia con mas ímpetu, tal vez por que

advirtiese la existencia de obstáculos punto menos que insuperables para la posesion de su soñada dicha: que tal es en verdad la humana condicion, ambicionar lo dificultoso y desdeñar lo fácil y hacedero.

La inteligente Adela leia con suma fijeza la carta que deslizó Nuñez entre sus dedos la noche anterior, buscando en ella algo que la tranquilizara por completo, deshaciendo sus negros temores.

—¿Será tal vez que Eduardo pida mi mano por escrito? Pero! y entonces, ¿por qué anoche se mostró indiferente y disgustado cuando le refirieron la farsa del sueño? Quizá comprendiera la mentira groseramente urdida, con la cual pretendian hacerle establecer un compromiso, para cuyo cumplimiento encuentra Eduardo esas serias dificultades que me ha dado á entender en sus cartas, y eso le haya disgustado mas aun hasta el triste extremo de que se retire. ¡Dios

mio! ¡Cuando acabarán estas dudas que tanto me mortifican!

Adela volvió á leer la última cartita, cuyo contenido aun no conocemos y era el siguiente:

Estimada Adela:

Como calculo que la presencia de su honrada familia me impedirá comunicar á Vd. con entera libertad mis sentimientos, escribo estas líneas, para que ellas lleven á su privilegiada inteligencia exacta noticia del estado de mi dolorido corazón.

Adela, voy á ser una vez franco: voy á decir á Vd. cuanto experimento, con toda claridad, por mas que abrigo la conviccion de que habré sido comprendido sobradamente.

Aunque asi sea, no importa, debo hablar dejando ámplia salida al amor vehementemente que han sabido inspirarme, su hermosura de alma y sus perfecciones físicas.

No puedo, ni debo callarlo por mas tiempo, Adela querida.

La amo á Vd. con toda mi alma, hallo en Vd. realizado el bello ideal que turbó mis sueños juveniles en forma de aérea fantasia.

Y sin embargo, Adela, el porvenir me me hace temblar, veo á la fatídica luz de mi razon unas nubes oscuras, que velando el cielo de felicidad soñada, la convierten en noche tormentosa.

¿Qué debo hacer? me pregunto de continuo.

Y por mas que me esfuerzo no hallo respuesta que destruya mi temor, sin que á la vez aniquile mi alma.

No puedo coordinar mis agitadas ideas, Adela.

Siempre la fatalidad persiguiendo á su desgraciado —*Eduardo*.

—¡Pero, señor, murmuró Adela; yo bien comprendo que mis pobres padres tienen multitud de defectos; mas si su

amor es como dice ¿por qué no arrostrar con resignacion ese peligro? Yo haria cuanto me sugiriera mi cariño inmenso para compensar todo lo desagradable de sus inocentes inconveniencias. ¡Ah! si me amara cual yo le amo ya hubiera vencido ese obstáculo.

Un recuerdo fatal vino á cortar el discurso de Adela.

El nardo, la maceta.... el abono!!

Tras de ese amargo recuerdo fueron apareciendo una por una todas las escenas grotescas que habian tenido lugar delante de Nuñez, en las que sus padres desempeñaron el papel de protagonistas.

Abrumada por el peso de su desgracia, sintiose dispuesta á disculpar el temor y retraimiento de su joven amante.

—El es un hombre de talento, de posicion, elegante, con excelentes amistades que ha de cultivar necesariamente. Si se casara, viviendo á nuestro lado mi familia, como cien veces ha repetido mi

pobre madre que no se separaria de mi, ¿cómo esperar que estos honrados viejos cambiaran de costumbres? Imposible: exigirselo seria inútil y cruel. Y al no cambiar ¿cuál no seria el continuo ridículo en que le colocarian con sus simplezas?

Permaneció un instante meditabunda, terminando con una esplosion del amor propio herido.

—¿Y qué importa eso? ¿El verdadero amor no lleva hasta el sacrificio? ¿Qué importa, pues, una mortificacion, lijera siempre, en relacion al placer de vivir al lado de un sér á quien se ama? Su conducta me dará la medida de su cariño.

Adela recogió los papeles guardándolos cuidadosamente en un cajon de su costurero.

Empezó á desnudarse con lentitud.

Distraida con sus cavilaciones, así que se hubo quedado en paños menores se metio entre sábanas, no sin haber antes

apagado la bujia. Pronto se apercibió del olvido en que incurria distraída por el amor y cuyas consecuencias serian, no poder dormir en toda la noche sino tomaba una resolucion heróica.

Las pícaras pulgas tomaron por asalto sus bellas formas, haciendo en ellas una carniceria espantosa.

Abandonó el lecho, encendió de nuevo la luz, y....

Pero, dejémosla por ahora.

Hay escenas indescriptibles.





XII

Poco mas de las ocho serían, de la siguiente mañana, cuando llamaron á la puerta de calle.

Era el moreno que conducido por la muchacha llegó á la sala.

Recibióle Don Gabino y le tomó una carta de su patron señor Nuñez.

El morenito iba á retirarse creyendo concluida su mision, pero Don Gabino le mandó esperar un momento, echando él á correr en busca de Liboria para darla cuenta de lo que pasaba.

La esquila de Nuñez contenia otra

ria dió un soberbio puñetazo sobre la mesa exclamando:

—Ya sé lo que es; se ha incomodado por lo del sombrero de la otra noche. Niña lee tu carta, á ver si te dice algo del sombrero.

—No, mamá. ¿Cómo quieres que sea por eso? Tendrá efectivamente que viajar.

—Lee, lee, sepamos lo que te dice.

Adela, temblando, rompió el sobre de la misiva y leyó para sí rápidamente.

—Pero, lee alto, le gritó Misia Liboria.

Adela hubiera querido resistirse á ello, porque el dolor ahogaba su voz en la garganta.

No se atrevió, sin embargo, á oponerse al maternal mandato, por temor de escitar sus iras. Hizo un esfuerzo sobrehumano y leyó:

Estimada amiga:

Obligado por la inhumana presion de

esa fuerza cruel que se llama fatalidad, hago pedazos mi futura dicha, el ideal más bello de mi existencia y ahogo en lágrimas el grito agudo de mi corazón dolorido.

Tal vez no nos volvamos á ver nunca, Adela querida. ¿Conservará vd. un recuerdo sin mezcla de ódio, para este desdichado?

Si vd. comprendiera todo el pesar que experimento, perdonaría de corazón al que desea la felicidad de vd. mas que la suya propia.

Sea vd. dichosa y no maldiga vd. el nombre de

Eduardo.

—¡Cuando te digo que la causa de esto es el apabullo de la galera! dice Misia Liboria echando miradas furibundas al pobre Pepito.

Adela se retira á su dormitorio y una vez allí derrama copioso llanto.

—Puesto que no se marcha hasta mañana, dice Misia Liboria, luego irás tú Gabino á pagarle el sombrero.

—Diré al moreno que puede marcharse, murmura contristado D. Gabino, dirigiéndose á la sala.

Mientras vuelve, Pepito recibe una filípica soberana, con gran resignacion. El Sr. H. vuelve á presentarse en el comedor con la carta en la mano, dándole vueltas.

—Lo que tienes que hacer ahora es agarrar las cuentas y marcharte á ver si cobras alguna.

—¡Qué han de pagar! en Lunes y como están los tiempos!

—Pues, ¿cómo lo vamos á hacer? Es preciso que le llesves cincuenta pesos para la compostura del sombrero. Si yo sé no compro el anis para obsequiarle.

¡Tengo una idea! dijo D. Gabino dándose un manoton en la frente. Le llevo ahora ese papel de veinte y cinco que

no te quisieron tomar en el tramway y el Sábado lo demas.

—¿Pero no ves, zonzo que se marcha mañana?

—Pues por lo mismo: así cumplimos, nos deshacemos de ese billete que no pasa y quedamos amigos.

—No es mala idea, pero mira, mas vale que le pongas cuatro letritas y se las lleva á escape Pepito con los pesos dentro. Si vas tú lo estropearás de seguro.

Don Gabino estaba tan acostumbrado á esta clase de piropos que no hizo caso del mal juicio formado por Liboria respecto á sus cualidades diplomáticas.

Buscó tintero, pluma y papel, se acomodó los espejuelos en la punta de la nariz y esperó en actitud de escribir.

—Yo te diré lo que has de poner, dice Misia Liboria, apoyando la frente en la mano derecha y quedando largo rato sumida en meditacion profunda.

Levantó al fin la cabeza.

—Señor Nuñez....

—*Ez*....repitió D. Gabino así que terminó de escribir el final de la palabra.

Nueva cavilacion de Liboria:

—Señor y amigo....

—*Igo*....volvió á repetir Gabino.

—Nuestro pecho se traspasa....

—*Pasa*....

—Al saber del trabajo....

—*Ajo*....

—Que mañana le obliga....

—*Iga*....

—A ver léeme lo que has escrito, que se me ha perdido el hilo.

El Sr. H. lo lee con énfasis.

A salir para el campo....¡Aguarda!
¡Qué has puesto?

—*Sal*....dice Gabino limpiándose la oreja derecha con el cabo de la pluma.

—Al salir galopando....

—*Ando*....

—Si hombre, anda, escribe lo que te digo.

—Ya está mujer ¿no me has oído decir *ando* que es la conclusión?

—A su cargo dejamos....

Don Gabino dá una patada furiosa que desgraciadamente viene á caer encima del callo de Misia Liboria.

¡Ay bárbaro! Me has asesinado, esclama Misia Liboria, poniendo en blanco los ojos. Don Gabino se azora, suelta la pluma y acude á sostener á su costilla.

--¿Qué te pasa, mujercita mia?

—¡Que me has aplastado el callo grande! ¡Uf que dolor mas atroz!

—¡Pobrecita! Vamos, si nunca un mal viene solo. ¿Te se va pasando?

—Un poco.... Pero ¿qué demonios te ha sucedido para dar esa coz?

—Pues mira que al escribir la palabra *cargo* me dejé la letra *r* en el tintero, así es que dice....

—¡Qué barbaridad! A ver si puedes enmendarlo, si no vas á tener que escribir otra.

—¡Ya está! La he metido en su sitio, un poco mas pequeña que las otras.

Terminó lo dictado repitiéndolo todo para recordárselo á Liboria.

—El considerar cuál será nuestra pena y la de Adelita

Esta vez tardó algo mas en decir:

—*Ita*

—Le teníamos á V. como á un pariente

—*Ente*

—Tendrá V. la bondad de recibir los 25 pesos

—*Esos*

Para pago de las averías que hizo en su sombrero nuestro hijo Pepito.

—*Pito*

—Le quieren mucho sus servidores, Liboria Cascallana de H. y Gabino.

—Ya está.

—Dame, que voy á poner el garabato debajo de mi nombre. Estas cosas deben ir en toda regla.

Misia Liboria, moja la pluma con exceso y al ir á rubricar deja caer una gota de tinta encima del escrito.

—¡Anda, demontre! ¡Vaya un punto final, gordo!

Se arregla del modo mejor la desgracia y al fin recibe Pepito carta y billete del Nacional, con el encargo de llevar ambas cosas al Sr. Nuñez.

Adela, durante ese tiempo, ha dado rienda suelta á su dolor y se está lavando la cara con agua fresca, con el fin de ocultar las huellas que dejaron en sus lindos ojos las abrasadoras lagrimas.

Misia Liboria se apercibe de esto; y como en realidad quiere entrañablemente á su hija se apresura á tranquilizarla diciendo:

—¡No te aflijas, mi hijita! Ya está todo arreglado. Ahora le acabamos de escribir tu *tata* y yo: y le hemos remitido con Pepe los pesos para componer el sombrero.

El lector puede suponer la nueva puñalada que recibiría Adela al saber la clase de arreglo entablado por sus padres.

Una idea terrible surgió en su acalorada mente. El suicidio.

Fingió convencerse con las razones de misia Liboria y empezó á madurar su desdichado plan con todó sigilo





XIII

Volvamos á encontrar á nuestro amigo Nuñez, que realmente prepara un corto viaje á la estancia de su madrina, situada muy próxima á Chivilcoy.

Necesita pasar unos dias en la soledad, para evitar las gestiones que calcula habrán de hacer los padres de Adela como en otros casos, y al propio tiempo concluir un libro que viene confeccionando con demasiada lentitud por efecto de sus continuas ocupaciones.

Al volver el moreno de llevar la carta á casa del señor H., le advirtió Nuñez que si venia el señor gordo á quien habia

visto, o el jóven alto y delgado que otras veces vino en su busca, dijera que habia partido muy temprano á Chile.

Esta orden produjo sus naturales efectos.

Al llegar Pepito con la carta consabida recibió la respuesta preparada de antemano por el patron.

El muchacho quedó sin saber que resolucion tomar pues lo sucedido no era caso previsto por Misia Liboria.

Sin embargo, creyó lo mas razonable volverse con la plata en el bolsillo, á consultar con su *mama* lo que deberia hacerse.

Como una bomba cayo la noticia traida por Pepito, en el seno de la familia H.

Don Gabino se paseaba por el patio, dando fuertes resoplidos.

Misia Liboria, dedicosse á echar un discurso en el que se esforzaba en demostrar la maldad de los hombres, su ingratitude, falta de corazon y cien cosas

mas, tendentes á llevar el consuelo á su pobre Adela en quien veia las huellas de un dolor inmenso, con esa penetracion vivísima que tienen las madres cuando sus hijos se trata.

Escaso fruto dió su elocuencia disparatada, pero enérgica, y en algunos momentos llena de ese vigor que inspira el sentimiento verdadero, aun en las mas rudas inteligencias.

La hipocondria se apoderó por completo de la pobre Adela escitando doblemente en su cerebro la tenaz idea de abandonar la vida que era, á su juicio, una carga insoportable.

Sus padres jamás pensaron en que tal cosa pudiera ocurrírsele á su hija y vivian tranquilos á ese respecto, si bien al ver la tristeza de Adela temieron que contrajera alguna enfermedad de consecuencias fatales.

Cuatro dias despues los periódicos de Buenos Aires publicaban una noticia

concebida en estos ó parecidos términos:

«*Suicidio*—Ayer intentó poner fin á «su existencia una joven llamada Adela «H. valiéndose para ello del conocido «medio de los fósforos.

«Cuando acudieron los desolados pa- «dres á su dormitorio, en vista de que no «se levantaba á la hora de costumbre, la «encontraron presa de las mas horribles «angustias. El Dr.acudió apenas re- «cibió el aviso y segun manifiesta se ha- «lla tan grave la suicida que desconfia «poderla salvar.

«Dícese que la causa ha sido unos amo- «res contrariados.»

El hecho era cierto desgraciadamente.

La ciencia fué impotente para combatir los destrozos causados por el veneno en el organismo de Adela y al siguiente dia exhaló su último suspiro en medio de los mas horribles dolores.

Desde ese momento la casa de Don Gabino ha cambiado de aspecto.

Pepe se ha colocado en un almacén de la campaña y los esposos H. no cesan de llorar amargamente la pérdida de su hija querida.

No han de sobrevivir mucho tiempo á tan fatal desgracia.

Al recibir Nuñez tan infausta nueva, le acometió una fuerte congestión cerebral que puso en grave riesgo su existencia.

¡La fatalidad, siempre la fatalidad, disponiendo á su antojo de los destinos de las criaturas!



